



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

FRANZ TAMAYO
EL HECHICERO DEL ANDE

CUARTA EDICIÓN

© Rolando Diez de Medina, 2004
La Paz- Bolivia

INDICE

[NOTA DEL EDITOR:](#)
[PROLOGO A LA PRIMERA EDICION](#)
[PROLOGO A LA TERCERA EDICIÓN](#)
[PROLOGO A LA CUARTA EDICIÓN](#)
[PRELUDIO](#)
[ANDANTE CON IMPRESSIONE](#)
[ALLEGRO ALLA MARCIA](#)
[SCHERZO INDIO](#)
[PRESTO APPASSIONATO](#)
[LARGO E MESTO](#)
[DOS CARTAS](#)

NOTA DEL EDITOR:

El libro de Fernando Diez de Medina, cuya primera edición circuló en 1942, dio lugar a una polémica sonada que transmontó las fronteras de Bolivia, pues fue comentada en diarios de Chile, del Perú y de Venezuela.

Franz Tamayo, calificó de «agresión» al estudio biográfico y crítico de Diez de Medina y quiso refutarlo en un extenso libelo que intituló «PARA SIEMPRE», en el agotaba injurias y ofensas contra su biógrafo. Se publicó en «El Diario» de La Paz y después se reprodujo en un folleto ya agotado.

Esto sucedió a los 15 días de la aparición del libro. Veinticuatro horas después de publicado el procaz y extenso artículo de Tamayo, que llenó una página de «El Diario», Fernando Diez de Medina contestó con un trabajo de no menor extensión, que cubrió una página íntegra de «Última Hora», en el cual, sin emplear términos injuriosos ni denostar a su contrincante, defendió con altivez y energía su obra. Ese ensayo que fue reproducido por «Última Hora» a petición de los lectores, ha sido incorporado, bajo el título de «PARA NUNCA», a las dos ediciones del libro «THUNUPA», tomo de ensayos de Fernando Diez de Medina.

EPOS

“Si en algo un son sublime
Se empapa y vibra,
Cual dolor en la fibra
O eco que gime,-
Canto a miríadas,
Auscultad en los Andes
Nuestras líadas!”

Tamayo

EPITHYMBION

“Fue noble, triste y grande!
Habitó un sueño
Como habitar el Ande.
Hombre sin dueño,
Fue Hermes y Apolo!
Volverá un día, grande
Y siempre solo!”

Tamayo

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION

¿Cómo hablar de un pedazo de América?

El sociólogo respira por la ciencia y por la historia. El estudioso documenta sus aseveraciones. Investigación, rastreo cronológico, son instrumentos del crítico y del biógrafo. Mas hay un territorio esquivo al método, anclado allende las tesis y los cánones. Ni reglas ni preceptos. Nada se prueba. Se penetra todo. Ceñido el tema. La visión sin brida. Se diría un retrato arbitrario en marco exacto. O el rumbo libre de pájaros en vuelo. Y de pronto el crescendo de una música insensata, más próxima al sentimiento que al oído: es el modo fantástico.

He aquí un miraje de Bolivia, con su misterioso fondo telúrico, sus desgarramientos esquilianos, su poderosa concentración interna. Y un perfil de Franz Tamayo, su hijo representativo. Suelo y poblador dan su clave recíproca. Tamayo representa, en grado extremo, nuestras virtudes y nuestros defectos; nuestros aciertos y nuestros errores. Cuanto más se encumbra un hombre —recuerda el poeta— más profundamente arraiga en la entraña de su raza. Él es lo mismo que ella. Y ella es igual a él.

Verídico es el tema: existen tierra, pueblo y grande hombre. Lejos del esquema sistemático, damos rasgos libres para uso de imaginaciones elásticas. El arte literaria —magia viva— esparce su doble luz radiante; no hay fábula sin fondo de suceso real, como no hay verdad sin contornos de ficción.

Es probable la fusión de yerros con aciertos. Bolivia «terra incognita», Franz Tamayo esfinge sempiterna, son ignorados por los propios bolivianos. Pero aun frustrado el mensaje, quedará su resonancia: un sueño lírico sobre los bloques rígidos del Ande.

Fernando Diez de Medina

1942.

PROLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Han transcurrido más de veinte años de la aparición de este libro. Tres ediciones testimonian la vigencia del tema y del personaje. Pero queda un aspecto por dilucidar: hasta qué punto fue sana la intención que me guió al componer este retrato de Franz Tamayo, que provocó su iracunda reacción mediante un libelo que contesté en su oportunidad.

Al escritor de vocación no deben arredrarlo elogios ni injurias. Fluyen de la naturaleza humana. Recuérdese que los famosos ingenios españoles —Lope, Cervantes, Quevedo, Calderón— fueron también insignes libelistas. O aquella célebre polémica en que Bernard Shaw desautorizó a su biógrafo Frank Harris, dando lugar al todo un libro.

La literatura sudamericana está lejos, todavía, del clima templado en que se desenvuelven las controversias europeas: allí existe un dominio de la forma expresiva, un cierto señorío que aun en medio a la mayor explosión revela cultura y dignidad. Aquí el fermento emocional precipita las reacciones personales a grados de primitividad. Hay una regresión evidente en las pasiones.

Pero todo esto es historia viva. Testimonio. Realidades que deben fundirse para conocimiento, para escuela normativa de autores y de críticos.

Nada tengo que alterar en el texto original de la primera ni de la segunda ediciones.

Más que por sus propias obras, casi desconocidas, Franz Tamayo —hombre y literatura— entra a las letras sudamericanas por el portal de mi "Hechicero del Ande".

Fernando Diez de Medina

1967.

PROLOGO A LA CUARTA EDICIÓN

Este es el más discutido y el más saqueado de mis libros. Acaso porque el personaje mismo fue un enigma psicológico para los bolivianos y su medio étnico y social, cruzado de contradicciones, se presta a desorientar al lector.

Unos trataron de aminorar mi trabajo, señalando que tiene un carácter ditirámbico. Otros sostuvieron que Tamayo y su obra merecían más. Y los terceros —los más abundantes— en la mezquindad literaria que nos rodea, callaron; trataron y siguen tratando de hacer el vacío a un libro que les indigna porque los sepulta en su enana incomprensión.

No puede, un autor, ser juzgador de su propia obra. No sé si esta biografía al modo fantástico —más verdadera que muchas historias rigurosas— es buena, mala o regular. Pero sí diré que dos opiniones autorizadas me eximen de toda envidiosa sindicación. La primera esposa de Tamayo, doña Blanche de Tamayo, en una de sus cartas, expresa, refiriéndose a mi libro: "Todo lo que dice usted en su obra es verdad. Y el "Times" de Londres, que muy rara vez se ocupó de autores bolivianos, señala: "Ningún libro podría acercarse mejor a la comprensión europea la realidad boliviana como esta biografía brillantemente escrita".

Dije "saqueado" y lo mantengo. Varios que escribieron posteriormente a la aparición de mi "Hechicero del Ande", aprovecharon datos, referencias y hasta juicios críticos de mi obra, naturalmente empleando otras palabras para disfrazar el plagio. Falta de probidad intelectual como lo es, también, el hecho de referirse a la bibliografía tamayana y prescindir del primer estudio serio de su vida y su obra como mi libro. Antes sólo habían aparecido ensayos cortos de Sánchez Bustamante, Mario Saieli y Luis Aragón, pero el primer análisis de fondo, documentado, historia y

crítica de cada una de sus obras, fue mi biografía "al modo fantástico" que contiene más verdad que fantasía.

Comencé este libro a los 25 años. La primera edición data de 1942. Esta cuarta ratifica la acogida que le dieron lectores y crítica, en su primera aparición. Nada cambié del texto original, pues así, aun con discutibles errores de apreciación, o puntos de vista controvertibles, mi estudio resulta más sincero y espontáneo, creación juvenil que no teme presentarse tal como fue concebida.

No por vanidad de escritor, sino para contrapesar algunas opiniones adversas que tacharon este libro de preciosista, de ligero, de equivocado, de excesivo en el elogio, reproduzco el juicio crítico de "LA NACION" de Buenos Aires: "Fernando Diez de Medina hace un estudio tan acabado, tan concluyente, tan extrañamente dimensional en este libro, que Franz Tamayo cobra de golpe la categoría del arquetipo, símbolo no ya sólo de su pueblo —anclado en la elevada planicie del Ande— sino de todo un continente cuya voz misteriosa y profunda encarna.

Nunca defendí mis libros en cincuenta años de actividad literaria y periodística. Pero ahora, cuando compruebo que la envidia y la mediocridad, aumentadas con el silencio, pretenden oscurecer mi "Hechicero del Ande", tengo derecho de alegar primacía en el análisis a fondo de la vida y la obra del gran poeta y pensador.

Fernando Diez de Medina

1981.

PRELUDIO

"Montes graves, graníticas hazañas,
Como inmóvil galope de montañas!
No pasaréis aunque la tierra pase!
Yo os llevo para siempre en mis entrañas!"

Tamayo

Tiene la forma de una tromba. La espira comienza por un rasgo sutil de menudos fragmentos, que se funden en el ritmo ascensional de la columna. A mitad de camino se enarcan las caderas, dilátase la pared interior, crecen los hombros. Se diría un cuerpo mutilado, que aventó la cabeza para afirmar el imperio del torso formidable. Este torbellino plástico, envuelve un alma en evasión. Inasible, contradictorio, cruzado de hermetismo, el todo escapa a las definiciones. Cuerpo y alma se sustraen, huyen vertiginosamente como la tromba del centro que la inicia.

Sudamérica es hurafña a la síntesis. Calza muchas medidas sin ajustar ninguna.

Para unos es el espejo que devuelve, reducida, la imagen europea. Para otros la factoría económica de los Estados Unidos. Del Golfo de México se divisa una tierra de indios. De Buenos Aires la matriz cosmopolita. Cuna de la raza cósmica al decir del pensador, se transforma en continente de la negación y de la muerte para el novelista. Piensa el tropicalismo en cierta reserva cultural de la humanidad. Responden los pragmáticos que ya pasó la hora de estas jóvenes naciones, sujetas como satélites al sistema solar de las grandes potencias. La tesis del indio inorgánico, halla su réplica en la doctrina del terrícola forjador de sus instrumentos de dominio. Razas «fellahs» —piensan los más. Pueblos concentrados, a la espera— sostienen los menos. El soñador exclama: ¡La América India irradia la magia de una virgen dormida! El sociólogo pregunta: ¿Es que ella existe verdaderamente? Lo que existe son grupos de pueblos, intenciones de trasplantes, hacinamientos que tratan de hacer nación. Somos un mundo en germen.

De un lado la hipérbole; de otro rechazo y negaciones. Siempre esa atracción indefinible que gira en el compás del Almirante, desvía la brújula del Vespucio e imanta las agujas de los geógrafos. Magia india. Territorio del instinto y la emoción, sólo entrega por intuiciones sus fragmentos; jamás su cabalidad. Si el antiguo clama: ¡Nuevo Mundo!, el moderno aspira las vivencias del suelo mítico, anterior al tiempo clásico. Arqueólogos, lingüistas, apenas balbucean la interpretación histórica. Un dios bifronte muestra sus indescifrables caras, enigma siempre recomenzado: siendo lo más nuevo, ser siempre lo más viejo. Sin verlas, se siente su presencia. Sin palparlas, se padece su contraste. Donde la razón vacila, golpea el corazón sus adivinaciones. «South-América» —murmulla el turista. Fuente sellada, vigencia del misterio— replica el alma india.

El continente sur va de un medioevo a otro medioevo. Sus renacimientos perecen sin dejar rastro. Del despotismo oscurantista del Inca, pasa al vasallaje férreo de la Colonia. Falta la tradición milenaria de hechos históricos, ciencia organizada y técnica evolutiva, telón de fondo de las viejas culturas.

Una centuria de aparente democracia, desenfrenado liberalismo, ideas románticas, economía semicolonial, no arroja saldo favorable. Macaquismo, espíritu imitativo —subraya el maestro. Careciendo de medida interior para proyectarse al contorno, el poblador no alcanza a despojarse del saber infuso de una cultura potencial. ¡Tremenda responsabilidad la del sudamericano! Vive cargado de fuerzas que presionan, salen de su órbita y se desgastan en estériles fricciones, rompiendo el equilibrio del medio con el hombre. Habita el orden mágico del desorden. No señorea el mundo; padece la sujeción telúrica. Lentitud y taciturnidad se hallan en ruptura con el disciplinado vértigo moderno. La disparidad étnica conspira contra la unidad política. Sobran tierras. Escasean pobladores. Falta un estilo nativo frente a la poderosa actividad del inmigrante. Tierras de cataclismo para pueblos de aluvión. En un sentido ontológico — humanista, no somos, todavía. Estamos en trance de ser.

¿Sudamérica es más del Austro, del Septentrión o de Occidente?

Vibra un mosaico de pueblos y costumbres. Lo que impera por una región no reza para otra. Hay urbes populosas, atentas a la civilización electromecánica. Hay aldeas hundidas en remotos parajes, donde habitan culturas supérstitas, ajenas al acontecer contemporáneo. El mestizo maneja un motor o absorbe la lección filmica, mejor de cuanto asimila la herencia del ancestro. Es apto a la técnica y esquivo al humanismo. Triple heredero del lemur, del atlante y de los mayas, su psique rechaza al europeo, aunque somáticamente se le entrega. Aprende sin enseñar. Desprecia a quien superó. Emula sordamente con quienes lo aventajan. Pero Sudamérica no es sólo un mestizaje de sangres y almas. No es indio, lo mestizo ni lo blanco aisladamente más una amalgama de los tres. Si en ciertos lugares el color de la piel y las costumbres separan a los hombres en compartimientos estancos, en general los tres mundos conviven transmutando calidades sin perder su especificidad. El individuo simple. La colectividad compuesta y densa.

¿Hay que pensar, con el filósofo, que tan activo laboratorio funde los elementos de un nuevo tipo humano? Gérmenes, siempre gérmenes...

Cuando la tierra se traspasa de espiritualidad, brota el milagro infrecuente de una sabiduría sin ciencia: héroe, político, pensador, artista, el sudamericano cala más hondo que el occidental. Si no alcanza su técnica depurada, hiere la entraña de las cosas; y si se frustran ricas posibilidades o se esfuma la obra humana, es por falta de equilibrio entre la naturaleza, todavía indómita, y el poblador débil aún para gobernar tamaña grandeza. Pocos saben que en sentido integral, Bolívar removió más fuerza creadora que Bonaparte; le faltó escenario para peraltar sus hazañas.

Montaña, trópico, llanura devoran al hombre y al suceso, porque la tierra es desmedida para quien la habita. Mas cuando el hombre del Sur alcanza su expresión —raro trance, difícil, disciplina— con brusco salto vence los estadios culturales que lo alejan de Europa; entonces se sospecha que el sudamericano es algo más que el mestizo incomprensible de los sociólogos; y bastante menos que el ente abisal, de pura teluricidad, del atisbo keysergliano.

Confuso embrión que se despedaza y se reconstruye sin cesar, la América Meridional sugiere una nebulosa apenas revelada.. Sus cuerpos celeste, como la verdad, «están hechos de una piedra luminosa: ni ríen ni lloran, pero alumbran».

Bolivia es punto culminante de la confusión sudamericana. El pueblo que menos sabe de sí.

La escuela romántica se aferra al fatalismo histórico. Un designio adverso justifica los contrastes. Aislamiento y retraso provendrían por caprichos de la naturaleza; luego del error humano, predeterminado por el sino: “tenía que perderse” el Litoral Pacífico, los contactos con el Amazonas y el Plata, el Acre, las tierras del Chaco. ¡Cándido miraje! No hay sinos perpetuamente adversos, enfermedades colectivas, ni factores naturales insolubles. Otras naciones vencieron obstáculos mayores antes de organizarse. Nuestros problemas no son más grandes que la medida de nuestra capacidad. Litoral Pacífico, afluencias atlánticas, Acre, Chaco y otras zonas se perdieron por ineptitud interna. Sin negar la influencia geográfica e histórica, Bolivia purga, en último término, los errores de los bolivianos.

De un lado pesa lo adverso. Disparidad geográfica. Dislocamiento étnico. Territorios sin contacto interior. Exigua población. Y el mal mayor: falta de unidad espiritual, poca fe, ausencia de un sentido profundo de patria. Necesitamos crear un «carácter nacional» —dice Tamayo—. ¡Hay que osar, hay que perseverar!

De otro lo positivo. Late aquí algo entrañable, específicamente americano. Es la tierra viva del folklore. Matriz creadora de contrastes, Bolivia presupone mitos, raza, arqueología, culturas milenarias, estética del paisaje, claustro físico y tradición social. Cuanto expresa el genio continental por sus raíces antropogeográficas, hunde su fuerte nervadura en el humus fértil de la meseta andina, aunque la realidad geológica rechace el símbolo literario.

Mundo fabuloso, forjado por altísimas montañas, ríos de metal y mitos tan antiguos como el hombre. ¿Cómo describirlo?

Cuatro rasgos dan su perfil. Un millón de kilómetros cuadrados. Tierras altas, medias y bajas con su secuencia climática: frigidez, zona templada, trópicos. Cuatro millones de habitantes, con predominio de indios y mestizos y minoría blanca. Política y económicamente, la vida nacional gravita sobre la cuarta parte del territorio y un quinto de la población. Quedan más de setecientos mil kilómetros cuadrados por conquistar; grandes llanuras, bosques inmensos, hoyas fluviales, sierras metalíferas, valles y salares; y más de dos millones de almas subyugadas al concepto nacional sin participar sus excelencias. Plataforma de comunicación continental, apenas tiene dos mil kilómetros ferrados. Malos y escasos caminos. Sometida al mercado internacional, la república se limita a proveer de materias primas al exterior; la menor oscilación en los precios de fuera, afecta toda la vida boliviana. Se habita en pleno colonialismo económico, sin producir lo que se consume. Tercer productor mundial de estaño, el país se atiene artificiosamente a su exportación. Industrializada su minería, la riqueza agropecuaria sólo existe como reserva potencial. Industrias incipientes. Comercio reducido pero activo. Invertebración política y social. Dispersa en su estructura étnica por la triple confusión del blanco, del indio y del mestizo, he aquí una comunidad que se esfuerza en ser nación.

Es el promontorio de América —exclama Humboldt. Más entusiasta, agrega D'Orbigny: una mesa de plata asentada sobre bases de oro. Y añade otro viajero ilustre: Bolivia es un corcel tresaño; los tres remos blancos son sus metales, sus ríos y sus llanos; el negro es su pasado legendario, más enigmático cuanto más distante.

Al miraje del XIX, algo más romántico de cuanto se supone en punto a geógrafos y naturalistas, sucede la escuela analítica del XX, dirigida por sociólogos y adeptos de la economía política. No hay nación propiamente dicha —sostienen— ni enteramente libre, mientras no organiza por sí la explotación de sus riquezas. Dentro de tal criterio, estaríamos aún muy alejados de la comunidad orgánica moderna.

Véase cómo piensan dos autorizados investigadores; extraño el uno, el otro de los nuestros.

Para Jorge Nicolai, Bolivia no creció orgánicamente. Formación antinatural, participa de las cuencas del Plata y del Amazonas estando expuesta a la doble codicia de las naciones que controlan ambos estuarios. Su riqueza virgen. Étnica y regionalmente agrietada, la república lucha duramente por la unidad nacional. No desconoce nuestra potencialidad en materias primas, mas al recordar que un suelo con muy pocos ricos y una gran masa de población pobre nunca es verdaderamente rico, Nicolai aconseja tres soluciones: incorporar el indio a la vida nacional, explotar los yungas tropicales, fomentar la inmigración europea.

Para Jaime Mendoza somos un territorio de contrastes, formado por elementos geográficos y sociales tan heterogéneos que no se diría, a simple vista, parte de una misma nacionalidad. El trabajo de integración está por hacerse. Poeta al fin —hombre de fe— Mendoza supera los desalientos del sociólogo con la intuición del soñador; y opone a la tesis de la heterogeneidad constitutiva la doctrina de la nación natural. Así el macizo andino, nudo centrípeta de lo boliviano, justifica la existencia política, geográfica y económica de nuestro país, como justificará mañana al pueblo que nos suceda en el tiempo.

¿Quién conoce esta patria, aislada en el corazón de un continente?

Estudiante, profesional, hombre de Estado, el boliviano ignora su país. Lo prueban las mutilaciones de un territorio jamás explorado en su totalidad. Inabarcable a la visión de conjunto, impreciso en el detalle, el cuerpo nacional se presenta como un nudo de problemas. Tierra y hombre duermen su nocturnidad, ajenos al análisis matemático y a la síntesis cualitativa de la ciencia. El escritor no alcanza a traducir lo que no termina de organizar el poblador. ¿Cuál es el pensador específicamente representativo? Todos arbitrarios e incompletos. Tamayo, planta exótica como hombre y como artista, nos expresa mejor en el campo social, en las luchas políticas, en la pugna con el mundo. Su vida es un punto crucial del gran mestizaje sudamericano. Su arte maravilloso del pensador y del poeta, se vierte por técnicas de Occidente, aunque soplen por sus obras los vientos coléricos del alma primitiva. Las plumas nacionales no dan la representación cabal de lo boliviano. Es la réplica desconcertante de una América sin meridianos, a la Europa científica y cuadrículada: allí se desmenuza el milímetro; aquí se esfuman leguas.

Poco sabemos de lo que nos circunda. Hombres y cosas duermen un sueño pétreo. En su porción mayor, territorio histórico y territorio geográfico son país ignorado. Padecemos el drama de la confusión interna y la ausencia de proporciones entre suelo y poblador. Ni vara para la estatura ni balanza para el peso. Existimos de un cierto modo hosco y bravío, tan alejados de la vertebración política como del vínculo social. Desorden e indiferencia, abandono y hurañez, conforman nuestra psique. El reconocimiento de estos factores adversos no entraña pesimismo; antes bien: es la mira interior, la búsqueda en la noche, hasta que un cono de luz nos proyecte hacia el contorno.

Después del Chaco hay un brusco cambio de eje. Todo se pone en movimiento. Irrumpe la cordillera por los valles ubérrimos. Hierven los ríos. Retumba la selva. Los llanos suben a la meseta. Indios, mestizos y blancos en tránsito tenaz; se recorre el suelo para buscarse el alma. Urbe, aldea, campiña, sierra y desierto juegan al contrapunto. El avión alterna con la carreta y el tren con la balsa de totora. Danza el color en la policromía de las vestiduras regionales. El grito salta por la oposición de las hablas. Un ansioso anhelo de «ser» sacude este pandemonio colectivo. La aparición del socialismo y de su contraconcepto totalitario es, antes que un fenómeno de época, la explosión de un estado de espíritu; una necesidad social de transformarse.

¿Auscultásteis el corazón del continente? —preguntan las generaciones mozas. ¡Tiempos dionisiacos! La montaña se dinamiza tras un callar de siglos. Viene su voz atropellando al viento. Disuélvense las formas para recomponerse al instante. No se percibe el horizonte ni el latido de las cosas. Poderoso torbellino aéreo. ¡Insensata confusión creadora! Entre parciales derrotas, penosas conquistas y violentos claroscuros no se puede medir cómo crece una nación. Comenzó “la gran batalla del hombre y de las cosas”. En el súbito esplendor de los amaneceres no hay, no puede haber visión de conjunto. Bolivia se “siente”. Pero no se ve...

Por el suelo andino que la historia divorció del mar, todo alienta en trance de descubrimiento, en plan de organización, a manera de una inmensa reserva natural. Urbe civilizada y paisaje pánico se equilibran, sin que la mecánica de la naturaleza perturbe la técnica del hombre. Pasado y futuro marchan lado a lado. Es la hora grávida de las definiciones.

Bolivia es una unidad telúrica y social. El boliviano su punto de partida; el entendimiento colectivo su meta. Marchar de la dispersión y el resentimiento, al vínculo sociable y la generosidad:

es su misión presente. La hurañía del montañés y la indolencia del llanero deben fundirse en la responsabilidad de una conciencia nacional. Indio y mestizo son tipos de tránsito. ¿El blanco? Ultramestizo. No existen razas químicamente puras. Del suelo surge el boliviano; y esto basta. Esta fábrica heterogénea, paradójica, desconcertante, bascula entre integración y multiplicidad fragmentaria; informe y definida a un mismo tiempo, sirve igualmente al analista y al totalizador. Su verdad es cambiante y diversa. Su expresión alterna y contrastante. La rosa de los vientos del viajero es una; otra la rosa náutica del pensador. Si el primero analiza: he aquí un país contradictorio, enigma mítico, caos telúrico, conflicto étnico, contrasentido económico, drama, histórico, oposición de culturas; el segundo resume: he aquí la síntesis cabal. Origen, suelo, raza, economía, política, espíritu, se resuelven por esta extraña ley: lo heterogéneo y disperso, lo contradictorio y confuso aspirando a la unidad. País trágico, sustentado por oposición de los elementos que lo integran. Complejo incoherente, desmedido en apariencias. Pero la voluntad desbasta pueblos; y un día, en lengua demoníaca, la montaña dirá su secreto: por la contradicción a la unidad.

El historiador se aniquila frente al misterioso destino del andícola. No es el orden ascendente de leones, propicio a los pueblos elegidos de Dios. Es la ringlera de los bloques basálticos, escalonada en una precipitación de cumbres y fieras serranías hasta parar en la mansedumbre de la llanura inalterable.

De la más alta cima, del antiguo esplendor, a la quietud actual. Marca el tiempo su encadenada sucesión: Tiwanacu, Kollasuyo, Incario, Audiencia de Charcas, Alto Perú, Bolivia. Una reducción vertiginosa nos lleva del señorío de un continente, al millón de kilómetros amurallados en el corazón de América. Todo habla de un caer vertical. Decrecer pudo ser nuestro sino. Vencido, empero, el ciclo de los abuelos jeremíacos, la juventud irrumpe con su nueva fe. Y se ama este pueblo trágico, desgarrado en sus entrañas, lacerado en sus gentes, precisamente por el sino adverso, por las caídas y derrotas, por las cruentas luchas interiores; porque el infortunio tempera y dignifica la misión humana. La ternura de la patria chica es más honda que el orgullo de la patria grande. ¿Se quiere un destino mejor? Hay que luchar por él aprendiendo la lección: suele la Providencia mantenerlo adverso, para probar la fortaleza y el ansia de durar.

Tierra nocturna, en concentrada espera...

¡Qué puñado de gérmenes! Tiwanacu, la piedra más antigua, guarda el tesoro mítico de América: Del Titicaca brota el Incario, raza de guerreros y legisladores. La Villa Imperial surge en un torrente de plata; —«¡vale un Potosí!»— no es una frase, mas la síntesis de la Colonia. En el siglo XVIII, los criollos altoperuanos mueren en la horca por una idea de patria. Charcas, capital intelectual del hemisferio sur, sopla desde sus claustros el terral emancipador. Primero en proclamar la libertad, el Alto Perú es el último en obtenerla. No siempre afortunada en sus tentativas de evolución, Bolivia es un crisol inquietante de experiencias. Santa Cruz, Linares, Campero, Montes, Saavedra, crean un estilo político americano. No importa que el éxito se aleje de las montañas. Ni las tierras desmembradas. Ni la sangre vertida. La vanguardia salva ejércitos a costa de su propio extravío. Sin disciplina, sin fuerza vertebrada y coherente, el andícola acomete obras que naciones mejor organizadas no se atreven a emprender; y es el fracaso donde debía ser la victoria. Mas queda, siempre, el mensaje del Ande, removedor de pueblos más allá de la victoria o del fracaso.

¿Qué es el Ande?

Para distinguirla de las regiones altas de la Cordillera de los Andes, que a través de Colombia, Ecuador, Perú, Chile y Argentina son afines a las nuestras, llamamos a la meseta boliviana: el Ande. Es la mayor peripecia geológica del continente. Dentro de sus límites se concentra nuestra más rica experiencia histórica y espiritual; por eso es la porción geográfica que más típicamente y con fuerza mayor expresa lo boliviano. ¿Quién puede abarcar su síntesis todavía imposible? Núcleo de las culturas más remotas, centro de civilización rudimentario, es aún lo informe y sorpresivo, que no acaba de terminar la naturaleza ni concluye de entender el hombre.

Hay tierras como bolas de cristal; giran, giran en perpetua mudanza. La luz se quiebra en ellas siempre diferente. Ubicuas, variables, volteándose sobre invisibles ejes, devuelven imágenes constantemente nuevas. Esconden su esencia. Mudan de apariencia. Es la matemática del absurdo: dos más dos da cinco, seis o siete. Ninguna vara ajusta proporciones. Creemos rozar su secreto; y el alma del país se desvanece por un accidente del paisaje o de su historia. Río perdido, nadie sabe dónde reaparecerá.

El alma de ciertos países es cosa de magia.

¿Se concibe a un tiempo mismo acción e inmovilidad; juventud y madurez; dispersión y ensimismamiento? Algo de fuerza eterna. Algo de cosa frágil, quebradiza. Brujería y misticismo. Pasión e indiferencia contrapuestas. Piedra y hombre inalterables; rigor de frío externo, lava por dentro. ¡Contradicción! ¿Y por qué no? Ya lo sentenció el filósofo: la vida es contradicción, pugna de contrarios y contrastes. He aquí la ruda belleza de nuestro drama nacional.

Si Fausto admira la matematicidad con que la técnica urbana encierra y dinamiza al vikingo civilizado, Wirakocha replica que la montaña, claustro de los cuerpos, es el clima natural que liberta y dilata las almas. Cuando el pensador estupefacto, comprueba que la tristeza sudamericana entraña valor más alto que el optimismo anglosajón o el idealismo occidental, ha dado la tónica contrapuesta de ambos paisajes: en la urbe mecanizada, el hombre transcurre alrededor del universo; por la naturaleza pánica, el astrónomo es el hombre y todo el universo gira en torno a él.

Costa y llanura ignoran la concentración. La sierra, en cambio, se sustrae al vértigo moderno. ¿De dónde tornarán las voces esenciales? Acaso no del litoral ni de los trópicos, donde el poblador se abandona al dominio del mundo material, sino de la frígida prisión de la meseta, en la cual obligado por un medio hostil a revertir sobre sí mismo, el hombre jamás deja de tener conciencia de su responsabilidad, incubando en la soledad y en el silencio las fuerzas decisivas.

Tierra de misterio, el Ande tiene imantación de siglos. Nadie puede precisar su nuevo renacimiento, aunque ya se sospecha que la montaña inerva primaveras desde el fiero enigma de su senecta permanencia.

Pero ya el lector requiere su brújula. Se abre la ruta hacia la meseta boliviana y su poblador: el Ande y Franz Tamayo. Al paisaje áspero y fuerte, corresponde el habitante hosco y enigmático. Forma humana de la tierra tormentosa, cruel, contradictoria, expresión concentrada del medio singular que lo engendra, lo nutre y fortifica. Tamayo es el espejo psicológico de la montaña. Nunca mayor complejidad. Jamás tal nudo de problemas. ¡Vaya uno a saber dónde nacen, se oponen, se combinan, se destruyen y recomponen las acciones y pasiones del montañés! Como las cimas y los precipicios en la sierra, el todo es una pugna de contrarios; el detalle, la variedad en el contraste.

¿Qué es lo andino? ¿Qué lo verdaderamente boliviano? Así como el lector al fondo vertiginoso del mestizaje psíquico y racial, y se comprenderá mejor las paradojas del suelo arbitrario. Acercarse a Franz Tamayo es acercarse a Bolivia. ¡Tanta y noble fuerza en dispersión! Todo cuanto nos impidió ser potencia en más de un siglo, está intrínsecamente contenido en el gran mestizo. Todo aquello que sustentará la gran nación de cien años después, también. Potencialmente, Tamayo es lo que no pudo ser, lo que es y lo que debe ser Bolivia. No el indio puro, silencioso y pasivo. No el blanco declinante del resabio colonial. El gran mestizo, mezcla de razas, almas y culturas, penetrado de ambición y de energía, que absorbe la forma europeoanglosajona para abrir cauce más rápido a una cultura americana en gestación. El futuro de estas tierras vírgenes y estos pueblos en barbecho, supone el ultramestizaje no de la piel sino del espíritu; aquel fermentar de sangres y almas que la historia provoca en los tiempos aurorales, para decantar las fuerzas que la humanidad perdió en centurias.

El mundo necesita —y muy de mucha urgencia— algo de la barbarie juvenil y vivificante de América. La técnica civilizadora ya la aprendieron los bárbaros del Sur. Sondar el mestizaje sombrío y tempestuoso de hoy, equivale a preparar la americanidad futura. Por esto hablar de Franz Tamayo, es trascender la frontera nativa para internarse al continente.

Si la introducción al tema no fija una pauta al lector, que al menos justifique la elección del género fantástico; pues sólo por la ondulación variable de sus líneas, por la concertación de sonidos que percuten libremente, puede musicalizar el oído las voces de un pueblo, de un suelo y de un hombre que carecen todavía de medida.

ANDANTE CON IMPRESSIONE

"De llanto y risa mi cantar se integra
¿Viste la pena que en su cuita alegre
De un niño triste que cantando llora?
Miel es mi canto de una rosa negra!"

Tamayo

Un extraño destino preside la vida de Franz Tamayo.

Poco se conoce de su medio familiar, de su infancia, de su adolescencia. Quien sabe algo lo desfigura. Quien nada sabe, desliza el juicio malévolamente. En el fondo de los contemporáneos hay una losa de incompreensión, asentada casi siempre sobre el limo oscuro de la envidia. Navegar por estas aguas equivale a darse paso entre una leyenda de odio y otra de silencio. Como la montaña, menos abarcable cuanto más cercana, esta vida fulge a la distancia; la proximidad la torna enigmática y sombría. Cuando no es hostil, el medio finge ignorarla. Calla el hombre. Y del recíproco desprecio crece un alma solitaria, hermética, bravía. La piedra se humaniza, pero su estructura basáltica perdura: es un callar y una atracción de vértigo en la cumbre.

No hay brújula para el biógrafo ni timón para los críticos. Nada serio se escribió sobre su vida; nada acerca de sus libros. Si el testimonio de cuantos lo trataron es siempre turbio, lo impreso linda en la sátira pungente o en la mofa desaprensiva. No hay zonas de referencia ni puntos de amarre, para explorar este océano olvidado. Tamayo no tuvo confidentes. Cuando alguien se aproxima al grande hombre, deseoso de intimidad, se da de bruces contra el gesto esquivo. Si el medio rehúsa informaciones, el protagonista desvía a los curiosos. Suelo y poblador son una misma cosa: silencio concentrado y desdeñoso. Su lucha dramática de medio siglo con la sociedad, es tan culpable como su orgullosa indiferencia. Siendo el más rico en calidades trágicas, es el personaje menos accesible al buceo psicológico. Una sombra vela su adusta juventud. Un cielo escapado de los fondos del Greco anubarra la huraña madurez. Tierra intacta para los descubridores, deja entrever sus potencias secretas sólo por adivinaciones; con esa magia del sentimiento que da el zarpazo interno a las cosas y a los hechos, aun ignorando la precisión del episodio. Historia... Leyenda... ¿Cuál cede primacía, si ambas se confunden y unimisman? Poco importa el telón de fondo; trasciende sólo el sentido que el grande hombre imprime a su medio y a su época.

Un andante lejano desgrana graves acordes. Bruma. Soledad.

1880. Perdido su litoral sobre el Pacífico, la nación soporta años cruciales. Campero, el virtuoso, brotado de un friso plutarquino, aparta del abismo a un pueblo aplastado por el infortunio. Reprime la anarquía. Organiza un nuevo ejército después de la derrota. Se esfuerza por crear industrias, acrecentar comercios, elevar el nivel educativo. Envía expediciones a las fronteras. Austero y legalista, rompe la tradición del caudillaje analfabeto, para instaurar la reacción civil. Desprovisto de recursos, luchando a brazo partido por la reorganización nacional, sólo alcanza a dejar- nos su grandeza moral, que salva en hora aciaga a la república. Ha comenzado el doble enclaustramiento: Bolivia será una isla en América y cada boliviano una isla dentro de Bolivia.

¿Cómo se vive en La Paz?

Imaginad una pequeña ciudad, más cerca de la aldea que de la urbe. Cincuenta mil almas. El movimiento comercial se hace a lomo de mula o en carretas. Dividida profundamente en sus clases, la sociedad confina al indio en las tareas domésticas y el agro: al cholo le reserva las faenas del obrero, del artesano, a veces del profesional; y sólo al blanco o al criollo refinado por la educación les confía la conducción de los negocios públicos. La sociedad conservadora mantiene la tradición colonial, aristocrática y católica. Las grandes fortunas no están en manos de mineros sino en poder de terratenientes, señores del suelo y sus colonos, a cuyo influjo se mueven las finanzas, la política y la actividad mundana.

Isaac Tamayo es un hombre representativo de esa época. Al prestigio de la ascendencia hispana une el brillo del talento. Dueño de extensos latifundios, pasa por uno de los personajes más acomodados de su tiempo. Amigo de Melgarejo, colaborador de Arce, descuella en la política, en la banca y en las letras. Hidalgo en sus actos, a veces su conducta inusitada irrita a las gentes, no siempre dispuestas a tolerar extravagancias, aunque ellas obedezcan a ese desequilibrio social característico de las cabezas fuertes. Estadista y hombre de extraordinaria cultura, estuvo llamado a escalar más altas situaciones, si un extraño episodio no hubiera anclado duramente en su conciencia.

Casó el caballero con una hermosa niña. Ambos de la mejor sociedad: él acaudalado; ella sin dote. Pocas semanas después de la boda, debiendo viajar al altiplano, Tamayo se despide con un altercado que al decir de muchos no es el primero. Refiérese que la recién casada, temerosa de quedar sola mientras durase la ausencia del marido, expresó su deseo de tornar a la casa materna. Tropezó la niña con la voluntad inflexible del caballero, que se opuso a tal deseo. Ríspido el hombre, mimada la muchacha, fue inevitable el conflicto de orgullos.

—Si a mi regreso no la encuentro aquí —dijo Tamayo— estimaré que ha hecho usted abandono de su hogar.

Y partió, entre ofendido y desdenguado, pensando que la cordura volvería a su cónyuge.

Fuese miedo a la soledad, fuese capricho de niña engreída, la joven voló al lado de su madre.

Cuando el caballero regresó quiso arreglar las cosas salvando el decoro marital, por aquellos tiempos harto exigente. Hizo llamar a su joven esposa, demostrando una condescendencia impropia de su temperamento. Replicó ésta que la viniesen a buscar. Mientras se multiplican los mensajes, aumentaba la altanería de los cónyuges. Nadie quiso ceder:

—Que venga...

—Que me busque...

La separación iba a ser definitiva.

Sobrevino entonces lo inaudito, algo jamás realizado por un miembro de la alta sociedad paceña. El gran señor cruza sangre con una mujer autóctona, convive con ella y nacen varios hijos. Desertando de su clase, olvidando sus obligaciones sociales; por despecho, misantropía o libre decisión. Isaac Tamayo cava un abismo entre su linaje y la sociedad que no perdonará la ofensa.

El germen del resentimiento brota pues desde la cuna, cuando el orgullo paterno herido incuba la futura acritud filial. Franz Tamayo es hijo de la soberbia castellana, que se rebela contra el orden social; y del estoicismo indígena, cansado de callar y soportar la humillación de siglos. Su vida será la culminación del choque entre el conquistador y el nativo; pero esta vez no habrá vencedores ni vencidos, porque si el hispano mantiene su arrogancia indómita al indianizarse, el autóctono se dinamiza de pasiones y fierezas al trasfundirse en moldes arios.

Dejó el señorón de frecuentar los salones de La Paz, que tampoco se habrían abierto para quien los desdeñaba. Sólo en actos oficiales, en casas de amigos íntimos, solía verse al expolítico, dedicado los últimos años de su vida a la actividad bancaria. Adusto, reconcentrado, su orgullo lo tornaba menos accesible cuanto mayor era el desvío de las gentes.

Una escena pinta sugestivamente el proceso que se fue operando en su psicología.

Entre las pocas personas con quienes Tamayo mantiene amistad se cuentan Federico Díez de Medina y Carlos Ballivián; publicista y hombre de Estado el primero; afortunado industrial el segundo. Enfundados en sendos macfarlanes, cruzaban los tres amigos por la tarde el clásico paseo de la Alameda. Era entonces la Alameda un paseo seductor. Para nuestros peripatéticos abuelos, el refugio tradicional de la población. Para nuestros padres, la fuente misteriosa de los primeros sueños.

A las cinco de la tarde, terminada la cena, salían las familias al paseo vespertino. Desde la entrada, la vieja Alameda daba una sensación de paz; la verja de hierro, ciñendo el parque cuadrangular, hablaba más, de un jardín familiar que del paseo público. Tilos, sauces y eucaliptos flanqueaban la avenida. Aquí una fuente. Allí estatuas. Jardincillos interiores. Bancos de piedra. Palomares en las copas de los árboles. El aire frío quebrándose en la suave presión del ramaje. Todo tranquilo, simple, al alcance de los ojos. Sólo a ciertas horas se abrían las puertas del túnel florido. Viniendo del norte, bajo la cúpula serenísima de la arboleda, creían los paceños entrever una catedral gótica. Regresando por el sur imaginaban una galería encantadora, propicia al claroscuro, a tibias filtraciones de la luz. Una influencia bienhechora emanaba del paisaje

umbrío. Cayendo la tarde, se diría la manera concertada y radiante de un maestro veneciano; al filtrarse la noche, asomaban los tintes de un tenebrista español. Por ese tiempo sereno, falto del vértigo moderno y la ansiedad dramática del sino, paseaban las gentes con grave parsimonia, calmosamente, sorbiendo a breves bocanadas la fruición de vivir.

Los tres amigos venían de la parte alta de la ciudad, donde las calles se empujan como corceles indómitos. Altos, erguidos, lento el andar descendían de la Plaza Mayor, cruzaban las calles mal empedradas e ingresaban con empaque a la Alameda. Había allí caballeros de colero y levita, señoras elegantes, jóvenes y niñas bien compuestos. Pero el espectáculo culminaba al avanzar los tres señores, repartiendo ceremoniosos saludos, sin perder el equilibrio de la antigua urbanidad.

Una tarde otoñal cruzaban el paseo los tres amigos. La conversación giraba en torno a un proyecto de colonizar el oriente.

—Ustedes los banqueros —sugirió Ballivián dirigiéndose a Tamayo— deben financiar la empresa.

—¡Eso nunca! —replicó el aludido.

Diez de Medina quiso evitar la pugna, pues sabía tan apasionado indianista a Tamayo como partidario de la inmigración europea a Ballivián.

—Don Isaac —intervino conciliador—: ¿No cree usted que a este país le faltan pobladores?

—Mire don Federico —fue la respuesta—; de faltar pobladores, claro que faltan... Pero ellos deben formarse aquí en vez de buscarse fuera. Hay que mejorar la raza, estimular la natalidad, porque los indios...

—... los indianismos se los guarda usted para la literatura —prorrumpió Ballivián—. Los indios nos han fregado ya bastante.

Oír esto Tamayo y montar en cólera fue todo uno.

—Señor mío —contestó zumbonamente—; cuando se discute cuestiones científicas, no caben prejuicios emotivos.

—Caballeros, caballeros —expresó Díez de Medina; pero ya los contrincantes se enzarzaban en fiera disputa.

—Precisamente porque se trata de un tema serio —dijo Ballivián— debemos comenzar por ser verídicos. La desgracia de esta nación es el desorden racial. Las razas...

Tamayo lo interrumpió.

—...razas, razas... ¡Qué habla usted de razas, hombre! No hay más que una raza en Bolivia: la india. Vosotros, los blancos sedicentes, sois orgánica y químicamente tan indios como el pongo que cuida vuestros portales.

—¿Yo? ¿Yo..., igual a quien barre mi calle y limpia mis pisos? —barbotó Ballivián—. ¡Está usted loco don Isaac! Poco le falta para sostener que éste es un país de indios y que nosotros debiéramos uncirnos al carro del autóctono!

—¿Y por qué no? Mendigo, labriego, artesano, abogado, político, el indio es siempre el mismo que construyó Tiwanacu.

Ballivián perdió a su vez los estribos:

—Si sigue usted lanzando herejías —notificó indignado— no cabe discutir. La decadencia del indio es total, absoluta, irremediable. ¿Se ha visto nunca tal estacionarismo? Corto de ideas, egoísta, brutal, sólo es resistente para mantenerse en el bajo nivel que hoy ocupa. Raza envilecida, obstaculiza el progreso y debilita a la nación.

—Esa es obra del blanco —repuso Tamayo—. Cobardía, desconfianza, timidez, alcohol y palos es todo cuanto le dimos.

—¿Y por qué no regenera usted la indiada de sus propiedades?

—Lo intento más seriamente de lo que usted supone. Pero lo que destruyeron siglos de opresión, mal puede componerlo un instante de libertad.

—¡Al indio hay que exterminarlo, como hicieron los Estados Unidos con los pieles rojas!

—¡A quien se debe exterminar es al blanco, intruso en estas tierras!

Nuevamente Díez de Medina intentó componer las cosas:

—Señores —dijo con serena voz— midan sus juicios, que se me antojan excesivos. Ante Dios y ante los hombres, todas las razas que pueblan Bolivia son iguales. ¿A qué conduciría su

exterminio? La sociología parece aconsejar más bien el cruzamiento, para que la absorción étnica de los débiles por los fuertes consolide un tipo nacional homogéneo...

—...señor don Federico! —imploró Tamayo— déjese usted de sociologías. Aquí no cabe término medio. ¿Por qué olvidar nuestro pasado? El altiplano boliviano, colgado como un nido de cóndores en el delta formado por el tronco principal de los Andes y la grandiosa rama occidental que de él se desprende, es la cuna del aimára; es tal vez, es seguramente, la cuna de la humanidad. E indios somos todos los habitantes de esta parte del planeta.

—Eso sería hace diez mil años —terció Ballivián—. Hoy el indio es incapaz de elevarse a las grandes concepciones morales, artísticas e intelectuales. Es incapaz no sólo ya de gobernar y dirigir, sino de organizarse a sí mismo.

Previendo el desenlace desagradable, Diez de Medina se esforzó una vez más por apaciguar los ánimos:

—Creo que ninguno de ustedes anda en lo cierto. Nuestra historia la construyen blanco, indio y mestizo. No es lícito atribuir toda la acción creadora a unos y el estacionarismo a otros. Acaso blancos y mestizos impriman rumbo político a nuestras sociedades; pero el indio aporta algo muy serio: es el primer contribuyente de nuestra economía interna, el primer productor de nuestros campos. Es el número. Y precisamente, en nuestro acervo espiritual, cuenta su pasada grandeza.

—¡Vaya, usted también se autoctoniza! —arguyó Ballivián—. Pues bien; definamos! ¿Por qué no calzar “ojotas” y ceñir la cabeza con un “lluchu”?

—¡Porque el indio no es la vestimenta! —tronó Tamayo.

—Qué es, entonces, ¿la institución, las costumbres, el modo de vivir...?

—Contra el esfuerzo secular del indio, nada vale el parasitismo del blanco.

—¡Hola! Es por eso que los decadentes blancos deben buscar en el indio la fuerza que les falta. Ya me explico muchas cosas...

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Tamayo.

—Lo que quiera usted comprender —repuso irónicamente Ballivián.

Isaac Tamayo se detuvo un instante, contrajo el ceño hirsuto y secamente concluyó:

—¡Buenas tardes, caballeros!

Ballivián y Diez de Medina prosiguieron el paseo. De pronto, éste, agregaba:

—No debió usted lanzar aquella alusión don Carlos.

—Pero qué quiere usted don Federico, el loco ése me saca de mis casillas!

Al regresar, advirtiendo el silencio de su compañero, Ballivián preguntaba:

—¿Todavía pensando en Tamayo don Federico?

Y la respuesta brotó lentamente de los labios de Diez de Medina:

—No. Pensaba en sus hijos. El drama íntimo de don Isaac Tamayo será una tragedia para quienes lleven su nombre. Se ha malogrado ya un gran talento para la patria... ¿Qué será de sus herederos?

La vieja Alameda no vio pasar más, bajo sus tilos, a los tres amigos.

Infancia. Cuando los hijos de Isaac Tamayo alcanzan edad de ir al colegio, su progenitor contrata profesores, educándolos orgullosamente dentro de los muros de la casona paterna. Y será él mismo, con su vasta cultura, **con su dúctil talento, el instructor de profesores y alumnos**. El misántropo, rechazado por la sociedad, no le entregará sus hijos. Antes bien: los formará solitarios, desdeñosos, aptos para proseguir la lucha. Desdén contra desdén. Desprecio por desprecio.

Francisco fue el nombre de pila que el primogénito nunca quiso aceptar; y antes de cumplir diez años se amotinó contra el padre: Franz suena mejor que Francisco. Será pues Franz y no Francisco. El señorón se encogió de hombros, acaso sin comprender que el repudio del nombre españolísimo, más allá de la razón estética, sesgando el ridículo de los apelativos vulgares, en el fondo escondía un secreto rechazo de la herencia hispana; pero como el sentir autóctono aún no ha madurado, en vez de elegir un nombre indio, el niño vuelve la mirada a la Alemania hiperbórea de los ojos azules. Esta elección simbólica da la pauta primera: América parte al encuentro de Occidente, .sin razones, sin móviles lógicos, con sólo el poder intuitivo de un corazón infantil.

Es una criatura extraña. Corta estatura. Cuerpo macizo. Ojos negros y vivaces. La piel bronceada delata al aborigen. Del padre vienen la altanería, el amor al conocimiento, la pasión del arte, una voluntad todopoderosa; por la herencia materna brotan el sentimiento místico de la tierra, la pasmosa objetividad, esa capacidad de aislamiento que no comprende el europeo; y un callar que engendra mundos del silencio. Hosco, melancólico, bañado por profundas intuiciones, muda

bruscamente del entusiasmo impetuoso a la reserva desdeñosa. Pasan días, semanas pasan viviendo más en los libros que en la vida. Primer contacto con las letras bajo la mirada paterna. Pocos, muy pocos juegos; y en el juego, un querer mandar a los demás. Venera al progenitor. Ama y respeta a la madre. Tolera a los hermanos. El sol de la niñez se oscurece al cruzar por esta infancia corta y áspera, que no está hecha del zumo de las risas y los sueños, mas del vino de los llantos y las penas. Con precoz sensibilidad, el niño inicia el doble camino: un internarse en la selva de los hombres, un penetrar en la selva de los libros.

¿Qué busca este niño de ojos viejos?

Cuando el padre interpreta Chopin, Franz pugna por contener las lágrimas.

—¡Vete —dice el padre—. Esto es veneno para ti!

Y es echado a jugar.

No sale un reproche de sus labios, pero el contraste de su tez oscura y la piel blanca de los hermanos lo llena de inquietud. Caídas y fracasos los guarda para sí. Los éxitos los exagera la imaginación. Acometivo en todo lo que emprende, se critica despiadadamente al terminar su trabajo. Pregunta sin cesar. Estudia. Retiene todo lo que ven los ojos, todo cuanto escuchan los oídos.

Las visitas de Isaac Tamayo sienten la presencia de este niño inquieto, que suele deslizarse por los salones paternos, a veces desconfiando de todos, entregándose a veces al primero que le tiende una mano cordial. Variable, distinto en el trato, pasa de la hurañía aisladora a la forzada sociabilidad que se esfuerza por ser seductora. Parece amar la independencia persiguiendo al mismo tiempo la simpatía de los demás. Fuego y nieve. Esquivez y afabilidad. La niñez engendra las primeras contradicciones, las variaciones del carácter mezclan rasgos de extrema cortesía, con bruscas explosiones de precoz individualismo. Son cosas que no trascienden con frecuencia al exterior; y que sólo el progenitor sospecha con su conocimiento de la psique infantil. Mas no es extraño que un día, un viejo amigo de la casa, profiera:

—Es curioso este niño Tamayo; parece un hombre de cincuenta años...

¿Germen del indio? Ambiciona demasiado. ¿Sustancia del blanco? Se concentra en exceso. Entre los juegos fraternales, las primeras letras y el contraste de las risas y los llantos, es difícil comprender por qué ciertas criaturas son actores y espectadores de su propia infancia. Aunque la intuición paterna sondea las primeras aguas, nadie invade el fondo submarino de esta infancia, donde se acumulan los bancos psicológicos del gran mestizo.

El primer landó que llega a La Paz pertenece a los Tamayo. Es un vehículo vistoso, de altas ruedas, con su capota móvil y un hermoso tronco de caballos negros. Verlo rodar por las calles mal empedradas, bamboleándose sobre sus flexibles muelles mientras los aros de madera rebotan sobre el pavimento, es un espectáculo allá por los años de 1887.

Acompañando a sus cuatro hijos, Isaac Tamayo salía a dar unas vueltas en coche. El primogénito no se resignaba a permanecer dentro de la caja del vehículo; y montaba al lado del cochero para disfrutar mejor la admiración de los transeúntes. Otras tardes, cuando el señorón quedaba en casa, los niños salían confiados a la custodia del auriga, siendo detenidos por muchachos ansiosos de subir al coche mágico. Iban juntos a la Alameda, jugaban y terminaban casi siempre a capazos, porque los hijos de Isaac Tamayo, orgullosos y despóticos, pretendían imponerse a sus compañeros de juego, vástagos de familias copetudas que se negaban a someterse a los voluntariosos dueños del landó.

Ella... ¿Quién es Ella? La sociedad la ignora. Su nombre no vive más allá de los labios de sus hijos.

—No es una dama— —murmuran las gentes, acaso porque no aparece en las reuniones sociales ni se la ve junto a los suyos.

Si para unos es un hecho la ascendencia indígena por línea materna, para otros la versión del indumento vernáculo no pasa de una fábula. La madre de Franz Tamayo probablemente es una criolla, en cuya naturaleza predominan los rasgos fisiológicos y psíquicos y de lo indio. Por ella será el hijo fieramente aimára, planta de su suelo y de su raza injerta en tronco hispano. El enigma de su evaporación social, descarta la hipótesis de la mujer de raza blanca. Quedan dos caminos: uno conduce al mestizaje; otro a la autoctonía. La chola o mestiza, criatura de clase media sin la educación y refinamiento de las clases altas, pero aventajando varios grados a la mujer indígena, origina la segunda hipótesis. La tercera se refiere lisamente al extraño caso de una india, elevada desde la humillación de su raza vencida, por el capricho de un gran señor. ¿Cuál es la verdad?

Isaac Tamayo y sus hijos no la establecen. Siendo el misterio mayor, parece ser la causa profunda de la desazón infantil que no tardará en convertirse en pasión de resentido.

¿Hubo un hada en esta infancia? ¿Se comunicaron madre e hijos más allá de la relación doméstica? Preguntas sin respuesta... Es sugestivo que en sesenta años de vida y a través de diez libros, no aparezca un pensamiento destinado a exaltar la ternura filial. Franz Tamayo padece y en el drama de la desigualdad de sus progenitores, la expiación prematura de un hado adverso. Por eso su genio creador, como el genio cruel y sombrío de Hebbel, verá en el mundo la gran herida de Dios. Una confesión auto biográfica levanta la punta del velo en el cuarteto que dice:

“En el sepulcro no hay bastante olvido
Para aquesta injusticia sin sentido:
Penar por una deuda no debida
Y por la vida que no se ha pedido!”

Cierta vez, jugando en el portal de la casa paterna con otros chicos, el niño escucha, tras una disputa violenta, la frase desgarradora:

—¡Seré un imbécil, pero no un indio como tú!

Una nube roja le cegó los ojos. Quiso castigar al insolente, estuvo a punto de descargar sus menudos puños sobre el rostro provocativo; mas, un rubor terrible le asomó a la cara, se aflojaron los músculos y corrió a un patio interior a esconder su vergüenza. ¡Indio! ¡Indio! ¿Querían rebajarlo a la condición del “pongo” que barre el zaguán, o del “aparapita” que conduce carga sobre sus mansos hombros? En los hermanos la influencia indígena se disimula bajo la apariencia morena; no son más ni menos criollos que los demás. Sus rasgos ni angulosos ni concentrados, les permiten confundirse con otros muchachos sin que el físico destaque diferencias. Pero Franz es otra cosa; otra muy distinta cosa. Absorbe los caracteres kollas con violencia extraordinaria: perfil dominante y agresivo; tez oscura, de un tinte cobrizo indisimulable; hirsuto y corto el cabello; los pómulos mongólicos; duro el corte del rostro; el mirar vago y receloso; torpes los ademanes. Un espanto helado sube por las venas cuando buscando el esplendor de un rostro bello, el espejo devuelve la imagen oscura de la faz sombría. Las primeras lágrimas nadie las ve. Si es dichoso el dolor cuyo sollozo estalla hacia fuera, este corazón de niño se tortura recogiendo en sí mismo. La infancia desencantada por el drama racial, secará la ternura infantil trocándola en desconfianza ulterior. Es la primera visita del Destino; se sospecha, sin comprenderlo bien, que sin el tributo de un penar constante, el mundo no admite individualidades a desnivel ni fusión de razas. Todo mestizaje es un desafío al equilibrio social.

—¡Enorgulécete de tu sangre india! —exclama el padre entre indignado y calculador.

El pequeño calla y desconfía. Con ser precoz, su inteligencia no alcanza todavía los designios nativos; y un amargo instinto lo separa de la raza humillada, envilecida, que convive con blancos y mestizos sin participar sus excelencias.

Viajábese por ese tiempo en cabalgaduras. Airosas mulas aguardaban en el portal para partir, de madrugada, al altiplano. Los Tamayo poseían extensas propiedades, casi todas colindantes, cuyos límites sólo era dable recorrer en varios días. Los indios, en el agro, son muy distintos al indio de la servidumbre urbana. Afables, cordiales, laboriosos, mano tienen sus campos bien labrados, viven en paz. Cuando el “tata” vigila las cosechas, los colonos acuden a exponer sus quejas, siendo escuchados pacientemente. Terminada la faena, el señorón, rodeado por mayordomos e “hilacatas” y en presencia de la indiada próxima, administra justicia con severa probidad, ganándose el respeto de los colonos por su acierto para sondear el corazón humano.

—Es cuestión de saberlos entender —decía—. Los indios no son malos.

Pero en las tardes altiplánicas, a la hora del reposo, los mestizos y las mujeres de la servidumbre narran antiguas consejas, cuentos fantásticos, y también hechos verídicos en los cuales el aborigen juega un papel sanguinario. Por boca de las cholos, que perpetúan la tradición popular, los hermanos Tamayo aprendían que el indio es malo, cruel y que sus hazañas contra el blanco constituyen una larga serie de crímenes. Se cuentan las miserias de su cautiverio secular, pero no el rosario de sus fechorías.

—¡Déjenlos libres —decía la vieja Santiago— y nos comerán a toditos!

Y cuando alguien intentaba suavizar los juicios, la chola recordaba las sublevaciones de otros tiempos, la quema de haciendas con los dueños dentro.

Franz advierte la felicidad paterna. Entre los indios del altiplano, su progenitor es dichoso. Una voz, un gesto son al punto obedecidos. Con un sentido tolstoyano de la relación entre patrón y colonos, Isaac Tamayo predica redimir al indio por el afecto, aunque poco pueda hacer en el hecho para cumplir la prédica. Hace construir algunos ranchos para combatir la falta de higiene de las chozas indígenas; pero los colonos, en vez de mejorar sus hábitos, concluyen por rebajar el rancho a la categoría de choza. Elige los más despiertos, les enseña a leer y escribir. Envía a otros a la ciudad para que aprendan oficio; y casi todos, con rara excepción, después de vivir un tiempo en la ciudad, aun habiendo aprendido un oficio, regresaban al “ayllu”, sumergiéndose nuevamente en el silencio del agro, que hace varios siglos dejó de pertenecerles.

¿Hay algo de misionero en Isaac Tamayo; o su amor por los indios es la revancha contra el blanco que lo excluye de la sociedad?

En la madrugada de la vida, tal vez sus hijos no se formulan la pregunta; mas la fruición del mando, el orgullo del poder, brillan para el primogénito a través de la rígida disciplina que impone este “padre de familias”, surgido en parte del rigor bíblico y en parte del absolutismo medieval.

Encaramado sobre un “sunicho” negro, Franz emprende largas correrías por campos y quiebras. Cuando la noche lo sorprende, se orienta por las estrellas y las masas de los cerros; suele regresar calado por la lluvia ante la expectación de las sirvientas:

—¡El niño Franz, señor! ¡Está mojadito! ¡Hay que cambiarle ropa “ahurita” mismo!

Isaac Tamayo sonrío:

—Dejarlo solo. Padeciendo se forma el hombre.

Un rayo de alegría ilumina la infancia. Las temporadas transcurridas en la finca hacen feliz al primogénito; es libre, manda, recibe el homenaje respetuoso de los colonos. Venerado por los indios a quienes lejos de explotar se esfuerza por ser útil, su padre impera en absoluto. Es un emperador, amo de vidas y haciendas, cuya autoridad nadie discute. Inclinado a resolver pacíficamente las cosas, su voz lenta deja entrever una energía inquebrantable. Franz nota el cambio; en la ciudad el padre se torna nervioso, maligno el genio, revistiéndose de orgulloso desprecio por los demás; en la finca recobra su verdadera naturaleza; es tranquilo, ecuánime, acostumbrado a mandar sin arrebatos.

Tiempo áureo, de apacibilidad provinciana, prepara el aluvión novecentista. Si la nación, perdido su litoral, vive encadenada al régimen aduanero chileno soportando los gravámenes de la derrota; si política y económicamente más parece una gran provincia de Arauco que una república soberana, el candor de nuestros abuelos inventa el espejismo ideológico para encubrir la realidad. De entonces datan el mito de la raza de bronce, el mito del país más rico del continente, el mito del mejor soldado del mundo; y otros mirajes fascinadores que después de medio siglo todavía perturban la mentalidad colectiva.

Receloso, demasiado precoz de entendederas, el primogénito desconfía del ritmo aldeano que pesa duramente sobre la montaña.

¿Patria es el regimiento que desfila al son de músicas marciales? ¿La efusión romántica de los periódicos? ¿La tricolor flameante? ¿La oratoria campanuda en el congreso?

—Vete a jugar —insiste el padre— y deja de pensar en cosas de hombres.

Los ojos negros centellean de impaciencia. Mandar, mandar un batallón... Organizar a los hombres... La infancia adusta se ilumina, soñando que un indio bronceado puede señorear sobre estos blancos desdeñosos y estos mestizos indolentes que ama y repudia la ambición primera.

A los diez años, Franz Tamayo escribe con rara perfección en español. Lee inglés y francés. Domina el aimará. Enseñanzas todas del padre.

—Al año tendrás profesor de griego y de latín —dice el —padre a su hijo mayor— y recién conocerás la verdadera sabiduría.

Sabiduría... ¿Por qué quiero saber? ¿Qué quiero saber? Los hermanos se burlan:

—¡Dejemos al “profesor”. ¡Se está enseñando!...

Brillante improvisador, con una técnica depurada del teclado, el padre pasa largas veladas haciendo música.

—Quiero tocar piano, padre...

Las primeras notas repercuten junto a las primeras raíces griegas. Isaac Tamayo interpreta con exquisito gusto a los clásicos. ¡Qué grácil suavidad en Mozart! ¡Qué ternura en las filigranas schubertianas! De pronto cambia la escena; las teclas modulan estilizaciones de la quena. Música

triste, monótona, como la escala sentimental del “jharahui” que evoca el canto de las cumbres, severo y melancólico a un tiempo mismo. El primogénito siente que despiertan sentimientos dormidos en su alma; la pena se desliza como una serpiente de escamas oscuras. Música india que no mueve al llanto, sino a un silencio angustioso que llora sin lágrimas. Adivinando la tortura infantil, el pianista retorna a los mares germanos. Una tempestad brota de sus dedos, poblando la estancia con timbres viriles. Franz vibra de emoción.

—Padre: ¿quién era Beethoven?

Isaac Tamayo frunce el ceño. Medita. Lentamente, las palabras salen de sus labios:

—Era un hombre que convertía las derrotas en victorias. En vez de echar sus hijos al mundo, Isaac Tamayo los echa al orbe interior. Todo lo que no se encuentra, lo que no se sale a buscar en el contorno, surge de la penumbra íntima. Se diría que el señorón no quiere formar ciudadanos útiles a su colectividad, sino amos de sí mismos. Cada vez más cerca de la naturaleza, de los libros; cada vez más lejos de la sociedad...

—No hay que fiar de las gentes. Busca en tí mismo —es el consejo habitual.

Pero cuando los vástagos quieren encontrar su camino se extravían. Tanto escucharon la voz paterna, tan bien absorbieron su lección, que ya no alcanzan a oír su propio destino. Plantas desviadas al retoñar, crecerán inclinadas al suelo de la incomprensión. El drama culmina a través del primogénito, cuya mayor sensibilidad fue más permeable a la influencia paterna; el hijo mayor será lo que el padre quiso que fuera: un indio que enseñe a los blancos; un blanco que se aíra tras la máscara india.

Andante con espressione. Sin hogar equilibrado por la inteligencia de los progenitores, sin amigos, sin comunicabilidad social, la infancia de Franz Tamayo transcurre en un tono grave y melancólico, cargado de expresión.

“Soledad desolada
De un cielo sin estrellas
Sobre un mar sin orillas”.

ALLEGRO ALLA MARCIA

«Tendida como un arco el alma tuve
Y un deseo como águila que sube.
Partió la flecha, y se perdió en el aire;
Lanzóse el ala, y se perdió en la nube!»

Tamayo

El presidente Arce, tipo del pionero en tierras vírgenes, construye el primer ferrocarril; desde 1892, Oruro se comunica con los puertos del perdido litoral.

Se sueña, entonces, organizar pueblos homogéneos, atrayendo inmigrantes, impulsando la industria y el comercio, reemplazando la turbulencia de las luchas internas por el esfuerzo coordinado de comunidades productoras. El visionario de Huanchaca tiene fuerte el brazo, tenaz la voluntad; su alma ruda de capataz alberga un fondo romántico; las vías de comunicación harán el milagro. Bolivia será, por fin, una gran nación... La locomotora es el instrumento. Inmigrantes y capitales harán de fuerza, impulsora. Sin el bagaje humanista de Sarmiento, hiriendo voluntades antes que almas, también Arce comprende la antinomia angustiosa: civilización o barbarie. En la última década del siglo XIX, inicia la insurgencia industrial para batir el latifundismo. Huanchaca y Guadalupe resumen el nuevo espíritu emprendedor, que aspira a reemplazar el arado del indígena por la herramienta del minero. La hegemonía del agro cede paso al reinado de la plata.

Si Campero deja surcos grávidos en el alma boliviana, Arce cruza de caminos y obras audaces el territorio. Aquél despierta la conciencia; éste la voluntad de ser. Son influencias decisivas en la formación de la nacionalidad.

La Paz sigue siendo la gran aldea del Ande.

El comercio ultramarino llega a lomo de mula o en carretas desde Oruro. Aparentemente nada cambia; prosigue el lento discurrir de la vida. Pero adentro fermenta la inquietud. Si para nuestros abuelos se soñó un porvenir de políticos y hacendados, para nuestros padres se imagina un futuro de comerciantes e industriales. La prensa del norte reprocha a los doctores de Chuquisaca su amor al silogismo, sus disputas bizantinas, el ultramontanismo de prédica y acción. Situados entre el llano oriental y la cordillera —se les censura— no podrán dominar el altiplano. Un regionalismo agresivo, emboscado bajo el velo del progreso local, cunde por todo el territorio. El pacto de tregua con Chile pesa duramente; la pobreza fiscal corre pareja con lo exiguo de las fortunas privadas. Un ansia de superación sacude a las gentes, manifestándose por la pugna de las ideas, el culto al positivismo y la tendencia a organizar. Aunque iglesia, aristocracia y tradicionalismo gobiernan, la juventud y las masas vislumbran en el naciente partido liberal la tierra prometida de la dicha colectiva.

Isaac Tamayo, por los años postrimeros de la influencia conservadora, es Cancelario de la Universidad de La Paz, diputado por la provincia Murillo, ministro de Hacienda de Arce. Comprende que las nuevas ideas se impondrán; y como ve alejarse la oportunidad de subir más alto, sea por su falsa posición social, o por discrepancia con los conservadores, se aleja de la política refugiándose en una gerencia bancaria. Pero el sociólogo y el esteta disputerán su senectud; cuando se olvide la actuación política de Isaac Tamayo, todavía se buscará las crónicas de arte suscritas por “Guilliat”, los fragmentos de “Sarah Bloch” novela juvenil y las páginas penetrantes y controvertibles de “Habla Melgarejo”, firmadas por “Thajmara”. Bajo el nombre indio, se esconde, una vez más, el sentimiento del gran señor.

En este medio conservador que se defiende contra la irrupción liberal; junto al extraño hermetismo del padre, cada vez más retraído, transcurre la adolescencia de Franz Tamayo.

Como el padre de Goethe, vigilante y disciplinado, Isaac Tamayo es el mentor de sus hijos.

Urbanidad. Primeras letras. Lenguas, arte y ciencia. Reglas psicológicas. Todo mana de sus labios. Contrata profesores de gramática, historia, geografía, que sólo realizan labor de monitores, con influencia puramente mnemónica sobre los despiertos alumnos. El verdadero profesor de carácter, el pastor de inteligencias, el seductor de almas, es el sociólogo intrincado de “Habla Melgarejo”. Tan honda fue la influencia paterna, que al declinar la vida, cuando las sienas

se toquen con la nieve augusta de los años, el hijo, a semejanza del progenitor, repetirá la tremenda experiencia: un aislamiento absoluto de los hombres; un silencio torvo y esfíngico.

¿Qué es el genio? Ciertamente: un monstruo de la naturaleza. Violenta las leyes naturales, las desborda para construir sus propias reglas. Biológicamente vence por tramos el curso de la edad; espiritualmente desorganiza y mezcla los estadios del tiempo. La infancia breve. Corta la adolescencia. Si el dolor apunta a los cinco años, la madurez brota a los doce. Fuerte en intuiciones, el corazón anticipa experiencias. Y en época temprana la cabeza cosecha granos que no terminaron de germinar. El genio —dice Lessing— es la originalidad más absoluta, una individualidad todopoderosa, una energía pasional indomable, una sensibilidad siempre despierta.

Isaac Tamayo observa con inquietud a su hijo; su inclinación al conocimiento y al misterio; su fuerte disciplina mental y la reserva de su espíritu. Eros y Anteros arrojan dardos sin medida.

—¿Por qué te apuras? Pareces un reloj al que hubiera que retrasarle las agujas.

Y la respuesta seca, cortante:

—No sé nada. Quisiera saber todo.

La biblioteca, traída en parte de Berlín, Londres o París, en parte de Madrid y Buenos Aires, contiene soberbios libros en varias lenguas y esmeradas ediciones.

Espantado por la voracidad del adolescente, el padre reflexiona:

—Si no fuese tu poder de comprensión, tu anhelo de sentir el mundo, nada avanzarías. El mundo crece en tu interior. ¿Para qué cargar la inteligencia? Los libros y yo sólo te ayudamos a ver.

Parece exagerado; pero ha sido así. No pudiendo enumerar, evoquemos hitos aislados en esta poderosa primavera de pensamiento y sensibilidad.

Homero, Platón, incitan al tipo apolíneo. Shakespeare y Pascal a la conciencia fáustica. Una sonata mozartiana —perfecto rococó— se contrapone al lamento wagneriano, oscura disolución de la forma. Torsos de Miguel Ángel. Lienzos de Rafael. Dramas de Racine. Tallas del Bernini. Sueños de Bramante y del Palladio en la Basílica del Mundo. ¿Quién fue Raimundo Lulio, el Doctor Iluminado? ¿Y el monje Rogerio Bacon? Versos de Keats junto a prosas de Séneca. Raíces griegas y latinas en gruesos diccionarios. Estética filosofía. Derecho y matemáticas. Física y estudios filológicos. Sófocles da la medida clásica; Praxíteles la forma. Gracián y Montesquieu depuran la expresión ya decantada en los textos de Tácito, Marcial y Cicerón. Refranes del Quijote, Cantigas de Gonzalo de Berceo. Un lienzo del Poussi equivale a una sentencia de Virgilio. Fluye el claro diálogo socrático junto al análisis geométrico de Aristóteles. Pasión de Víctor Hugo. Es la comprensión diurna del cosmos.

La música trae las primeras nieblas del “gemüth” germano: Beethoven, sueño y angustia, terror y maravilla. Hay un voltear de espaldas al romanticismo gallo; ni Hugo ni Lamartine ni Alfredo de Vigny. Más bien la estirpe nórdica de ojos fríos y hondísimos que esconden el enigma. Lutero, Leibnitz, Goethe, Novalis, Schopenhauer, Nietzsche, Kant y otro nocturnos que saben toda la ciencia de la vida. Pavor de Dante. Abismos salamandricos de William Blake. Misteri de los Vedas y el Talmud. La trilogía de los novelistas estupendos: Balzac, Tolstoi, Dostoiewski. Y el viejo Ibsen y áspero Strindberg. Cantos de Ferdusi y Li -tai -pe. Simbología bíblica. Saltos bruscos de Pitágoras a Horacio y del Ariosto a Calderón. Cuervos negros de Leopardi, Poe y Kierkegaard. Palomas blancas de Hafiz. Aterrante capacidad de absorción. Una memoria insondable que todo lo retiene.

“Yo era en mi juventud un nigromante.
Que hace oro el plomo y el carbón diamante!”

Es apenas un muchacho de diez y siete años, y ya el viejo Tamayo, contemplándolo con orgullo, piensa conmovido: no tengo nada que enseñarle.

Agosto, mes dilacerante que aleja el invierno, acarrea enfermedades y atemoriza los hogares: es el que mejor caracteriza la adolescencia de Franz Tamayo. Al brillo palpitante del sol hibernal sucede un viento crudo en cielo gris. No nace el corazón a la vida; es la vida que nace al corazón. A la edad en que se sueña con el primer baile, acechan crueles desazones. Pugna con la familia. Pugna con el medio. Pugna con los libros.

¿Qué soy? ¿Quién soy? ¿Para qué subsisto? Uno entre millones de indios, mestizos y blancos. Los primeros, sucios e ineptos. Traidores e ignorantes los segundos. Falsos y orgullosos los últimos. El color de la piel tira hacia abajo. La ambición del alma busca el cielo. La voluntad

mestiza rompería toda disciplina para disiparse; pero la tensión encontrada del europeo y del autóctono chocan bravamente: no habrá dispersión, sino integración por el contraste.

Primeras escaramuzas. Amigos que se niegan a reconocer el yugo de una mente intrépida.

“Unía el alma a un vuelo de falena.
Una certeza y rigidez de dardos”.

Esto reza con la formación intelectual; no con el ensamble de alma y medio, dualismo trágico desde los arabescos iniciales del raciocinio. No son, pues, diez y siete abriles; son diez y siete agostos gélidos los que vive el adolescente.

—No te pongas esa corbata roja; es de mal gusto.

Sombrío silencio. También la melena incipiente será motivo de crítica o de burlas. El indio —dice un libro— contrarresta la hostilidad del paisaje eligiendo colores fuertes para su indumento. ¿Viene el mal gusto de la sangre autóctona? ¿Es tan difícil alcanzar aquella pulcritud somática, aquella elegancia desaprensiva de los petimetres de sociedad?

Hay dos colegios por aquel tiempo en La Paz; el de los Padres Jesuítas, donde se educa la juventud granada; y el Nacional Ayacucho, de instrucción gratuita para los hijos del pueblo o los jovencuelos que resentidos con los frailes huyen el beaterío y la disciplina.

Por ambos pasa Franz Tamayo contra la oposición paterna; la experiencia no puede ser más breve: veinte días soporta a los Jesuítas y un mes la enseñanza fiscal. Los primeros encuentran excesivo el saber del nuevo alumno; insoportable su desdén por las prácticas religiosas y su osada altanería. El “Ayacucho” no acoge bien a los “futures”. Hay profesores elocuentes que dicen: “¡Aquí está el porvenir de la patria, en estos hijos de mestizos que hacen la mayoría boliviana!” Pero los hijos de mestizos carecen de urbanidad, saben menos que los hijos de caballeros y son levantiscos de genio. Por ese tiempo, sus profesores no están a la altura de los sabios padres jesuítas. El colegio fiscal ahuyenta al intruso con la misma facilidad que el establecimiento católico.

—Y bien... ¿Qué te parecen nuestros famosísimos colegios?

Franz no confiesa su derrota sino a medias:

-No creo conocerlos bien. Pero a los hombres ¡ya comienzo a comprenderlos!

«Tierra extraña y difícil. Magra, vasta y solitaria. Clima extremado y rudo para la vida humana, de animales y plantas. Faltan aire, fuego, agua. En ninguna parte se siente menos la dulzura de vivir como en estas mesetas altas; sin embargo, se vive. Tierras rodeadas de colosales montañas escarpadas que son como fortalezas naturales y también como naturales prisiones. Si el acceso es difícil, la salida a través de los montes lo es también. El mar está divorciado de estas tierras por una colosal masa de montañas. A una salvaje grandeza del paisaje, se une la extrema carencia de los primitivos elementos de vida. Un vago sufrimiento atormenta al hombre. Desmesurado aislamiento en altas montañas. Igual que los altiplanos, el alma humana está como amurallada de montañas; es impenetrable e inaccesible. La soledad andina se ha convertido en soledad aimára. Hay un espíritu claustral en la raza. El indio es un deprimido aparente y un comprimido real. Todo el silencio andino ha pasado al alma india. De tanto callar, acaba el indio por no hablarse ni a si mismo. La tierra hostil hizo la raza desconfiada».

Este retrato del paisaje andino y de su poblador, escrito en 1912, refleja y no refleja la verdad.

Hace medio siglo la ciudad no ofrecía atractivo, sino incomodidades. La aridez de la hoya paceña, desprovista de árboles, impresiona desfavorablemente al viajero. Los servicios públicos se mantienen casi como una prolongación de la Colonia, deficientes y abandonados. La actividad social se reduce a tertulias nocturnas. Si es verdad que el indio es —y sigue siendo— un enclaustrado espiritual, mestizo y blanco, sin disfrutar todas las ventajas del siglo XIX, que llegan desmedradas a La Paz, viven como en cualquiera ciudad sudamericana de segundo orden. El medio físico es ciertamente hostil —aunque no en la medida extrema que lo imagina el autor—; mas las gentes no habitan un clima adverso en absoluto.

Esta pintura del Ande, que biológica e históricamente es en parte auténtica, en parte se deforma al ser trascrita por un alma apasionada, que sufre hondamente la rudeza del medio.

¿Es la montaña la que pesa sobre Franz Tamayo? No. Son los montañeses. El adolescente que no pudo convivir con los criollos hispanizantes, sabiéndose por encima del cholo, apenas da —hecho hombre— el perfil simbólico del mundo aborigen. Su versión del paisaje andino es una versión subjetiva, a pesar de su aparente objetividad. Ni fue La Paz tan triste al caer del

siglo XIX, ni las condiciones de vida tan extremadamente duras. La planta humana domeñó regiones más desoladas; el corazón soportó silencio más cruento. Pero si el criollo acomodado y el indio disfrutaban de relativo bienestar en relación a sus centros biológicos, el mestizo sufre la triple pugna de tres sensibilidades opuestas: indio, cholo y blanco, a través de su aguda percepción, no se entienden jamás. Se puede hablar tres idiomas, sin comprender cabalmente ninguno.

Siempre más que el individuo, siempre menos que el tipo racial, el divorcio del mestizo con la sociedad es una ruptura previa con el medio étnico. Quien quiera comprender el pesimismo trascendental de Franz Tamayo, su torvo aislamiento de hombre y de artista, debe hundir la sonda en el mar encrespado de los primeros años. La descripción desolada del paisaje andino, escrita en el vigor de la juventud, destila en realidad los agrios zumos de una infancia lóbrega y de una adolescencia atormentada por la contienda con el mundo.

Lo que el adolescente no perdona es la falta de receptividad de las gentes, la petulancia de los señorones, la insolencia de los mozalbetes; ni olvidará que más de una vez, en el fragor de la contienda política, Isaac Tamayo fue gravemente injuriado por sus adversarios. Ese clima de ferocidad y enañamiento que aún no ha desaparecido del todo en Sudamérica; ese rencor ciego para arrojar por tierra las reputaciones más sólidas, hallaron fácil presa en el orgulloso Ministro de Hacienda del gobierno Arce. Un día Zoilo Flores, famoso panfletario, fustiga duramente desde las columnas de "El Imparcial" al ministro Tamayo, "cuya indignidad para ser ministro consiste en su falta de competencia, en su falta de honradez y en su falta de moralidad". Puede imaginarse cómo impresionaría a los hijos la violencia de tales ataques; y en grado más alto al primogénito, naturaleza hurafña y desconfiada, que ha hecho un culto del amor al padre.

El rayo de oro de la novia adolescente no rasga esta niebla prematura. Tampoco se sabe que existiera el confidente, el amigo mejor, sin cuya presencia casi no se comprende la primavera de la vida. Y como el paisaje es sólo un estado de alma, en él vuelca su desesperanza el solitario, a manera de un fiel autorretrato. "En ninguna parte se siente menos la dulzura de vivir..." No. Es exagerado. Más justo será confesar: "Ignoro, no sabré nunca en qué consiste la dulzura de vivir". El suelo y los hombres se confabulan para enturbiar la visión exterior.

Por el drama de la sangre, por influjo de su gran genio sombrío, en cualquiera región del planeta Franz Tamayo sentiría la fuerza trágica del paisaje.

1898. Un año antes de la Revolución Federal, que cambiará profundamente la política boliviana, aparece un libro de versos: "Odas".

Dos razones explican el vacío que se hizo al libro: la ausencia de críticos, y el hecho de ser la obra una excepción a la tendencia modernista, a punto de irrumpir en la literatura sudamericana.

El autor esperó días, semanas, meses la crítica justa. Había remitido sendos volúmenes a los directores de diarios, a escritores destacados, a ciertos amigos. Algunos acusaron recibo en cuatro frases. Un periódico ponderó "el esfuerzo intelectual" del novel poeta. Otro se refirió a la "ingenua petulancia" de sus versos. Si leen diez lectores las cien páginas de las "Odas", es mucho. La primera tentativa no es afortunada. Pero cualquier petimetre publica versos insípidos, prosa barata, y acumula elogios.

Todo Tamayo está contenido en su primer libro. Su pugna con la forma, su mística de la tierra, su arrebató lírico, su cultura humanista, sus desigualdades estróficas, su desprecio por las reglas al tiempo que su rígido sometimiento a ellas en cuanto importa disciplina mental. Evitando la efusión emotiva de los veinte años, el poeta se gobierna por la razón, La oda "Obscura Similia" anticipa una comprensión filosófica del cosmos:

«La tempestad es un combate.
El huracán es el clarín,
El rayo espada en el embate,
La nube una legión sin fin.
En los campos del cielo estalla
No sé qué ciclópea batalla.
Se escucha un inmenso bramar,
Se ve brumas ensangrentadas;
Y a las nubes alborotadas
Escupe su onda hinchada el mar!»

El aprendiz ha cometido otro error: querer dictar normas a los dómines. En el prefacio de las "Odas", un pensador en ciernes enjuicia a quienes debían enjuiciar sus versos:

«Este libro se presenta en momento inoportuno; rechaza el espíritu de lujuria que respiran las creaciones modernas, el cultivo descarado de la forma, la preponderancia de la imaginación sobre la inteligencia, el afán febril de originalidad. Hoy el poeta es un libertino y la musa una bacante. Se hace el arte por el arte, y el arte es un fin. El arte en nuestros días, o es inmoral o es falso, lo cual, bien miradas las cosas en su fondo, no es más que una especie de inmoralidad».

Los poetas modernistas, los escritores que simpatizaban con las nuevas tendencias literarias, hicieron la conspiración del silencio al intruso, que en vez de ingresar por las puertas de la cortesía literaria, asomaba por el balcón provocativo de la polémica.

No se llega uno hoy a las “Odas”, como no se aproximaron los contemporáneos en la fecha de su aparición. Ahora, como ayer, figuran al margen del tiempo, Pero quien quiera encontrar las raíces de una disciplina clásica, quien quiera medir desde su tensión inicial el vuelo de una juventud lírica, recorra estas páginas desiguales de técnica y sentido, por donde cruzan relámpagos que anuncian la tempestad creadora.

Dicen que algún espíritu despierto anotaba:

—¡Hum! Bastante del vigor de Hugo, algo de la concisión de Horacio... Esta seguridad precoz suena más a desafío de guerrero que a lengua de poeta.

Otros protestan airados:

—¿El hijo de Isaac Tamayo poeta? ¡Vea usted la pretensión! ¡Ahora nos van a enseñar a rimar los “indios”!

Singular es el mozalbete. De baja estatura, ágil el paso, vivo el ademán. Habla con desparpajo, atropellándose, como queriendo imponer sus ideas. Pronto a la réplica, no puede encubrir ese fondo pedantesco que Goethe señala como característico de una juventud despierta. Como por su cultura y su talento domina en la conversación, los émulos buscan motivos para zaherirlo en la figura. “Esa melenita antipática... ¿Se creará un bardo de verdad?” Un mozo así, arrogante y desdenguado, es un desafío. “Modos de disimular el complejo de inferioridad” —apuntan los más taimados. Pero el muchacho desmiente las murmuraciones. Le ha costado cambiar la timidez de la infancia en el atrevimiento juvenil; mas, aprendido el secreto, no lo abandonará nunca: a los hombres hay que mirarlos así, calándoles el alma, desarmando insolencias; doblegando voluntades.

Anciano ya, Isaac Tamayo recibe en su biblioteca barroca, toda revestida por un fino artesonado de caoba. El señorón ocupa una especie de tarima, se sienta en un sillón colonial y a través de una cortinilla de terciopelo, colocada al centro del cancel que separa su escritorio de la biblioteca, conversa con los visitantes. Antes que personas mayores, por lo general son amigos de sus hijos, mozalbetes ansiosos de saber, que escuchan atentamente, formulan preguntas y no parecen fatigarse de oír al anfitrión. Explican algunos por razones de enfermedad la cortinilla; otros la atribuyen a caprichos de excéntrico. Lo cierto es que Isaac Tamayo se recluye los últimos años en su casa y no se deja ver por nadie; escuchar sí.

Una de las impresiones más vivas que Franz conserva de su juventud, es el recuerdo de estas reuniones, entre familiares y académicos, donde luce la inteligencia paterna en todo su esplendor. Los jovencuelos que acuden a la casona de la calle Loaiza, jamás se retiran defraudados. Llegan alegres y entusiastas; se retiran satisfechos, como disimulando una fuga, sin reciprocarse atenciones, sin proferir frases de obligada cortesía.

“Vienen a nutrirse aquí —piensa Franz con amargura— sin retribuir de su parte”.

No los odia, porque comprende que no está en ellos la falta; desprecia más bien a las familias orgullosas que impiden la relación social. Hay razones para recelar de estos primeros “amigos” de la juventud, que el amor a la cultura aproxima y aleja el reflujo del convencionalismo mundano. Amigos... ¡Extraña palabra! ¿Quién es verdaderamente mi amigo? “Lo que a uno le daña, no siempre es lo que le falta, sino lo que le sobra”. Con menos voluntad dominante, con menos talento, con menos sensibilidad social, Franz Tamayo acaso habría encontrado un amigo de verdad.

—Ya tienes veinte años. Sabes dos veces más que un **bachiller en ciencias. Elige tu carrera.**

Por ese tiempo sólo hay dos carreras: médico o abogado. El hijo de Tamayo escoge la segunda.

—¿Te conformarás con ser un picapleitos?

Franz se enfurruña. Tras una breve pausa, su respuesta es categórica:

—No. El derecho es una ciencia; aprendiéndola se aprende la técnica de gobernar.

El padre enarca las cejas:

—¡Ah, político! ¿Y si la política en la montaña fuese algo muy distinto de los libros? Lo que lees en Plutarco o en Carlyle no suele presentarse por el altiplano.

El primogénito calla. Pero Isaac Tamayo sorprende en su expresión adusta un rencor sordo. No es todavía el deseo de organizar un pueblo invertebrado, sino el anhelo de mandar. “¡Éste va por el corazón a la política —suspira el anciano—. Si pudiera desembocar a ella por la inteligencia!”

Eliminados por los conservadores, que aseguran las presidencias de Pacheco, Arce, Baptista y Alonso, los liberales conspiran hasta 1899, año en el cual derrocan al último gobierno conservador enarbolando la bandera federalista.

El pretexto era absurdo. El federalismo equivalía a la desintegración nacional. Se necesitaba un motivo para arrebatar la sede del gobierno a Sucre y trasladarla a La Paz, ciudad de mayor población, mayor movimiento comercial y más fácil acceso a las costas del Pacífico. Detrás de ambas causas —aparente una y otra real— existe una tercera, no bien precisada por los historiadores. Es el viraje violento que sufre la psicología colectiva después de tres cuartos de siglo de caudillismo militar y tradicionalismo. El llano aflojó los resortes políticos del país. Los doctores de Chuquisaca, las familias linajudas, la tradición, el clero y la aristocracia no pueden contrarrestar el empuje de los hombres del norte, cuya sangre “kolla” exige empresas más enérgicas para la nación. Los liberales, explotando las tendencias populacheras y dinámicas de fin de siglo, escalan atrevidamente el poder. Si es lamentable recordar que lo hicieron a costa de una lucha civil, no es justo olvidar que el país ganó radicando el gobierno en la montaña y sustrayéndolo a la molicie de los valles.

Aunque ningún congreso se atreve a tocar jurídicamente el asunto, La Paz es, de hecho, capital de Bolivia. Cabeza de nación desde tiempos remotos, recupera su sitio bajo la espada de Pando, geógrafo, militar, explorador; y bajo el brazo férreo de Fernando E. Guachalla, alma civil del movimiento, sin cuya enérgica decisión no habría sido posible el cambio de capitalía.

Pocos vieron, por ese entonces, que la atracción centrípeta de la montaña al mantener la unidad y cohesión del territorio “kolla” —como apunta Mendoza— consolidaba la nacionalidad. Entre esos pocos estuvo Isaac Tamayo.

La agitación finisecular da paso a una nueva casta de señores: la casta de los burgueses sin tradición, demagogos, caudillistas, atrevidos, más criollos que hispanizantes, pero con más energía creadora que los últimos representantes de la Colonia. Se repite en cierto modo y en escala reducida, el drama de los Estados Unidos de Norte América: el Norte, acometivo y emprendedor, desplaza al Sur aristocrático y comodón. Bolivia es más América y menos España, cuando las masas liberales irrumpen entre los reductos chuquisaqueños y arrollan los privilegios de una aristocracia muerta.

Celebrando como «kolla» la capitalía de La Paz, Isaac Tamayo cae políticamente con los conservadores. “Nada tenemos que hacer aquí” —se dice— y parte rumbo a Europa con sus hijos.

Tres años dura la ausencia.

Franz Tamayo no ha escrito las memorias de su experiencia europea. No tuvo, tampoco, a quien contarlas. Apenas se sabe que siguió cursos de finanzas, ciencias sociales, derecho, arte y filosofía. Alguna vez el padre lo sorprende absorto frente a los torsos griegos en el Louvre; o entusiasmado en los debates del Parlamento Británico. Es el choque deslumbrante del alma india con la cultura occidental. Y esta vez no se trata de un Inca Garcilaso, dominado y elegíaco sino del torrente que se precipita épico y dominador. Es la revancha de la tierra sobre los conquistadores.

Paris. Londres. Roma. Berlín. Madrid. Un socialismo disolvente apunta en la gran democracia francesa. Prusia enarca bayonetas. Gloriosa en sus ruinas históricas, Italia se debate en el caos civil. El Imperio Británico es dueño económico del mundo. España yace caduca y en sopor.

«El solo medio de apresurar la formación de los países sudamericanos, es ponerlos en contacto con el pensamiento y el esfuerzo europeos».

A tiempo de elogiar y agradecer, el visitante esgrime su estilete crítico. Toma lo que le parece útil y sano de la cultura occidental; rechaza las influencias nocivas. He aquí un pensamiento primordial:

«El daño causado en las dos últimas centurias, en los países que han sufrido intensamente la excesiva difusión de ciertas ideas francesas, es en verdad profundo e incalculable. Nada socava más y sigue socavando la moralidad intelectual de muchos países, en el sentido altamente biológico, que aquella influencia; soltamos este pensamiento desconfiados, tan contrario al sentir común de los americanos y que no será comprendido en América antes de muchos años».

Sentidas en París, en 1903, estas palabras son escritas diez años después en el Ande.

El joven boliviano ha conocido la fruición del vivir europeo antes de 1914. Pero tras la impresión optimista, los ojos indios desconfían. Despuntan los primeros nacionalismos. Se oyen los clarines de la vanguardia artística. En la cúspide racional, técnica y científica, faltan pocos inviernos para que el Occidente se bañe en sangre. Franz Tamayo fija posiciones: observar, retener todo cuanto sea posible; desconfiar empero de esta supercivilización que entre los desvaríos de la inteligencia y la hipertrofia de los sentidos anuncia descomposición. Pudo el espectáculo de un mundo caduco inducirlo a refugiarse en los estudios helénicos, como lo hiciere el joven Goethe para sustraerse a la anarquía de su tiempo; mas el aprendiz de sociólogo persigue un fin más alto; retornar a la montaña y dedicar sus energías, sus conocimientos, a la organización social de su pueblo. A través de las brumas londinenses, por los bulevares de París, la voz de la tierra apaga el clamoreo cosmopolita.

La lección que no retuvo el boliviano y que al no ser aprendida ocasionará el más injusto de sus libros, es ésta: a partir del siglo XX, sólo hay dos tipos de vida nacional, dos grandes estilos políticos. Uno es el euro-yanqui o ecuménico, común a todos los pueblos regidos por la ciencia y por la técnica. Otro el primordial o autóctono, donde los pueblos subsisten como grupos “fellahs”, máscaras vacías despojadas de su antigua cultura. Esto lo ve claramente Sarmiento con su urgencia transformadora; y su tesis de “civilización o barbarie”, responde exactamente al progreso o a la regresión de los americanos. Franz Tamayo, acaso sospechándolo, acaso sin percibirlo; tal vez impulsado por el resentimiento étnico, cierra los ojos a la síntesis racial, no quiere ver la descomposición por heterogeneidad. Aunque su mente, desde los años mozos, se nutre en las viejas instituciones jurídicas y sociales de Occidente, su instinto indio abre cauce a la utopía del estilo autóctono, para diferenciarse de los europeos excesivamente sabios, de los blancos dominantes y altaneros, a quienes los criollos descendientes de españoles representan pálidamente por tierras de América.

Esa juventud robusta y voraz, que rehuye la sentimentalidad y el hastío —venenos de la época— y busca la energía entre los sajones, observa agudamente las flaquezas y las virtudes de la civilización occidental.

«Dos latinos han ahogado su talento en el moderno «pompadorismo» de ideas que reina en Francia: he nombrado al buen Rubén y al excelente D' Annunzio, hombre de buena voluntad literaria».

Franz Tamayo es quien primeramente habla en Bolivia del orgullo británico, sano por la acción, y el orgullo español, enfermo por la contemplación. Anuncia que el porvenir del mundo está en los laboratorios. Distingue entre la dominación de los antiguos por el arte y la de los modernos por la ciencia. La actual civilización europea —anota— como carácter y como tendencia, es del todo boreal; en esto se contrapone con la de hace dos mil años. Como Baudelaire, comprende a Wagner al primer contacto. Oye una vez las óperas del maestro de Bayreuth y escribe: “no hay probablemente obra humana en que la voluntad haya cometido mayores excesos que la “Tetralogía”. Y otra vez, fascinado por el espectáculo de la vanguardia estética, que aún no irrumpe como fenómeno colectivo, pero que las naturalezas sutiles aspiran en el aire de las ideas, exclama: “todo el arte contemporáneo está afectado de un esfuerzo matemático hacia la armonía”.

Las frases anteriores, entresacadas de los primeros “Proverbios”, reflejan la perspicacia con que el estudiante boliviano asimiló, desmontó y recompuso la cultura europea, tres veces milenaria. Posiblemente ningún sudamericano se aproximó con más aguda penetración, con esfuerzo más intenso, al mundo occidental.

Otro día se entretiene en juegos lingüísticos:

“El idioma alemán tiene mayor riqueza vocal que el español; el francés más todavía, y el inglés mucho más aún. El color vocal inglés es prodigioso, y es la lengua de los matices por excelencia. En cambio el español supera a todas estas lenguas por su riqueza poliptongal, y sólo le cede al griego que sobrepuja a todas juntas, siendo inferior únicamente al sánscrito, que es el océano de los sonidos».

Poco tuvo que aprender de Europa en punto a conocimiento libresco; mucho en ciencia de la vida y organización social. La sociedad humana —señala en otro párrafo— es una de las grandes maravillas del principio de organización cósmica.

Escasos placeres, casi sólo para hacer excepción a los estudios. Son tres años de seminario, de rigurosa disciplina mental, coronados por una breve estadía en Norteamérica.

En el vapor que conduce a los Tamayo de regreso al terruño, se discute las ventajas del Nuevo Mundo sobre la antigua Europa.

—¡Ah el altruismo americano —dice un señor maduro— herencia del liberalismo inglés!

Los jóvenes Tamayo asisten a la charla sin participar en ella. Escuchan tranquilamente a los mayores. De pronto el primogénito empuja su silla, y a tiempo de levantarse para abandonar la sala, exclama despectivo:

—¡Hablad de altruismo en Inglaterra, el país de la conquista sabia, y en Estados Unidos, el país de los monopolios devoradores!

La experiencia norteamericana sacude al viajero. De entonces datan sus reparos contra el moralismo sentimental y su amor por la acción enérgica y tenaz. En vez del precepto clásico “¡haceos sabios!”, hay que pensar en el precepto nuevo “¡haceos fuertes!”, que como un oráculo délfico habría que grabar sobre las portadas de las escuelas. Es el sentido del siglo que comienza, encarnado en Teodoro Roosevelt, cazador de leones, jefe de la primera democracia industrial del mundo.

1905. Franz Tamayo regresa a la patria al iniciarse la primera presidencia de Montes. Ha corrido mucha agua bajo los puentes. Y muchos vientos soplaron de la cordillera, transformando gentes y costumbres.

Esporádica, reducida, la inmigración afluye a las ciudades: españoles, italianos, franceses, británicos que vienen no en son de conquista, sino a crearse un hogar en suelo andino. El gobierno inicia su programa de construcciones; habrá un gran palacio de justicia, será demolido el antiguo Loreto para construir el moderno edificio del Congreso, la prefectura de La Paz tendrá un local adecuado. Firmada la paz con Chile, se proyectan varios ferrocarriles que serán pagados con el producto de la cesión territorial. Los Bancos aumentan transacciones. Se proyecta la reforma educativa. Técnicos extranjeros organizan el ejército. La burguesía liberal, emprendedora y decidida, reforma las leyes y procura democratizar los usos republicanos. Más que un renacer, es un comenzar a vivir. Bolivia despierta del marasmo del 80.

Del mozo veinteañero no queda rastro. Regresa un hombre joven, que sabe tanto como un viejo. A los veinticuatro años, Franz Tamayo es la hipertrofia de la personalidad: un no-me-importismo soberano, un despreciar los convencionalismos, aires de príncipe destronado, de genial aventurero o gran señor. No pudiendo ser Brummel, Byron ni Disraeli; habiendo emulado con Hugo, Zola y Jaurés, el recién llegado siente la necesidad de actuar en primer plano, revestido por un fiero teatralismo. ¿Teatralismo deliberado o espontáneo? Sorprende con sus trajes ajustados, a la moda parisina; el sombrero agresivo; los colores chillones que para unos son indicio de mal gusto y para otros un desafío a la estética de los salones paceños. Acaso el resentimiento sigue jugando su carta; hay algo de una infancia humillada y de una adolescencia solitaria, en esta insolente juventud que desafía la ética social con el barroquismo de la indumentaria.

La sociedad montañesa sonríe despectiva; conoce el arte de rebajar a su medida a quienes se empujan demasiado. Se critica mordazmente la petulancia del mozo, sus chalecos blancos, el bastoncillo finisecular; y el contraste del sombrero de paja con la melena abundante y mal traída. La elegancia francesa, rebuscada y deformada por el desaliño criollo, suele correr pareja con la excentricidad de la actitud. A un cronista social que ha dicho, simplemente, “regresaron de Europa don Isaac Tamayo y sus hijos”, el primogénito lo amonesta.

—Don Franz Tamayo es don Franz Tamayo; no el hijo de su padre.

Irónicamente, los periodistas comienzan a mencionar a “don Franz Tamayo”, a quien juzgan, en su fuero íntimo, un petimetre. Pero el “don” queda para siempre; entre burlas y sonrisas, la sociedad pierde la primera batalla.

Un contemporáneo —desafecto— lo describe así:

“Era en ese tiempo, delgado, melenudo y carecía enteramente de gusto. Sus ademanes forzados, su amabilidad artificiosa. Necio, pretendía saberlo todo. Ególatra, concentraba la conversación en torno a sí. La sangre india afloraba a su rostro cobrizo, sin que la cultura del estudioso bastara a encubrir la ausencia de señorío. Su aspecto chocante; y al ponerse en “tono” de magíster, era realmente insoportable!”

Bajo la máscara de la excentricidad, en Franz Tamayo prosigue la sorda lucha de las sangres. De la aristocracia lo separa su familia; del mestizaje la experiencia y la cultura europeas; del indio cinco mil años de humanismo vivo. Ninguno de estos tres orbes cerrados lo admite dentro de sus fronteras. ¿Gentes y hábitos? Poco importan. El hombre debe crear su ley y su figura. Ni gran señor, ni mestizo de clase media, ni célula autóctona. Vivir y obrar como un ser aparte. ¿Soñó en su juventud con el gran mestizo? ¿Vislumbró el destino hermético y soberbio del artista? Vivir obrar como un ser aparte, sería la norma aprendida con el tiempo; pero no sin librar los combates de la juventud, que al comenzar el siglo se aferran al sueño dorado: un sitio en la dorada sociedad conservadora, odiada y ardientemente anhelada a un tiempo mismo.

Para hacerse grato, el recién llegado pone en juego todos los recursos de su afinada sensibilidad. Su inteligencia, sus maneras desenvueltas, su admirable dominio del teclado, le abren salones que pensaron cerrar sus puertas. De otro contemporáneo es este otro perfil:

“Su esmerada educación resaltaba en el menor gesto. Hacía gala de cortesía con las damas, guardando la excentricidad para los varones. Sabía ser fino. Esa astucia finísima que Mantegazza señala como característica del boliviano, fue la llave para ganarse corazones. Nos dejaba en suspenso tocando una sonata. Conversador ameno, rebosante de ingenio y erudición, se granjeaba simpatías, haciéndose perdonar los excesos egolátricos con una dialéctica incisiva, que al cambiar rápidamente la charla encubría su propia falta tranquilizando a los demás. Era sagaz., astuto y ambicioso, gustando alternar con los mejores y asombrar a las señoras”

De poco iban a servir talento y sagacidad. Si los hombres proveyos y las damas se solazan con la compañía de Franz Tamayo, la gente moza se resiente de tamaña personalidad.

Dos, tres anécdotas reproducen crudamente esa lucha.

El primogénito de Isaac Tamayo rinde examen de abogado. No asistió a los cursos de la Facultad de Derecho; estudió en su casa. Nadie sabe por qué privilegio se le toma examen. Pero ahí está, altivo, sereno, contestando imperturbable las preguntas que le formula el tribunal.

—¿Podría decirnos cuál es el sistema que conviene a Bolivia: el proteccionismo o el librecambio? —interroga el examinador.

—¡Ninguno de los dos!

El tribunal queda estupefacto. ¿Se está mofando el estudiante? Vencido el estupor, el catedrático insiste:

—¿Tiene usted alguna razón para justificar su respuesta?

—Naturalmente —dice Franz Tamayo—. Y se extiende en una crítica magistral de ambos sistemas, demostrando con abundancia de argumentos que las naciones pequeñas, inorgánicas, no pueden optar por los métodos de las grandes colectividades económicas. Ha sido una lección jurídico-económica para el tribunal. Pero éste se toma la revancha en lo procedimental; el examinado ignora en absoluto la técnica interna de llevar los asuntos legales. No conoce un tribunal de justicia, no ha visitado el bufete de un abogado, ignora las funciones confiadas al procurador. Es la parte oscura, lo menos noble, pero es también lo útil e indispensable de la profesión.

—Concluido este trámite —arguye con voz melíflua el examinador— ¿el expediente debe pasar al juez de partido o al de instrucción?

El estudiante vacila breves segundos.

—Al juez de partido —replica con énfasis.

Sonrisa indulgente del catedrático:

—Querrá usted decir al de instrucción, joven Tamayo...

—Eso es... Eso es ...Al de instrucción —afirma el examinado con el mismo énfasis.

Al calificar el examen, un profesor vota por la aprobación y otro por suspender al estudiante. En el fondo, su seguridad, su sapiencia, su altanería, chocaron al tribunal. Pero el presidente de la mesa examinadora, aunque podría acordar la suspensión, impone una decisión concienzuda. “Su orgullo y su ignorancia del procedimiento —expresa— son pecados veniales. Su

talento es cosa seria". Y Franz Tamayo es abogado porque el azar lo puso frente a un corazón recto.

En otra oportunidad, jugando a las cartas en el Club de La Paz, se produce un desagradable incidente.

Tamayo ganaba cuatrocientos bolivianos, suma considerable para la época. Un rasgo de audacia y el ganador pierde todo en una jugada. Hirviendo de cólera, se prestó diez bolivianos de un amigo y en un golpe de suerte recuperó sus cuatrocientos bolivianos, ganando, esta vez, a otras personas. De pronto un golpe sobre la mesa y la voz silbante:

—Bien; yo me retiro.

Uno de los recientes perdedores, observa tranquilamente:

—Don Franz, no puede ser. Usted nos debe la revancha.

Tamayo no se inmuta.

—Yo no doy revancha a nadie —replica—. Es tarde y me retiro.

—Pero don Franz —insiste el otro— esto no es justo. Si a usted le dieron la revancha, es claro que también debe dársela usted a nosotros...

—¡Nada! He dicho que me voy y me retiro.

Entonces el interlocutor, perdida la paciencia, lanza esta frase más dañina que un venablo:

—¡Conque no da usted revancha a nadie! Con diez pesos nos limpia a todos y se retira tan fresco. Así se juega en los "tripots" de París, pero no en un club de caballeros.

Narrando la escena, Tamayo cuenta que pensó echar mano a su pistola para castigar el agravio. Se hizo un silencio mortal. Don Franz miró fijamente al ofensor y volteando espaldas se retiró de la mesa de juego. No volvería a poner los pies en el Club de La Paz. Un incidente trivial, que no suele pasar del ambiente caldeado de los tapetes, se convierte, para la epidermis hipersensible del gran mestizo, en ofensa que durará toda la vida.

Duele ver a los indios harapientos y desnutridos, con su recua de llamas que estorban el tráfico. Raza humillada, vencida ¿qué necesita para una resurrección total? El amor que Tolstoi y Dostoiewski sienten por los mujics, prende en los intelectuales bolivianos por el indio. Es todavía un interés epidérmico, que no pasa del tema literario; mas algunos profundizan el problema; y entre ellos Franz Tamayo, silencioso espectador de sus desdichas. Después de cada fracaso, de cada tropiezo social, vuelve al tema obsesionante. ¿Por qué esa absoluta falta de creatividad en el indio moderno? El indio antiguo alcanza la "forma significativa" del arte nazqueño y de la cerámica tiwanacota, que llega al máximo despliegue de la forma en su inventiva creadora. El indígena actual aprende todo lo que se le enseña pero no agrega nada; y los pueblos que dominan —¡es la lección reciente de las Britanias y Germanias!— son los que inventan y modifican; no los que repiten.

Los antecesores de estos indios tuvieron una historia, una legislación política avanzada, una cultura formal. Lo prueban la arqueología, la tradición verbal, el folklore intacto casi: lírica, danza, música que sobreviven a civilizaciones extinguidas. ¿Cómo volverlos a la actividad civil? ¿Cómo redimirlos económicamente?

Discurriendo a grandes pasos por un patio de antiguas losas, cuando son pocos los años, mucha la ambición y no escasos los desencantos, la imaginación suele llevar lejos. Franz Tamayo sueña redimir a los indios miserables, y a los cholos perezosos e ignorantes... Hay que aprender a mandar para organizar después a esta gente levantisca e indisciplinada. Un pueblo no elige sus gobernantes. Son los hombres los que conforman la multitud a su medida interior. Hay que poner orden en esta diminuta nación en germen. Pero estos sueños no salen de los cuatro muros del patio de una casa de la calle Loaiza.

El abogado tiene la cabeza llena de proyectos. Abrir una escuela de estudios superiores, para enseñar altas humanidades. Fundar un periódico y una revista literaria. Organizar un grupo de juventud con nuevas tendencias políticas. Mas el destino avienta los proyectos y prepara un nuevo drama.

"Extraña fatalidad! Hay espíritus cuyo precipicio es la dicha".

Toda vez que Franz Tamayo estuvo a punto de alcanzar un sueño, sobreviene la caída. Es su sino trágico.

Poco se sabe de sus amores, fuente sellada para el biógrafo; sólo un episodio, que influye decisivamente en su vida, es evocado por quienes lo conocieron.

Contando veintiséis años, el abogado se enamoró de una de las muchachas más lindas de la sociedad paceña. Hay quienes hacen memoria de su atractivo físico y su seducción espiritual. La niña era cortejada por numerosos pretendientes; pero Franz Tamayo, a juicio de las mamás casamenteras, a no ser su origen, constituía el mejor partido. Inteligente, culto, ambicioso y enérgico, la fortuna paterna acrecía sus méritos. Unos lo señalaban como escritor de provecho; otros como político en potencia; y la misma sociedad que le crea conflictos, no vacila en abrirle sus salones, ganada por la originalidad del mozo.

La niña y el galán se prendaron apasionadamente. Se rumoreaba el próximo noviazgo. Un día, vistiendo su mejor levita y su más fino sombrero de copa, don Isaac Tamayo se presenta en la residencia de la niña y solicita ver a los padres. Invitado a pasar al salón, advierte con extrañeza que sólo está el dueño de casa, mas no vacila en formular el grave petitorio.

—Señor don Juan: vengo a solicitar la mano de su hija Maruja para mi hijo Franz.

Este don Juan, ayer discípulo de Isaac Tamayo, pasaba por un señorón acomodado, de rancio abolengo, que calzaba fieros puntos en materia de jerarquías sociales y se le atribuía fina malicia para sortear situaciones.

Socarronamente, como quien envuelve el guijarro, se limitó a responder:

—Muy honrado, señor don Isaac, que su hijo Franz se fije en mi hija Maruja. Pero estas cosas sentimentales... ¿no le parece a usted que mejor las traten “las señoras”?

El visitante se fue sin despedirse. Y es fama que los enamorados no volvieron a verse, abriéndose un abismo entre las dos familias.

Acaso el recuerdo del amor frustrado —que según las apariencias fue el primero — inspiró el septeto maravilloso que dice:

CLARIBEL
“Era real como un astro.
Un sueño vivo!
En rosa y alabastro
Fulgor cautivo!
Sin un lamento
Su tumba el mar! y sólo
La nombra el viento!”

Al cruzar por segunda vez el Atlántico, rumbo a la costa de Francia, Franz Tamayo procura olvidar la desazón amorosa. Dicen que sangra también la herida del orgullo, al verse eliminado de la lucha política. Toda esperanza de dicha se derrumba bajo el ariete demoledor de los prejuicios sociales.

Desvanecida la ambición de conducir la aristocracia paceña, destruido el sueño del hogar, aplazada el ansia de lucha, el emigrante sufre en silencio su derrota. Parte solo. Nadie sabe el número de sus lágrimas —si las hubo; ni el furor; de sus cóleras secretas— si estallaron.

Acodado en el barco, viendo pasar el giro acompasado del oleaje, brota la nueva esperanza: ser primero entre los mestizos y llegar donde llegan los mejores. Política, letras, industria... ¡lo que sea! Llegar... llegar para devolver las bofetadas de la juventud, con el puño poderoso de una madurez triunfante. La venganza es, ciertamente, manjar de los dioses. Producido el divorcio definitivo con los blancos, el gran mestizo se apresta a la lucha por las clases medias. Pero el Anteo americano sabe que su fuerza está en tocar la tierra vernácula, en absorber la radiación del suelo; y la estupenda utopía del indianismo comienza a germinar en el cerebro excitado, después de haberse adueñado del dolorido corazón.

Patria, sociedad, familia se disuelven allá en la lejanía, por la montaña abrupta. Un nuevo sentimiento de la vida florece entre los cardos de la derrota.

¡Montaña, montaña! ¿Por qué te derrumbas sobre los tuyos? Pasión del montañés: ¿por qué te cebas en tu igual? : Un alma joven soñaba organizar el fiero tumulto de la meseta. Y he aquí que la meseta le infunde su frigidez. Y los hombres le clavan el dardo de la envidia. La tierra dice: —¡Resiste como yo resisto! ¡Endurécete! Los hombres se mofan:— ¡A qué subir tan alto...! Cuánto más largo es el ascenso, más fácil la caída. Por la montaña no se ama al ambicioso. Voces malditas... ¿Voces malditas? No. Voces fuertes, sangrantes, dolorosas de la vida.

Allegro alla marcia. Toda la sombra del anochecer, sobre los funerales de la juventud sentimental.

“¡No hay miel como el dolor para almas grandes!”

SCHERZO INDIO

«Mar rosa, monte azul, cielo punzó!
Como el paisaje aquél jamás se vió!
Y aunque espejeo de un país de sueño,
Aquel paisaje espléndido fui yo!»

Tamayo

Las Atlántidas —anota el pensador— son los imperios sumergidos o evaporados.

Mientras se transforma la corteza del planeta, en tanto crecen nuevas urbes sobre el rastro de ciudades desaparecidas, la memoria y la fantasía se transmiten por boca de las generaciones el recuerdo de los tiempos primeros. Para el laberinto reminisciente, no hay patria sin Atlántidas ni tierra sin frontera que no mire a un enigmático pasado. Platón afirma que vivimos para recordar. Los pitagóricos proclaman un eterno retorno de almas y cosas. Lo que hoy es prominencia, puede ser mañana depresión. Las cumbres fueron mares. Los mares cimas altaneras. Mudar, mudar, y siempre retornar es la ley cósmica.

América es la patria natural de las Atlántidas. Si la planta humana ignora el suelo, la memoria desconoce geografías del pretérito. Todo en trance de revelación. Y es cosa admirable que el mundo de Colón a fuerza de ser el más joven, llegue a ser el más antiguo. ¿Quién atisba el origen? ¿Quién el eslabonamiento de los tiempos idos?

Sólo un clima mítico puede aproximar la edad del continente sur.

En su juego siempre recommenzado, tierras y aguas trabaron fiera lucha. Cambiaron de faz los continentes. Perecieron imperios. Mudaron paisaje y pobladores. Súbitos hundimientos precipitaron la erección de cordilleras jóvenes. El Ande pudo ser el encubramiento de un sueño submarino indescifrable.

Villamil de Rada, visionario boliviano que padeció la desdicha de no poder imprimir sus manuscritos, es el precursor' en esta oceanografía mítica del Ande.

Etnólogo, geógrafo, lingüista, historiador y filósofo, escribió trabajos eruditos sobre temas de investigación científica. Un destino adverso lo persigue a través de su accidentada vida; cuanto escribe es sólo para sí. Arrojado por vicisitudes políticas a playas extranjeras, se quita la vida, sin que Bolivia ni Brasil —donde se refugió— hubiesen reconocido sus méritos. Villamil de Rada ha escrito sobre el sistema de primitividad americana; el poblador de Tiwanacu; prehistoria continental; tecnología científica: los radicales aimáras en las lenguas arianas, etc. Numerosos trabajos acerca de lenguas y religiones primitivas, aparecen mencionados en publicaciones de la época. Hoy sólo queda, perdida la totalidad de sus manuscritos, un libro heterogéneo, desigual y desconcertante: "La lengua de Adán", conjunto de notas que el autor conceptuaba como simples apuntes, y que del naufragio total se salva como testimonio de su genio y de su ingenio.

Este magnífico explorador del pasado americano, que siendo hombre de ciencia fue un poeta de la historia, resume aproximadamente así su teoría:

Geológica, zoológica, antropológicamente, América es el continente más antiguo del planeta; y el americano el hombre primero. El aimára, la lengua primitiva por excelencia, prehistórica y universal, explica, mejor que el hebreo, las nominaciones bíblicas y los nombres de la antigüedad oriental. Sorata, en la meseta boliviana, fue el Paraíso Terrenal. Tiwanacu era Babel. La lengua aimára proviene de “Ayam-Aru”, es decir; levanta y trasmite la palabra. Es la antecesora incógnita del sánscrito; quiere decir, soy el arquetipo, formé lenguas y naciones, transmití la palabra; de mi voz se nombran todas las regiones y nombres de la tierra; en las lenguas que les conferí están escritos sus dogmas y sus libros.

La mitología grecolatina —según Villamil de Rada— nace del Ande. El paisaje andino y sus metamorfosis geológicas explican toda la simbología pulida y hermosea por los griegos. Una Minerva andina o edénica, existe antes de la Palas griega y la Minerva romana. Toda génesis humana nace del Viejo Oriente Andino. “Unanchacha” significa: incisiva y admirable fuerza. El aimára transforma el color en sonidos. La maravilla de simplicidad y significancia o fecundidad del verbo aimára, estriba en el poder de pintar con sonidos la idea o convertir el pensamiento en sonidos, cual se demuestra en el sistema de colorantes sufijos que encarnan la acción y sus fases en el verbo. Esas delicadas y tenues partículas “ta, si, ja, ya, ra, su y ri”, o signos de ideas de generalización en el acto de incorporarse en el verbo, son “palabras aladas” que levantan el pensamiento y dan vuelo a la idea y a su significado.

Apoyándose en estudios comparados de la Relación Mosaica, los Vedas, el antiguo Oriente, Grecia y Roma y modernos conocimientos científicos, el estudioso boliviano intenta, en atrevido esfuerzo, explicar la Hélade por el Ande. En complicado análisis lingüístico —fonético, sostiene que Juno proviene de Kjunu; Orco de Orkho; Hércules de Hiruckallas; Aqueronte de Hakoranta; Pitón de Pithuni; Promete o de Poromtia. El Ramayana sería un poema de origen índico-andino. Vichnu viene de Wicuña, Rama de Harama o desprenderse. La acción aconteció en nuestra cordillera de Gualata y su lago, existentes aún al costado del nevado Illimani; de aquí proviene Walata o Bharata. Valmiki equivale a Warmijk “el afeminado como mujer”. Siva, el dios destructor, se origina en Chiwa, la vegetación invasora que abrumba. Olimpo griego y mitología hindú nacen del Illampu boliviano. Nuestras montañas ancestrales —Illampu, Illimani— significan “el centelleante” y “el resplandeciente”. Son pues los arquetipos del acontecer geológico humano. Antiquitas, antiquus o andico es igual: lo antiguo. Hiruckallas, por ejemplo, quiere decir la remoción por medio de aluviones; de aquí el mito de Hércules. La corte Olímpica de dioses y mitos, origina la corte Olímpica de los dioses griegos. Esta mitología ancestral —no revelada aún a los investigadores— arranca de la representación simbólico-poética de los fenómenos geológicos, que antes que el Oriente y el Mediodía euroasiáticos, padecieron los primeros habitantes de una América remota.

Estos apuntes —agrega en su temeraria especulación Villamil de Rada— no son mero resultado de la curiosidad filológica. Son la historia del pensamiento humano. No estaba escrita. Nada más etéreo e intangible. Nada más fugaz y delicado que la idea. Por este libro aparece, sin embargo, trazada y desenvuelta por sí misma, vigente o fija, una historia de pensamientos archivados en los sonidos, proclamando sus ecos las lógicas analogías y conexo encadenamiento espiritual; de más vital y profundo interés que todas las ciegas afinidades químicas, son estas atracciones intelectuales, estas maravillosas afinidades mentales, esta vida de la palabra! La primordial lengua conduce al primordial espíritu! Sea en la interna, involuntaria o indeliberada lógica de las lenguas, sean en su estructura gramatical, en sus alteraciones y vicisitudes morfológicas, en sus variaciones fonéticas y etimológicas, o sea, en fin, en su sistemada o fundamental ideología, o en sus divergencias, encuentro siempre: 1º la gravitación concéntrica al aimára; 2º algo siempre de su núcleo, raíz o foco, irradiando a la asombrosa periferia y atrayéndola. El estilo de los Andes era el oriental. Los dos primeros capítulos del Génesis, son de estilo y concepción andinos. El aimára puede explicar la etimología y sentido de casi todas las mitologías del mundo. Es una enciclopedia de ciencia y conocimientos prehistóricos. El aimára es el único que al nombrar la materia la definió: “Ma Hathar”, o sea “fondo semillante”. El verbo aimára vive. Por él todo nombre se transforma en acción. La lengua aimára es verboferente y única.

Hasta aquí el visionario de Sorata.

El andícola histórico pobló la cuenca del lago Titicaca. En sus riberas florecieron las primeras sociedades civilizadas del Ande. Agricultor, guerrero y pescador, se adaptó a un tipo de civilización cerrada como el circo de sus montañas. Relativamente moderna, deja breve huella de su cultura. Pero los fósiles y las capas geológicas, revelan que el andícola prehistórico arranca de la era paleolítica. Aunque ya de épocas más recientes, los monolitos y sus indescifrables jeroglíficos hablan de culturas superiores. La cerámica correspondiente a las civilizaciones del segundo y del tercer Tiwanacu, expresa fina educación artística. Y las ruinas del Palacio de Kalasasaya, de los templos del Sol y de la Luna, de Puma-Puncko, Akapana y la Gran Portada del Sol, revelan un genio arquitectónico capaz de elevarse a la altura de la ciencia secreta de los egipcios.

Hubo pueblos remotos en el Ande, ricos y poderosos, antecesores del andícola pastor y labriego, que poseyeron religión, industrias, legislación social y artes avanzadas. El imperio astrolátrico andino, debió ser más antiguo que los imperios solares de Asia y África. Pero el misterio de su destrucción sigue insoluble. Como los mayas del Yucatán o los pascuences perdidos en medio océano, los tiwanacus prehistóricos fueron sorprendidos por un cataclismo; y abandonaron sus piedras a medio labrar, único vestigio de un pasado fabuloso.

Tiwanacu es la bruma del origen americano. Según el Padre Cobo, su primitivo nombre fue "Taypicala", que significa "piedra de en medio". La tradición dice que este pueblo estaba ubicado al centro mismo del mundo, y que pasado el Diluvio, de Taypicala salieron nuevamente los hombres a poblar el mundo.

José María Camacho, historiador prestigioso, estima que debió ser un gran centro político y religioso y, desde luego, la cuna más antigua del pasado del Nuevo Mundo.

En realidad nadie sabe lo que fue Tiwanacu. Ni soñadores ni hombres de ciencia. Poco es lo que se vislumbra en las escasas ruinas tres veces destruidas por la naturaleza, el conquistador y la república. Hay un desequilibrio incomprensible entre los inmensos bloques pétreos y las pobres armas primitivas de los museos. Nada se sabe, de concreto, acerca del primer, del segundo, del tercer Tiwanacu. El cuarto, más accesible, tampoco manifiesta caracteres definitivos. Los monolitos de arcilla rojiza y los grandes bloques guardan su secreto. Cada día se inventan nuevas significaciones, se bordan extraños simbolismos sobre las cuatro épocas tiwanaquenses. Pero mientras no llegue un visionario a la manera de Schliemann, capaz de tomar contacto con las capas imantadas de la prehistoria y la poética del símbolo, desafiando a los arqueólogos y a los investigadores sistemáticos, poco se habrá esclarecido.

El verdadero Tiwanacu duerme bajo tierra. Sumido bajo dos o tres capas de civilizaciones posteriores, reposa en un osario subterráneo que cataclismos geológicos y devastaciones guerreras hundieron debajo del altiplano. Los escuetos vestigios aislados poco sugieren a la mente. Tiwanacu bascula entre la realidad y la leyenda. El hombre fue un pedazo de piedra —revela el mito andina— que se echó a caminar. Brilló el pedernal y sobrevino la inteligencia. Hubieron sociedades laboriosas, imperios poderosos, hazañas estupendas. Un día la tierra habló con lengua de fuego y tempestades líquidas; fue la destrucción. Todo retorna al estado primordial y confuso de lo que debe volver a crearse. Hay pueblos que se petrifican. Wirakocha, compadecido de los hombres, deja que subsistan residuos decadentes, hombrecillos minúsculos, junto a los monolitos mutilados por el viento de la puna.

El hombre de Tiwanacu —sostiene Keyserling— era mineraloide. Almas broncíneas. No hay nada igual. Estos indios son mucho más antiguos de cuanto se supone. Estepas a cuatro mil metros de altura, áridas y grises, sobre las que se alzan casi otro tanto montañas nevadas, evocan verdaderamente los tiempos en que la tierra se hallaba aún desordenada y vacía. Contemplando este paisaje aterrador se piensa: he aquí el continente del Tercero Día de la Creación.

Otro escritor agrega: en ciertas zonas de América, la sombra del mundo antediluviano es muy densa, se comienza a perder la noción de humanidad histórica, para volver a la antigua manera de conciencia sutil y oscura, no cerebral y vertebrada. Lo que en América es auténticamente aborigen, pertenece todavía a la época antediluviana, anterior al espíritu.

Seres serpentinos brotados del mundo abisal, contemplan a la Magna Mater cara a cara —dice el filósofo. Despojos, residuos vivos de grandezas pretéritas que de tanto obrar y , padecer sucumbieron al talón demoleedor del tiempo.

El indio calla como el mineral. Fue grande. Pero no lo recuerda. ¿No lo recuerda? ¿Y qué son estos pensamientos penetrantes, escritos por mano india?

“Buscad en el alma primitiva del indio, algo de la simplicidad y grandeza romanas, algo del espíritu sesóstrico; pero nunca el histrionismo del gréculo decadente o el hedonismo del muelle bizantino. Se sirve de las fuerzas mentales como de cualquiera otra facultad humana. Pensar es útil cuando es necesario; y basta. Una extraña rigidez y una superior severidad, ha debido ser el fondo de su naturaleza interior. Aun en la mayor prosperidad y grandeza públicas, el indio ha debido conservar siempre, ante los juegos y cambios de la vida, esa actitud de que habla Hamlet: “as one, in suffering all, that suffers nothing”, y de la cual encontramos hoy señales evidentes en el genio estoico y resignado del indio moderno. Por su organización política, social y religiosa. el Incario, en punto a ética trascendente y a una final eudemonia humana, deja atrás a las repúblicas de Platón y de Roosevelt; y su potencia arquitectónica. conceptora y constructora, literalmente desborda de los límites de la inteligencia europea: ¡Tiwanaçu!

¿Qué es el Kollao. porción extensa, dominante y definente de la meseta andina?

Roberto Prudencio traza así su perfil. Paisaje metafísico, de trastornadas perspectivas. Impulso y dominio. Quietud y rebelión. La montaña es el límite puesto al horizonte; el cerco gigante que la propia tierra levanta en su anhelo de encerrarse. Simboliza la lucha contra lo ilimitado y lejano. Es el impulso de la tierra por dominar el cielo; por eso el kolla es indócil, tiene el orgullo del que se enseñoorea de la altura y vence la distancia. Es la tierra huyendo de sí misma, en un impulso de rebelión. En este ambiente cósmico, en que se siente la angustia del espacio y la aprehensión del límite, el vértigo de la altura y la sujeción de inmensidad, el hombre es amo de su suelo y juguete de la naturaleza.

Otro escritor paceño expresa: la pampa es la perfecta horizontalidad. Renacimiento. El altiplano, en cambio, manifiesta la verticalidad trunca y multiforme de la tierra, goticismo ancestral del paisaje. Una fatiga dura y lenta erigió estas construcciones ciclópeas, desbastadas a golpe de titán. La meseta andina, antípoda del Tibet, es también uno de los polos de altura del mundo. La síntesis telúrica y estética del paisaje kolla, puede darse en tres palabras: una tempestad petrificada!

Mendoza, el gran viajero, descubre con ojo de escultor la capital andina. El altiplano —dice— es abrumador. La Paz se alza sobre un agujero vertiginoso. Dijérase una nueva ciudad de ls, puesta al descubierto por el retiro insólito del mar que la cubría.

A este nido de cóndores, empinado a cuatro mil metros de altura, en cuyo ascenso se fatigan las locomotoras, regresa Franz Tamayo después de tres años de ausencia.

Un lago de aguas muertas cubre la segunda experiencia europea. Apenas si una revista sudamericana editada en París refiere que Rubén Darío, al conocer a un joven boliviano, ha dicho:

—¡He aquí un artista!

—Pero maestro —habrían objetado los curiosos— ¿dónde está su obra?

—No sé lo que haya hecho —contesta Darío— mas, admiro su viril juventud llena de sapiencia. Este indio de América hablará para los tiempos.

Es todo. Entre el mozo desengañado que abandona La Paz y el hombre adusto que retorna tres años después, hay pocos puntos de contacto.

“Toda juventud es un error; pero todo error una experiencia”. El aprendiz de gran señor, de político y de literaturas, regresa decidido a emprender nuevos trabajos. La gente se sorprende al saber que don Franz Tamayo tiene abierto un almacén de trapos y objetos de arte, donde ejercerá por varios meses un comercio honesto. Se le sabe después administrando las propiedades paternas. Quiere organizar industrias, dar ejemplo de iniciativa. Ha comenzado a estudiar medicina. Para entretener sus horas libres, escribe como redactor ocasional de un diario. El primer año del retorno es de tránsito. Tranquilo, discreto, ni muy retraído ni excesivamente sociable, se diría una vida centrada.

¿Cómo explicar el milagro? El matrimonio puede dar la clave. Junto a la tez bronceada luce la piel blanca de una gentil francesa. Rubia, de tez limpia y ojos claros, el porte airoso, la muchacha tiene la seducción de las mujeres galas. Sin la cultura del marido, su educación superior y su ingenio suplen diferencias. La sociedad no ve con malos ojos a la recién llegada; aunque no se le abren todos los salones, su presencia agrada. Esta primera victoria, que restaña. antiguas heridas, parece Influir dichosamente en la intimidad del poeta. Un bufete en la calle Comercio entretiene los ocios del abogado; nunca defenderá un pleito, mas puede darse la ilusión de la responsabilidad profesional, siempre grata, siempre amable cuando transcurre en medio de una vida plácida, negocios prósperos y satisfacciones sociales.

“La prudencia, —el miedo sabio”. De esta época tranquila datan los primeros “Proverbios”, brotados de la extraña fusión de un ardiente dolor y una serenidad mitigante. En la apariencia social todo anda bien; Franz Tamayo bordea la curva del buen burgués. Adentro hierve la tormenta; el artista se rebela contra el hombre.

Este primer fascículo de pensamientos sobre la vida, el arte y la ciencia, constituye, cronológicamente, su segunda obra. Más accesibles al público, se leen también más. Hasta entonces, el autor sólo dio muestras homeopáticas de su ingenio; un tomito de versos y otro de pensamientos; pero ambos tan alquitarados, tan ricos de sustancia, que impresionan al lector. No importa que la crítica enmudezca; o que mentes ruines parodien lo que no alcanzan. El hombre se ha humanizado en grado suficiente para comprender flaquezas y tolerar desvíos. “Es una ley que el fuerte dé más de lo que recibe”.

Los hombres cultos, los jóvenes que se acercan a esta hoguera pensante, retroceden cohibidos por el ardor de su llama:

«El pensamiento es como el cielo: sereno y vertiginoso. El sentimiento como el mar: sondable peso incontinente.

“Orgullo, el esplendor de la fuerza... Todo grande hombre es una grande idea encarnada. ... No está más averiguada el alma de la piedra que la del hombre. ... Dos filosofías hay en el seno de las cosas: una eterna e inextricable que es la naturaleza misma; otra móvil y poética, que es el pensamiento del hombre. ... Un grande artista es siempre más grande que su arte. ... La pasión es un reino sombrío. ... ¡Fijáos bien: todo es milagro! ... La más alta prueba del genio, la disciplina. ... El grande artista sufre el sino implacable; hay que escribir, pintar, fecundar con su propia sangre. Lo demás nada vale. ... La música es el álgebra de las ideas. ... Es verdad que la materia es más maravillosa que cuanto hasta hoy se puede imaginar. ... Existe también una verdad de la forma. ... La ingeniosa concepción que hace de la física una mecánica molecular, y de la química una mecánica atómica, está basada en un axioma y en una petición de principio. El axioma es que la materia vive; la petición de principio es que todo elemento de vida, que toda fuerza vienen de la materia misma. ... El hombre es su propia labranza. Todo esfuerzo, toda cultura, todo ideal son en el fondo, por sí y para sí. Gleba misteriosa, misterioso labrador. Ni su locura deja de pertenecer a su hado!»

Vencida la etapa de transición del gobierno Pando, los liberales pisan con planta firme. Montes ha hecho plataforma electoral prometiendo arreglar los litigios con Chile y Brasil, promesa que cumple sin dilaciones. Por el Tratado de Petrópolis, Bolivia renuncia al Acre y a la goma. Por el Pacto de 1904 pierde su litoral marítimo y el salitre. Hoy es fácil criticar aquellos convenios; mas un juicio imparcial debe reconocer que no cabía otra solución. Campeaban, por ese tiempo, aires prusianos en América. Un mal paso puede significar la liquidación nacional. El país vive con quince millones de presupuesto, reata dos los ingresos aduaneros al pacto de tregua que devora todas sus energías. Había que sacarse la argolla del cuello; y Montes lo hace en un gesto que treinta años después seguirá Kemal Atatürk, creador de la moderna Turquía: demos a cada vecino un hueso que roer, y en el territorio mutilado que nos queda hagamos patria.

La primera administración montista —1904-1909— hace época en nuestra historia. La mano férrea del caudillo lo remueve todo. Y el político demuestra, desde el primer instante, aquellas virtudes que lo consagran como el boliviano más representativo en la primera mitad del siglo: visión rápida y penetrante; dureza diamantina en la lucha, potencia creadora para la acción. Conductor civil antes que militar, sus condiciones políticas sobrepasan los galones del general. Profesa la religión de la patria; la defiende arma al brazo en el Pacífico y en el Acre, rindiendo la vida durante la campaña del Chaco en comisión de la república. Austero en su vida privada, inflexible en su vida pública, es un gran ciudadano al servicio de la organización nacional. Maestro de carácter desde su mocedad, se tiene abierto el paso a fuerza de entereza y disciplina interna, condiciones infrecuentes en el medio.

—Yo soy positivista —dice el caudillo— en política, en cuestiones económicas y también en espíritu. Dadme solamente realidades.

Realista y zahorí, Montes empieza en 1904 la estructura de la nación moderna. La solidez de su obra gubernativa se vertebra a través de una fecunda administración. Los tratados con Chile y el Brasil, aun significando pérdidas territoriales, son, por dolorosa paradoja, la salvación de un pueblo agotado. Con esos pocos millones de libras que recibe el erario boliviano, el presidente modifica la legislación social, construye ferrocarriles, acomete la reforma bancaria, sienta las bases educacionales, organiza el ejército, abre caminos, funda escuelas, impulsa obras públicas. Su acción renovadora es manifiesta. Aunque la torpidez de los críticos lo niegue, la política liberal abre cauce al republicanismo que no es sino una rama mimetizada del tronco liberal, y a la prédica

socialista que arribará treinta años después por la puerta sangrienta del Chaco. En más de un aspecto las cosas siguen tal como las dejara Montes, si no retrocedieron por incomprensión de sus sucesores, todos inferiores en estatura como estadistas.

Sabiendo que los atributos del poder entran por los ojos, el presidente aplica recursos teatrales de eficaz efecto. Durante las paradas militares, suele vérselo montado en brioso corcel, brava la mirada, enhiestas las guías del bigote prusianesco que recuerda la fiera de Guillermo II de Alemania. En los consejos de gabinete impone un sello de autoridad a las deliberaciones. Frente al parlamento se expide con arrogancia y dominio del tema. Se recuerda que, siendo ministro de guerra, acusado por un diputado que le imputa la comisión de hechos delictuosos, aplastó con tres palabras a su acusador: “¡Miente ese canalla!” Vulnere intereses creados, remueve instituciones, hiere personas. Nada le contiene en su afán de organizar un pueblo inarticulado. Vela con señorío de Gran Maestre de Ceremonias por la respetabilidad de las funciones públicas, jerarquizando los actos oficiales. Mientras ejerce el mando existe un gobierno central, representativo e influyente, que aplica sin contemplaciones el principio de mando y denota en cada uno de sus actos sentido de responsabilidad.

Todo reformador cava su fosa. Montes comete excesos que la oposición denuncia; pero —previsor siempre— reviste de legalidad sus actos parapetándose en las instituciones. Atropella y castiga ley en mano, buscando el código para justificar la represión. Gobierna como se debe gobernar en Bolivia: mano firme en la acción, cabeza rápida en el concebir, en una suerte de despotismo apto, como pide Bolívar para salvar del caos a los pueblos débiles y desorganizados. ¿Puede existir la “democracia dirigida?” La doctrina lo niega. Montes lo demuestra. Sagaz conocedor de hombres, elige los más aptos para los puestos de mayor importancia. Desafecto al sentimentalismo, puede decir, a la manera de Sarmiento: “Yo soy como Melquisedec; carezco de ascendencia en el gobierno; no tengo amigos ni parientes”. Los inútiles son reemplazados. Los débiles se avientan por sí mismos. Es tradición que sus más enconados adversarios fueron antes los amigos mejores, aquellos que no perdonan la razón de Estado por encima del vínculo afectivo. Buen soldado, buen gobernante, buen financista, todo lo que hizo Montes lo hizo bien.

Esta figura extraordinaria que en cualquiera patria habría descollado en primera fila, gobierna Bolivia con los dos puños hasta resignar el mando en Villazón. En 1909, mientras el caudillo parte rumbo a Europa, la nación comienza a respirar libremente. Pocos meses bastan para retornar a la antigua molición. Habrá cuatro años de tranquilidad... Sólo un oscuro ciudadano, absorbido por el comercio, las faenas agrícolas, los libros y otros menesteres apacibles, siente crecer irresistible simpatía por el caudillo ausente, a quien no conoce sino por sus actos. “¡En cinco años, Montes hizo más por la instrucción pública que todos los pedantes y pedagogos en cincuenta!!”

Nadie sabe, exactamente, cómo ocurrió el hecho. Se dijo, un día, que la francesita abandonaba a don Franz Tamayo para no volver. “Abandonaba” al marido —subrayaban algunos—; “alejada más bien por éste” —replicaban otros. Celos o desavenencias, la noticia dio pábulo al comentario maligno: “¡Una francesa no podía vivir con un indio!”

Es la hora crucial. El genio despierta bruscamente. La figura se modifica airada. Acaso evoca la memoria de aquella Cristiana Vulpius, campesina fresca y avispada, que con su sencillez y sus risas puso más alegría que diez damas en la vida de Goethe. Tal vez siente la urgencia de liberarse de toda esa ambición social, que esclaviza su voluntad. ¿De qué han valido los años de duro aprendizaje? ¡Al diablo las medias tintas de la cortesía, las maneras estudiadas, las reuniones y las charlas! Cae la venda de los ojos: ¿para qué tamaña dispersión? Lo que el pensador y el poeta requieren es concentrarse; lo que el hombre necesita, aprovechar el tiempo y endurecerse para la acción. ¡Adiós trabas detestables y horas frívolas! Franz Tamayo no os pertenecerá más.

Muerto el padre, ausente para siempre la mujer legítima, se sueltan las últimas amarras de la vida real. Ha comenzado la vida de leyenda o la leyenda de una vida. Ya nadie penetrará la intimidad del gran mestizo. Y sólo conjeturas, rumores, el cálculo casi siempre malévolo, rara vez acertado, permiten reconstituir a grandes rasgos la verdad nunca totalmente verdadera de los años posteriores.

—Franz: ¿qué ocurre?

—¡Nada, nada!

—Ayer te esperamos para la partida de billar...

—¡No me verán más! Estaba ciego, ciego; totalmente equivocado.

—No comprendo a qué te refieres... ¿Reniegas de tus amigos? ¡Bah, estás fatigado! Descansa los nervios.

—¡Al contrario: recién voy a empezar!

—No comprendo; repito que no comprendo...

—¡Las ranas no escuchan al ruiseñor!

El último amigo se retira para no volver.

Basta de ficciones. Afrontar la vida valerosamente. Derrumbado el sueño aristocrático, el luchador comienza por ordenar su casa. Ya no la esposa ideal que reclama derechos y exige sacrificios; ahora la compañera humilde y abnegada que soporta el peso de la vida doméstica. Matrimonio... ¿A qué el matrimonio? Primero habría que obtener el divorcio. El hombre fuerte es el hombre solo; y cuanto más fuerte más solo. A cada cual lo suyo: si Franz Tamayo escoge una mujer de clase media por compañera de su vida, lo hace con la honrada convicción de que la entenderá y será entendido mejor que por rubias hermosuras. El mestizo, por grande que sea, necesita la compañía mestiza. Luego la independencia, la total liberación de los deberes de casta y de clases; una mujer de clase media lo hará todo sin exigir nada de su parte. La segunda generación repite el cruce dramático, esta vez menos disonante; el gran mestizo está más cerca de una chola o mestiza, que el gran señor de una india pura. Mas lo evidente es que el hijo, como el padre, no van deliberadamente; son empujados por el destino al enlace abismático de las razas.

Tamayo ingresa a la política por el umbral del periodismo. Dirige un periódico que defiende la doctrina liberal. Diarismo combativo, removedor. Tan fuerte fue el impulso, que los bolivianos tardarán treinta años en reconocer la grande enseñanza y el trágico error de su campaña principal: la creación de una pedagogía capaz de forjar un estilo propio a la nación. Cincuenta y cinco artículos editoriales, compuestos en pocas horas, al modo súbito, improvisado, con que Bonaparte realiza la Campaña de Italia, forman este curioso, extraordinario y meritísimo libro que su autor dio en llamar "La Creación de la Pedagogía Nacional".

La escuela pesimista ha dado esta falsa imagen del indio:

De fondo altaico o mongólico, es pérfido, maligno, feroz. Insociable, rechaza la ciudad y se encierra en su clan ó "ayllu". Agricultor por necesidad. No tiene iniciativa, amor al progreso, afectos ni tendencia al bien. Es venal, rencoroso, absolutamente egoísta. Vigila su negocio, descuida el ajeno. Pondera el mal. Es hijo del interés y padre de la envidia. Parece que regala y vende. Opuesto a la verdad miente con el semblante. Se juzga inocente y es la malicia misma. Trata a la querida como señora y a la mujer como esclava. Lascivo. Al ruego, se estira; al mando se finge agotado. No quiere a nadie. Se trata mal a sí mismo. Receloso, idólatra, analfabeto. Hace a la devoción tercera para la embriaguez y se vale de ella para las atrocidades. Parece que reza y murmura. Come de lo suyo lo que basta para vivir y de lo ajeno hasta reventar. Vive por vivir y duerme sin cuidado. Cree en lo falso y repugna lo verdadero. Enferma como bruto y muere sin temor de Dios.

La escuela de los optimistas, que arranca del P. Las Casas y otros misioneros peninsulares, encuentra en Isaac y en Franz Tamayo sus representantes modernos. Su posición se resume así:

«El indio es todo un hombre; se basta a sí mismo. Autodidacto, autónomo, fuerte, es el verdadero depositario de la energía nacional. Produce incesantemente: labor agrícola, minera, trabajo rústico o manual. El 90 por ciento de la energía nacional le pertenece. Constructor de su casa, labrador de su campo, tejedor de su estofa, cortador de su propio traje, fabricante de sus utensilios, mercader, industrial y viajero. Concibe lo que ejecuta; realiza lo que combina. En el gran sentido shakesperiano, es todo un hombre. En la cosa inteligida, el indio no ve más que la cosa misma y no sufre de esa dispersión de fuerzas atentivas que tan frecuentemente se halla en nuestra modernidad. Esa unidad de la acción cerebral, que es más hecha de voluntad que de pensamiento, constituye la calidad típica del pensamiento indio. Su salud mental es admirable. Una inteligencia que tiende a divorciar higiénicamente las pasiones de las ideas; lo que pierde en estetismo, lo gana en independencia y fuerza. Lo que hay más moral, más fuerte en Bolivia, es el indio. Después el mestizo. Después el blanco».

Entre imágenes tan extremas flota la realidad del autóctono.

El indio pudo ser, fue seguramente la planta vigorosa del Ande. En la actualidad, por mucho que constituya el poblador más numeroso y el primer productor de nuestra economía, es, por más de un concepto, un factor no desarrollado de la nacionalidad.

Hombre de tipo elemental —en el sentido spengleriano— es la raza orgánica y espiritualmente agotada; la raza "fellah" que sobrevive extraña a la evolución histórica. Pensar en su resurrección política y cultural, es tan absurdo como pretender que renazcan el egipcio de la Era Faraónica o el griego de la Época Socrática. Sin ir tan lejos como D. H. Lawrence que profetiza el destino de los indios de América en una sola frase —norteamericanizarse o desaparecer— es lícito afirmar que si el indio no se despoja de la piel seca y estéril del pasado ancestral, para revestirse con el indumento rápido y nervioso de los tiempos nuevos, está condenado a desaparecer. ¿Tiene reservas orgánicas para intentar esa evolución? Éste es el problema.

Con profunda perspicacia Uriel García, pensador cuzqueño, sostiene que América requiere el Nuevo Indio, ese espíritu joven que se rebela contra el uso que ha envejecido las cosas o lo que ha mellado el tiempo. Muerto para siempre lo incaico, sólo subsistirá lo indiano, en pos de nuestro destino. Aquél fue vida realizada: éste por realizarse. El sentido más amplio de lo autóctono, la indianidad, en su esencia histórico-filosófica, abarca a todo habitante de América ligado a la tierra por vínculos afectivos. El pigmento de la piel es sólo un accidente. Nuevo Indio no es pues el indio física e históricamente vencido, sino todo poblador del continente que produce, piensa y lucha para mejorar América.

Negación del vikingo moderno; refractario a la velocidad, a la inteligencia organizada con fines mercantiles, al universalismo cultural, el indio de hoy es un ser aislado que tiende a mineralizarse. Para salvarse requiere un cambio psicológico, económico y social profundo.

¿Cómo creer en el indio, productor y parásito a un mismo tiempo del cuerpo nacional? Cada cual aislado en sí mismo. Hay pasión y fuerza en cada uno; mas no energía bien organizada. La inercia nativa desmiente a los profetas de un renacimiento indígena. ¿Se ha visto al indio labrar la tierra, construir casas, comerciar sus productos, ejercer cualquiera profesión? El recelo, la pereza, el indiferentismo, la falta de responsabilidad social son bastantes para justificar su retraso.

Entonces ¿cómo la primera mentalidad del Ande se atreve a sostener la utopía del indianismo?

Precisamente por eso: porque el genio acomete las reglas, violenta la historia, quebranta ciencia y lógica. Antes bien, le es grato bracear río arriba, a la búsqueda de una ribera inalcanzable, cuya persecución heroica jamás termina, Los tumultos del corazón y el vuelo de la fantasía, engañarán a la razón. Si Cervantes, saliendo al encuentro de los libros de caballerías tropieza con el hombre en su aterradora multiplicidad psicológica, Franz Tamayo, en busca de la unidad india, se da de bruces con la heterogeneidad boliviana. Quiere hallar al indio resurrecto del tiempo antiguo y sólo encuentra al americano disperso de los tiempos nuevos.

Muchas verdades y gruesos errores constituyen "La Creación de la Pedagogía Nacional", obra de un gran talento y de un gran resentido, hay que acudir a los estudios psicológicos de Adler, Jung, Scheler, Lazurski, Marañón, Spranger y escuelas afines al freudismo, para comprender este libro singularísimo. Escrito con la vasta sabiduría de un humanista, es, en realidad, fruto de un sentimiento apasionado. No ve al indio tal cual es, sino tal como quiere que sea. La infancia melancólica, la adolescencia hosca y lacerada, los amores disueltos, el fracaso del hogar, la pugna con la sociedad, los silencios mentales, el desprecio a los blancos que desprecian, vibran por estas páginas escritas al soplo apocalíptico de un Patmos altiplánico.

Lo falso del libro es la desmedida apología del indio.

"El indio se desmoraliza y se corrompe al acercarse al blanco".

Tamayo no se detiene a medir la gravedad de sus afirmaciones cuando se trata de socavar al blanco. ¿Cómo evitar una sonrisa frente a este juicio absurdo?

"Por borracho que sea, el indio vale más, siempre, que cualquier blanco nativo"

Es justamente a la inversa. La energía india no puede oponerse, en los últimos cuatro siglos, al esfuerzo del conquistador y del inmigrante. Los hechos aplastan toda teoría. Pero Tamayo no vacila en afirmar que la personalidad del blanco está destinada a perecer en el hemisferio sur. ¡El blanco, intrépido creador y organizador de la América moderna!

El autor loa al indio. Desmedra al mestizo. Desprecia y niega al blanco. Posiciones perfectamente injustas.

Por lo que a Bolivia toca, criollos y mestizos hacen toda nuestra historia. La sangre india, lenta y sorda, se estratifica en el mineraloide; resiste, subsiste; carece de fuerza conductora. Blancos y mestizos hacen patria; desde la Colonia hasta la actualidad. Fundan pueblos abren caminos, tienden ferrocarriles; establecen escuelas, cuarteles, fábricas, juzgados; mueven industria, comercio, letras y artes; dictan leyes, reglan la vida civil, consolidan la república a costa de cruentos sacrificios, sin cejar un instante en su voluntad de ser nación. Política, sociedad, economía, cultura, brotan de las manos presurosas del criollo, a quien corresponde la iniciativa y la ejecución. Entiéndase bien: del criollo, del europeo transformado en americano, del cholo mestizado en europeo, del espíritu indo-euro-mestizo, que es la trinidad indivisible de nuestra composición étnica; no una diferencia de pigmentación, mas una síntesis totalizadora de almas diversas en cuerpos diferentes.

Bolivia es un milagro racial; un puñado de blancos y otro de mestizos hacen de la colonia altoperauna un pueblo libre. Hoy como ayer, si el criollo deja el timón, estamos perdidos. El indio vive al margen de la civilización. “¡Formar bolivianos!” apunta el pensador. Evidentemente; pero esos “bolivianos” ya no pueden sustraerse a las formas vivas de la civilización mundial, que señorea los cinco continentes del planeta. Al exaltar desmedidamente al indio, Tamayo no cuenta con la máquina, que tipifica los pueblos. Una ley de acero da cien veces la vuelta al globo y universaliza a las gentes de La Paz y de Pekín, de Londres y Seattle; el folklore es, apenas, un matiz interno. Así como Unamuno encuentra en Sarmiento no el “mester de gauchería” ni la argentinidad presunta creada por la literatura, sino la fuerte raíz hispana en el sentir y en el modo de escribir, en Tamayo hay más un pensador ecuménico que una mente india. Su patria nativa el Ande. Su dominio espiritual la humanidad. Él mismo hace el que ignora cuánto debe a la cultura occidental, cuánto a la ascendencia castellana; y lo que tiene de ibero, irreductible, inquisidor, individualista. La soberbia española cuenta más que el estoicismo indio, en esta vida trágicamente iluminada por el destello sombrío de las razas en pugna.

Treinta años después fracasará la primera tentativa de educación indigenal, como se esterilizará en el futuro todo indianismo clasista, absorbente para sí y excluyente de los demás grupos étnicos.

Un largo y antiguo resentimiento engendra las páginas desiguales, explosivas de “La Creación de la Pedagogía Nacional”. Para comprender la ilógica argumentación del libro, hay que pensar en el discurrir vengativo, auto biográfico de una vida torturada por la más alta soberbia, que hace de la sociología válvula para vaciar su acritud.

Pero junto a los errores de bulto, el libro contiene sabias enseñanzas:

“La festinación y la impaciencia nos aniquilan. La impaciencia lo pierde todo. La ceguera y la precipitación maculan toda nuestra historia de bolivianos”.

Discretamente, como quien no da importancia al caso, fulguran frases sueltas, extraviadas, donde la razón pesó más que las pasiones. El exegeta de lo autóctono, desliza estas afirmaciones incisivas: “el indio es un terreno humilde e irresponsable, cuya inteligencia no es su facultad eminente y dominante; es más bien una inteligencia secularmente dormida; históricamente, debe estimarse como una pequeña inteligencia y una gran voluntad”. Hay que combatir —concluye— su concentración morbosa y su embotamiento mental.

Las contradicciones no son menos frecuentes. Mientras por un lado anota que es empeño suicida querer destruir al indio, por otro se refiere a su nativa inaccesibilidad, al exilio ideal en que vive, comunicándose aparentemente con los demás, pero eternamente aislado en su yo interior.

Para quien sabe leer, para quien sabe comprender, en Tamayo el sociólogo, el político y el utopista contrapuntean. De pronto una visión certera:

“La grande y asombrosa lengua aimára, es como un castillo de piedra que encierra el rudo y personalísimo espíritu del Indio”.

Los dos rasgos fundamentales del carácter boliviano —agrega en otro pasaje— son la persistencia y la resistencia, que corresponden a su lado positivo y negativo. Y el mismo profeta que anunciara la resurrección de la raza, fundamenta con estas sorprendentes palabras la imposibilidad de realizar su predicción:

“El indio es un alma replegada y revertida sobre sí. Esta clausura ideal y sentimental, se traduce en una especie de inasimilación de las cosas e ideas que vienen de fuera. Los demás hombres obran y sienten; pero el calor de esta obra y de esos sentimientos no llega o llega muy pronto hasta el bronce helado que es el indio interior. Su genio reconcentrado y amurallado, su soledad interna, no se rompen en el bullicio nuevo; es una especie de voluntad silenciosa, orgullosa, de ser y quedarse lo que se es y como se es. El indio resiste con la misma tenacidad que persiste”.

Si aconseja encerrar al cholo en un anillo disciplinario, predice que el rendimiento del blanco está muy próximo a nada. En este libro variable y arbitrario, el acierto psicológico más agudo se confunde con el despropósito mayor. “A la inteligencia americana le falta un régimen interior de asimilación y eliminación”. Ciertísimo. “Hay que acabar con el espíritu español que aún domina nuestra historia”. Absurdo.

Cuando el sociólogo de tesis sesga el tema, es cuando mejor se afirma el pensador. ¿Qué estado ha hecho jamás un Kelvin o un Pasteur? —pregunta desafiante—. Para Tamayo el sabio de todos los tiempos se ha hecho siempre a sí mismo. Todo gran hombre es autodidacto. ¿Qué es una educación científica? Una edificación interior, un trabajo que uno hace sobre sí mismo. Cree que la ciencia debe más a los intuitores a la manera de Bacon y de Lucrecio, que a los sistemáticos y comprobadores. Grecia —sostiene en otra página— es todo el pensamiento humano hoy más vivo que nunca. Inglaterra toda la acción humana, en su grado Supremo.

Viene luego la hermosa idea:

«La tierra hace al hombre. Y en este sentido no es sólo el polvo que se huella, sino el aire que se respira y el círculo físico en que se vive. Tiene un genio propio que anima al árbol que germina y al hombre que sobre ella genera. El alma de las razas está hecha del polvo de las patrias; y así el hombre no está menos arraigado al suelo que el árbol, su hermano. La tierra hace al hombre: en ella hay que buscar la última razón de su pensamiento, de su obra, de su moralidad. Hay una relación generativa entre la tierra y el hombre. Físicamente, el hombre está hecho de las sales del suelo en que vive y genera. Humus, homo. No existiendo el genio de la especie, existe el genio del lugar. Genius loci”

Juzga Tamayo que el indio pide más una enseñanza; y el cholo una educación. Mientras el primero demanda una pedagogía de amor y de paciencia, el segundo requiere otra disciplinaria, regimentativa e intelectual. El mestizo posee inteligencia nativa, pero carece de carácter para educarla y aprovecharla. Si hereda la aptitud intelectual del europeo, no recoge su voluntad característica; por eso la inteligencia en América es un lujo inútil, que si rara vez hace bien, frecuentemente hace mal. Resultado de la instrucción primaria, el cholo es propenso a la inconsciencia política, la pereza y la inmoralidad. Es parasitario; recibe más de lo que da al Estado. Peligroso al orden social, su trabajo es insuficiente y malo. Y luego agrega en un enfoque penetrante:

“El mestizo que sigue siendo ciegamente español de ideas, no lo es más de corazón; punto muy importante de la psicología americana. Todas nuestras ideas son de blancos. Todos nuestros sentimientos de mestizos. El grande mal de que sufrimos es este divorcio de criterios y sentimientos, verdadera disociación de fuerzas interiores y que nuestra moderna cultura a la francesa acentúa y agrava. Nuestra vida es una constante contradicción”.

Es lo que veinticinco años después dirá un observador inglés: el mestizo es una calamidad; está dividido dentro de sí mismo. La sangre de una raza le impulsa a un punto; la sangre de la otra le conduce al contrario.

Vamos ahora al mensaje trascendente de “La Creación de la Pedagogía Nacional”; a la fuerza actualísima de esta obra vigorosa, que hincó su garra impulsora en la entraña de la bolivianidad.

“Si el hombre es el estilo, la nación es el carácter. Hay que enseñar el orgullo personal y señorial, que devendrá más tarde orgullo nacional; el dominio de sí mismo, el culto de la fuerza en todas sus formas. Hay que enseñar el gusto de vencerse, el desprecio de los peligros, el desdén de la muerte y todo lucro enervante de vida; el amor por la acción, combatiendo la pereza secular de la raza; es nuestro lado más vulnerable. Sufrimos una ataraxia crónica y endémica, individual y colectiva, física e intelectual. Necesitamos el culto de la acción innumera, incondicional, ilimitada. Es la grande acción organizada la que hizo las Romas y las Britanias. Es vano esperar cosa alguna de otro que de nosotros mismos. Debemos reaccionar de la histórica depresión en que vivimos. La raza está deprimida, encobardecida y estupefacta. Nuestras faltas y las ajenas han envenenado nuestra historia, pero debemos vencernos para poder vencer a los demás”.

Es la prédica de los filósofos germanos; la filosofía de Fichte, Nietzsche y Max Stirner, que abrirá campo al materialismo spengleriano y al orgulloso pangermanismo de Guillermo II y de Hitler, caudillo de los nazis. Franz Tamayo, inteligencia fáustica, sostiene esta doctrina: la máxima expansión de la vida, como individuo o como nación. Y es notable cosa que estas palabras resuenen solitarias en la montaña, allá por el año de 1910, mientras Sudamérica vive en un quietismo amable, bebiendo recién las corrientes finiseculares; cuando Bolivia, cerrada en su espíritu localista, subsiste con medio siglo de retraso en relación al mundo. Adelantándose a la dinámica de los caudillos europeos, presintiendo las fuerzas oscuras a punto de esparcirse sobre los pueblos, el escritor boliviano pronuncia estas frases proféticas que rebasando la frontera nacional pueden aplicarse a muchas regiones de América:

«Hay que enseñar la audacia sabia y la osadía inteligente. Las cosas quieren ser dominadas y la naturaleza quiere ser vencida. Nuestros bosques vírgenes y nuestras montañas intactas, nos invitan a la gran batalla del hombre y de las cosas, de la que tantas naciones salieron ya victoriosas. Todo miente en Bolivia; se debe enseñar el atrevimiento en las escuelas. Antes que la letradura escolar, la formación del carácter nacional».

Mediterráneo, esquivo, reconcentrado, desafecto a la acción, el boliviano carece de ventanas. Para este pueblo ensimismado; para esta fiereza embotada; para este silencio de siglos; para la inercia colectiva, el pensador no ve otra solución que el acicate de la fuerza, la enérgica voluntad de construir. Si los pedagogos de 1910 se instituyen en apóstoles de belleza y de sapiencia, Franz Tamayo se instituye profesor de energía nacional.

«¡Buscad la energía en vez del oro! ¡Haceos fuertes! ¡Confiad ante todo en las fuerzas vivas de la patria! ¡Osad, perseverad! ¡Sed orgullosos! ¡Amad el atrevimiento!»

Diríase un Zarathustra aimára, soplando a pulmón pleno el “pututu” andino desde lo alto de un collado, para reunir a la dispersa gente.

Al propugnar la formación del carácter nacional, en un pueblo paralizado por la soledad montañesa, Tamayo hincó el garfio en carne viva. Éste es nuestro problema de ayer, de hoy y de mañana: dinamizar al hombre. Pero junto al grande acierto, el resentimiento sigue dando frutos ácidos:

«Hay blancos y blancos. El blanco europeo, creador y mantenedor de su actual civilización; el blanco sudamericano. destructor de toda civilización. pobre. vicioso, degenerado. perezoso, chacotero e insustancial».

En 1910 estas ideas pasan por un delirio mental. Montes ha dado los primeros pasos de la transformación nacional; mas el gobierno pacífico de Villazón, aún realizando cosas provechosas para el país, prefiere el plácido estacionarismo democrático. Será preciso que regresen los mostachos altaneros del general-doctor, para que la república recupere el ritmo vivo del período 1904 -1909.

“La Creación de la Pedagogía Nacional” es un sueño subjetivo. Irrealizable en 1910 es un enigma sin solución en 1940. La aldea indo-mestiza, el yermo altiplánico, las ciudades cholas, no parecen dispuestas a salir de su marasmo secular. Sólo la inmigración europea podría resolver las cosas. Entretanto —como sostiene Carlos Medinacelli— la aldea es terrosa; y esa terrosidad ha terrorizado también los corazones. Es el mal de todo nuestro territorio: indiferencia, falta de espíritu social, incomunicabilidad.

Una vez más hay que preguntar; si todo esto es evidente ¿cómo las admoniciones del gran mestizo?

Como el estallido de todo gran removedor de ideas, que anticipándose varios lustros a su época, anuncia los tiempos que aún no han sido, Tamayo ha “visto”, ha “sentido” el despertar futuro. Si su blanco no es certero, porque la raza autóctona no puede ser pivote de un movimiento resurreccional, su flecha podría reanudar trayectoria en busca de meta más exacta. Tamayo es la tierra, hecha hombre, que se pone a pensar, a sufrir, a remover y a organizar. Aunque venga mezclado de contradicciones, saturado de falsas perspectivas, su único ensayo sociológico posee la doble virtud de un testamento ético-político. No es tanto el análisis crítico lo que vale, cuanto la incitación moral. “¡Osad! ¡Perseverad!”— son las palabras pungentes para estas almas en derrota y estos pueblos cóndores del áspero altiplano.

El retrato de 1910 no es todavía muy afortunado. La cara ancha, tanteando el encaje definitivo, acusa rasgos más enérgicos. Una melena romántica, larga y descuidada, cae sobre los fuertes hombros. El habla apresurada e incisiva. Los ojos penetrantes. Bruscos los modales. Un corbatón de amplia moña y un sombrero de paja, se hacen habituales junto al rostro adusto. Quien le oye hablar sobre Taine o Turgueniev, quien admira sus cálidas improvisaciones sobre un pensamiento de Platón o un verso de Shelley, no alcanza a explicarse el porqué de los zapatos amarillos junto al traje azul, o la nota discordante del sombrero de paja cuando la vestimenta pide a gritos otro de fieltro. ¡Leyes de la etiqueta y del buen gusto! ¿Las conoce y voluntariamente las desafía; o las ignora y se despreocupa de ellas? Los chalecos llamativos de Lord Beaconsfield, no son menos detonantes que los zapatos chillones de Tamayo. Esa discordancia en el vestir, es, para unos, mal gusto indígena; para otros proviene de la sensibilidad. La mente sólidamente organizada, suele complacerse en estas travesuras del gusto, que desorganizan astutamente la armonía exterior para esconder mejor el tumulto interior. Se piensa en la carcajada rabelesiana, estallando como un latigazo sobre la moral burguesa que no entiende estas razones del corazón.

Suele pasear por la Plaza Murillo, solitario, entre la multitud que a los acordes de la retreta circula por las aceras. Cuando la banda se retira y la gente comienza a dispersarse, los amigos se aproximan, sabiendo que Tamayo siempre tiene cosas interesantes en los labios. Define el escritor una institución jurídica de los romanos. De pronto un ligero descuido, y uno de los circunstantes interrumpe:

—No es así, don Franz. La raíz de esa disposición hay que buscarla en el “Pandectas”.

Tamayo mide de arriba a abajo al interruptor. Y su voz chillona silba, casi bufa de indignación:

—¡Tamayo no discute. Tamayo enseña!

Se le atribuye excesiva egolatría, un orgullo insensato, sin entender la recóndita ironía en esta inteligencia que juega al gran actor, para emboscar su hambre de espacio, su sed de altura, anhelos primordiales de almas grandes. ¿Cuándo habla en serio Tamayo y cuándo en burla?

“He visto al Illimani de este tamaño” —dice aproximando el índice y el pulgar. Son los días que se levanta optimista. “Vengo enfermo de primaveritis” —exclama cuando el hastío lo importuna. y para eludir compañías, suele expresar rotundo: “Hoy no cuenten conmigo; tengo cita con Beethoven”. A un joven que interroga sobre el nuevo libro, replica entre burlas y veras: “¡El arte, el gran arte trágico: Sófocles, Tamayo, Eurípides!” De pronto la salida de tono: “La Argentina es un queso recién partido”. O el pensamiento profundo: “La raza, históricamente hablando, es como el árbol: lo que está en la raíz está en el fruto y en la flor”.

El círculo de amigos tolera las excentricidades, deslumbrado por tan robusta inteligencia. Pero el grueso de la sociedad mantiene antagonismo contra el escritor; se perdona, a veces, el rasgo de ingenio; jamás la afectación. Y como a los treinta y cinco años, cuando la personalidad está en plena formación, subsiste la pedantería juvenil y es frecuente el yerro, Tamayo suscita resistencias.

“En el fondo, nadie sabe por qué quiere ni lo que quiere. Si, como se dice, la libertad es un misterio, la voluntad es un monstruo ciego”.

Las campañas polémicas hacían pensar en una brusca irrupción a la política activa; pero aún hubo un paréntesis: la época del profesor, del aprendiz a maestro de almas. Tamayo funda el Centro Jurídico, obtiene la cátedra de sociología de la Facultad de Derecho de La Paz. De aquel tiempo son numerosas conferencias, artículos dispersos y folletos extraviados por bibliotecas particulares que acreditan su labor didáctica. Fue famosa su “Crítica del Duelo”, a través de la cual la psicología del honor moderno se reduce a una cuestión de fisiología patológica de las colectividades.

«Los médicos saben cuán bien encuadraría nuestro Honor moderno en sus neurosis e historias. Examinad sintomatológicamente un hombre de Honor; es un verdadero “caso”. El moderno sentimiento de Honor, es un signo de pobreza fisiológica en la raza. Una sensibilidad extrema, una intolerancia ciega ante cierto género de impresiones. una reactividad morbosa de parte del individuo dentro del organismo social, reactividad tan excesiva y violenta que todos los resortes y frenos sociales se rompen a su choque; todos son síntomas tan claros y específicos, que indican derechamente una clase de astenia nerviosa de carácter hiperestésico, y que si sólo se manifestase individual y esporádicamente, los patólogos y psiquiatras no tardarían en catalogarla entre las enfermedades nerviosas y en el capítulo de las más extrañas desviaciones mentales».

Un día en que se habla de la clásica “serenidad helénica”, el profesor Tamayo sorprende a sus alumnos con estas frases:

—Muy al contrario, toda la política griega, al través de Tucídides o Xenofonte, aparece exclusivamente como un intenso compromiso pasional. Rivalidades de hombres públicos, de bandos políticos, de ciudades gloriosas, de islas entre si y con tres continentes, la vida es allí un huracán de pasión que arrastra los destinos privados y públicos y hace del divino archipiélago el más completo teatro histórico posible.

Otra vez el poeta evoca la epopeya nórdica:

—Imaginaos esos boreales que espoleaba una hambre secular, desnudos bajo un eterno invierno, fuertes como osos, hambrientos como lobos, y que presienten en medio de sus brumas y sus nieves, el divino Mediterráneo azul y genial.

De 1910 a 1912, la cátedra de sociología en la Facultad de Derecho de La Paz, es una cátedra de alta cultura. Verdad que el profesor, huraño y arrogante, admite pocas interrupciones; mas es tal su ciencia, tan prodigiosa la memoria, tan cautivante su manera de enseñar, que los alumnos jamás olvidarán las lecciones del sociólogo —poeta y del filósofo-erudito, de cuyos labios beben más conocimiento que de cien libros.

¡Encantamientos de la gran aldea! Todo está construido en pequeña escala, a medida de gentes pacíficas y tardas. Veinte minutos de marcha bastan para cruzar la parte central; de Challapampa a la avenida Villazón. Bajar a la quebrada de Obrajes es un viaje. Las construcciones fiscales, las nuevas calles, los teléfonos, el cinematógrafo, la multiplicación del comercio no alcanzan a imprimir velocidad a la vida. Se camina sin prisa. Se obra sin premuras. Los broncos tranvías y los primeros “Ford” suben las cuestas casi tan lentamente como los peatones. Los tranvías llevan dos compartimientos: uno de “primera” para las clases pudientes; otro de “segunda” para indios y mestizos. Por las calles pasan recuas de llamas y de burros. El indígena oscuro y multicolor, se confunde con el cholo y con el blanco, asiste a los templos, se esparce por los mercados, cruza silencioso las plazas. ¡Campo hay para todos! Misas y retretas son el acontecimiento dominical. Los muros de una nueva casa despiertan el interés de la población. No es la ciudad la que domina al hombre; es el hombre quien domina a la ciudad, le impone su ritmo calmo y su señorío. Los negocios, la política, la actividad social crean deberes, pero siempre hay tiempo para sumergirse en la umbrosa avenida Arce, de sauces corpulentos, veredas sinuosas y arroyos a la vera de campos labrados. Una breve caminata... y el campo, tan próximo a la ciudad, despliega su abanico de primores. ¡Melancólica imagen del tiempo que se fue! La gravedad antigua, la pérdida de cortesía, el mundo de matices de un vivir sosegado, ya no están al alcance del ser tipificado de la agitación moderna. La urbe descorpora la personalidad, hunde y confunde al hombre en la masa anónima de la prisión urbana. La gran aldea, en cambio, allá por 1912, es todavía el cielo abierto, el espacio sin fatiga, que se entrega dócilmente; en ella se exalta el hecho humano sobre la máquina y los movimientos de masa. Es la época en que las gentes miran a las gentes; no el color y la marca del vehículo que las conduce.

Distantes el cine y el deporte de las masas, el pueblo se entretiene con la política; la juventud con los clubs y los cenáculos.

El “Ateneo Boliviano” agrupa figuras interesantes: Salamanca, Saavedra, Sánchez Bustamante, Valdés, Iraizós, Camacho, Muñoz Cornejo, Elío, Gutiérrez, Ascarrunz, Vaca Chávez, Tamayo, etc. Era de conferencias, polémicas públicas y certámenes literarios. Cuando la generación del “gran quinquenio” trueca el academismo por la política, entre los noveles diputados existen ya señores del bien decir.

Circulan distintas versiones de aquel tiempo. Tamayo pasa por un “posseur”; extravagante y pretencioso, no puede hablar sin ofender a los demás; su vanidad extraordinaria linda en lo ridículo. Esto afirman los desafectos. Los entusiastas, al contrario, sostienen que a pesar de su juventud el “kolla” se impone a los más viejos por su espíritu original y su ingenio. Juega al ajedrez y discute de política con Saavedra. La sociología lo acerca a Sánchez Bustamante. Cambia sátiras con Gutiérrez y Vaca Chávez. El filólogo Iraizós tiene que batirse en retirada ante sus embates. Sólo el temperamento moderado de Salamanca parece avenirse con la impetuosidad del “kolla”. Se respetan mutuamente, se adivinan. El campesino de Cochabamba comprende el drama del pensador andino. Separa todo lo que hay de artificioso, de pasión contenida y resentida en Tamayo; le habla con elevación y prudencia, hasta captar su afecto y con él un principio de confianza capaz de revelar la verdad del artista.

La envidia comienza a desenroscar sus tentáculos:

—Don Franz: ¿conoce Ud. a Mirepoix de Bourgogne?

Mirepoix de Bourgogne era un nombre supuesto, ideado por varios ateneístas para demostrar lo que a su juicio podía esperarse de “falsa erudición” de Tamayo.

—¡Un imbécil! —tronaba el aludido.

Miradas maliciosas entre los complotados y otro disparo:

—Y del último libro de Jerzens ¿qué piensa usted?

—¡Insoportable!

Cuando el poeta se aleja, los émulos descubren el juego:

—¡Ya ven! Tamayo finge una erudición que no tiene. Mirepoix de Bourgogne y Jerzens son nombres inventados por nosotros.

Salamanca sonrío discretamente. Ha comprendido el juego del poeta, ha visto con qué astucia, sin afirmar nada en concreto, Tamayo se fingía engañado; ha visto incluso la ironía de los epítetos. Pero... ¿a qué desengañar a los complotados? ¿Para qué desencantar a quienes no alcanzando el sentido interno de estos versos, no entienden al poeta?

“¿Viste caer los fuertes?

Nada hay como esas muertes.

En el celeste campo

Se apagan las soberbias lampo a lampo.

Una hoz asesina

Siega el junco y la encina.

Cuanto más ruda la embestida,

Tanto más cierta la caída,

Y al fin, bajo el oprobio o los loores,

Los más vencidos son los vencedores.

Pero algo todavía

Rompe mejor el corazón que siente:

Es la verdad que miente,

Es la virtud que pliega, y la agonía

De la ciencia impotente;

Y algo más triste todavía:

El sollozo silente

de la sabiduría!”

La presidencia de Villazón abre una tregua en el fragor político. Es un gobierno serio, responsable, eficaz. Lento pero seguro, junta la gravedad británica a la tolerancia estadounidense. Villazón es un patriarca. No se le combate porque se ciernen sobre los partidos. Encumbrado por los liberales, gobierna con el país. Los montañeses se resienten de tamaña calma; no están habituados al orden ni al equilibrio. Su resistencia pasiva al gobierno ecuaníme de Villazón, demuestra que el país no está preparado para vías de progreso pacífico. Un inglés, analizando las administraciones de Montes y de Villazón, expresa: “Montes es el tipo de gobernante que Bolivia necesita por ahora; Villazón el que requerirá dentro de cincuenta años”.

Al finalizar la presidencia de Villazón, Tamayo es la figura promisoría en la política boliviana. No pertenece a ningún partido. No ha tenido actuaciones positivas. Pero su campaña pedagógica, sus polémicas, sus versos y sus pensamientos filosóficos le abrieron campo. Aunque unos lo califiquen “indio” y otros de “doco”, todas las fracciones quisieran contarle entre los suyos. El tono dogmático, el imperio de las apuestas, la magnífica impulsividad para la lucha, sorprenden a liberales y conservadores, inacostumbrados a tanta arrogancia. Los estudiantes lo piden como Rector de la Universidad de La Paz. Los políticos quieren verlo diputado. Los cenáculos intelectuales buscan un jefe. Es el ardiente mediodía. La voluntad —monstruo ciego— vacila en elegir caminos.

Inminente ya el ingreso de Tamayo a la política activa, intenta desmedrar su figura por el ridículo. Circulan anécdotas retrospectivas, como ésta que aparece en “La Verdad”, hoja católica, adversa a los liberales y a sus simpatizantes. Escenario: París. Personajes: Tamayo y Vaca Chávez. Recién llegado el escritor beniano, tropieza con el “kolla” en el Bois de Boulogne. “¡Vaca Chávez, qué sorpresa; no lo sabía aquí! ¡Véngase a almorzar conmigo!” —exclama Tamayo. Durante el almuerzo, el invitado pregunta: “Y usted, don Franz, ¿prepara algo sobre Francia?”. Tamayo ensombrece: “¿Francia, Italia? Países decadentes, literaturas seniles... Vengo de los Estados Unidos. ¡Músculo! ¡Máquinas! ¡Acción! Esto es lo que requiere el mundo”. Entonces Vaca Chávez, dolido, expresa que antes de salir de Bolivia ha visitado al gran Baptista en Cochabamba;

y que Baptista, anciano ya, le ha confesado después de haber leído los “Proverbios” de Franz Tamayo: “Voy a morir tranquilo. Por fin veo un joven boliviano que en vez de imitar a Rubén Darío y a Gómez Carrillo, sigue a los clásicos”. La reacción de Tamayo es instantánea. “¡Cómo! ¿Eso ha dicho Baptista? ¡Ah, esto es otra cosa Vaca Chávez! “Garcon, garcon”, une bouteille de Bourgogne!” Y luego, en voz baja, con severo tono agrega: “He aquí mi último proverbio: “¡El hombre da; mujer se da! ”. Vaca Chávez transcribe fielmente la anécdota a un diario de La Paz. Dos años después se encuentran en el Ande los protagonistas. Brusco tropezón. Y la voz de Tamayo vibra indignada: “No sé si darle un palo o un abrazo!”

Entre las campañas del sociólogo y las andanzas del literato, florece la más pura poesía. La célebre “Balada de Claribel” pertenece a esa época en que todos reconocen la inteligencia del hombre, confabulándose para que no suba demasiado. Del genio torvo y sombrío, de los labios agresivos y mordaces, fluye un canto celeste:

“En la desolada tarde, .
Claribel,
Al claror de un sol que no arde,
Claribel,
Me vuelve el amante alarde,
Aunque todo dice es tarde
Claribel”.

Lleva en sus alas el viento,
Claribel,
Tu nombre como un lamento
Claribel,
Y en vano mis ansias siento
Volar tras aquel conuento,
Claribel.

Voz con que pía la ausencia
Claribel—
Saudade, canora esencia,
Claribel!
Añoranza, transparencia
Que la ausencia hace presencia,
Claribel!

Mar profundo y albo monte,
Claribel,
¿Es posible que tramonte
Claribel
Tras el húmedo horizonte,
Y que las nieves remonte
Claribel?

El tiempo es por siempre ido,
Claribel,
Y eres quizá todo olvido,
Claribel!
Mas yo, iluso descreído,
Aun pienso que me has querido,
Claribel!

El pan amargo en que muerdo,
Claribel,
Hecho está de tu recuerdo,
Claribel!
Y el pasado nada cuerdo
Es un sueño en que me pierdo.
Claribel!

Oh mañana azul y rosa
Claribel,
En que te vi mariposa,
Claribel!
Reina y mujer, niña y diosa,

Oro, nácar, nieve y rosa,
Claribel!

Cantaba en el aire mi ave,
"Claribel"
Suave cual la suave
Claribel.
Y unía el plumado clave
Dulce risa y lloro grave:
Claribel!

Una música escondida
Claribel!
Eres por siempre en mi vida,
Claribel!
Mana de mi eterna herida
Leche rosa Y luz florida:
Claribel!

Vierte mi labio un perfume:
Claribel,
Musgo y clavel que resume
Claribel.
Mirra que eterna zahume,
Óleo que no se consume,
Claribel!

De un nigromante el compás,
Claribel,
Trazó en mi alma "nunca más
Claribel".
Y así a mis ojos jamás
como el alba volverás,
Claribel".

¿Evocación de la hija muerta, del amor perdido, de una adolescencia lírica? La primera hipótesis parece la más probable. La extrema delicadeza de esta confesión sentimental desconcierta aún a quienes creían conocer al poeta. Mal condicen con la fuerza y la adustez del polemista, estos versos dignos de la lira de Chénier. La leyenda del lobo solitario, se desvanece en el céfiro de la "Balada de Claribel".

No tarda en aparecer una parodia del hermoso poema, atribuible a uno de los compañeros de letras. Lejos de incitar a la crítica los delicados versos mueven a mofa. Y una vez más se cumple el sino adverso: Tamayo se distancia de los ateneístas. No perdonará nunca la ofensa. La grotesca parodia a la "Balada de Claribel" hiere hondamente al poeta y arranca de raíz la flor de la amistad; no volverá a tener amigos en el arte, como no los tiene en la intimidad. Adusto el hombre, solitario el artista, llega la hora del político, endurecido por la experiencia del mundo.

Imaginad un recinto heteróclito. Abundan los peores. Ralean los justos. Se va por la ambición y el fraude. Se vota sólo por consigna. El mediocre se sienta junto al felón y el pícaro frente al inescrupuloso. Jurar el santo nombre de la patria en vano, es tan frecuente como mencionar la ley que no se cumple. La palabra se prostituye en los labios; la moral se rasga en las zarzas de la acción. Toda iniciativa honrada perece por obra de las famosas "mayorías amaestradas". Pocos piensan; todos, vociferan. Acordarse de la comunidad es un milagro. Del festín de egolatrías y perfidias, sólo quedan mendrugos para el pueblo. Todo es comedia, simulacro, ficción indigna: aquí se aprueban los tratados que cercenan, las leyes arbitrarias, la perversión de los tiranos, los empréstitos aniquiladores, las imposiciones injustas; y se persigue al eminente, porque es ley de los esterquilinios rebajar al que sobresale. Un día el tribuno integérrimo, lanza la frase lapidaria: "La verdad, la única verdad señores diputados, es que todos somos en política unos bribones". ¿Es necesario nombrar al parlamento? Reuniones de feria, espectáculo circense, los parlamentos sudamericanos — con rara, tal vez con ninguna excepción — son la expresión potenciada de la miseria colectiva. El atraso, la corrupción de estos pueblos que se forman, hay que buscarlos en la quiebra del parlamentarismo, servil caricatura de las instituciones de Occidente que jamás alcanzó su grandeza moral ni su capacidad de legislar por el bien público.

Tamayo ingresa al parlamento boliviano como diputado por La Paz. No pertenece al partido de gobierno, pero ha recibido ayuda para su elección y desde sus primeras actuaciones se destaca como defensor del programa liberal.

Todos son liberales por ese tiempo. Lo mismo Ramírez que Salamanca, Escalier que Saavedra. Frente a los líderes conservadores, las filas liberales se compactan con figuras de primera línea. Villazón ha reconciliado al país con el partido de gobierno.

Poco tiempo después de ingresar al parlamento por el voto de los liberales, el diputado Franz Tamayo funda el partido radical, pomposa denominación que jamás pasará del círculo de amigos de un órgano de prensa para defender la doctrina. ¿Celos de los líderes más antiguos? ¿Evasión del espíritu de consigna? ¿Avidez de actuar con mando propio? No era, todavía, un orador de primera fila y ya fundaba un partido. Las gentes se mofaron del audaz.

El debut fue desastroso. Ante la expectación de los colegas, se irguió el novel diputado para impugnar un proyecto de tributación agraria. Severo el rostro, contenido el porte, la voz falló desde la entrada. ¿Era Franz Tamayo ese hombrecillo insignificante que se expedía casi con timidez? Las tribunas se impacientaron: “¡Más fuerte!” “¡No se oye!” El orador, impasible, proseguía el discurso. Los periodistas se estilaban, formando bocina con la diestra para recoger las apagadas frases del orador. “¿Qué diablos dice?” “¡Pero entiende usted lo que murmura este señor!” Cinco, diez, quince minutos. La exposición prosigue a “sotto voce”, interrumpida por la protesta del público: “¡Más fuerte!” “¡Tome vigorón!” “¡No estamos en la iglesia!” El orador, imperturbable, sigue su lenta exposición. Según el reglamento nadie puede quitarle el uso de la palabra; pero el público se encocora y estallan las injurias: “¡Imbécil!” “¡Cretino!” “Desgraciado”. Generalmente, cuando el tumulto se hace insoportable, el orador calla o el presidente obliga a desalojar la “barra”. Esta vez no ocurrió ni una ni otra cosa. Tan aplastador parecía el fracaso del debutante, que nadie atinaba a cortar la escena. Y durante diez minutos más continuó el extraño espectáculo: un hombre tranquilo, inmovible, que expone en voz baja sus ideas, sin que nadie recoja sus palabras; y una multitud enfurecida que brama de impaciencia e injuria sin medida al orador. Cuando el honorable Tamayo termina su larga y susurrante exposición, una tempestad de rechiflas se prolonga durante varios minutos, seguida por los insultos finales: “¡Farsante, aprende a hablar como la gente!”

Los amigos políticos, terminado el incidente, rodearon al debutante:

—¡Pero don Franz! ¿Qué ha sucedido? Achicarse ante barra... Había que comenzar desafiando.

Relampaguearon los ojillos negros:

—¡Cernícalos! —dijo despectivo el debutante—. La primera batalla del orador es contra sí mismo. Hablé despacio a violentar al público. Ahora sé que ellos no me pueden poner su voluntad.

1913. La juventud proclama la segunda presidencia de Montes; y al jefe del naciente partido radical —cuya agrupación se suma al movimiento— se le encomienda ofrecer el banquete. Frente al gran estadista, el jefe radical obtiene revancha del debut parlamentario. Pronuncia un magnífico discurso, traza un esquema de la primera administración Montes y termina con esta frase histórica:

—¡He aquí el más poderoso profesor de energía nacional! ¡Es la flor de la raza!

La aproximación de Tamayo al presidente es sincera. Admira su dinámica creadora, su espíritu de iniciativa, su férrea voluntad. Para testimoniarse su adhesión, comienza por defender fogosamente sus proyectos bancarios; y en “El Fígaro”, órgano del partido radical, atalaya las ideas del gobierno. Complacido por el apoyo, ducho en el arte de conocer a los hombres, el presidente recoge su adhesión guardándose prudentemente de tanto entusiasmo. “Éste ha de ser tan tenaz para la amistad como para el odio” —habría manifestado refiriéndose al autor de los “Proverbios”.

Hábil tejedor de intrigas, consumado tramoyista, Montes es, dentro de su seriedad de gobernante, un experto en la técnica de manejar hombres y asuntos. Lo esencial es cuidar la apariencia de la ley. Concede a los diputados la sensación de libertad requerida por el clima democrático; los maneja diestramente, a fuerza de astucia y superioridad mental. Los llama a palacio “para cambiar ideas” sobre temas de interés público; así las leyes salen redactadas de palacio con el asentimiento pre-camaral de los diputados.

Suelen concurrir los jefes de la oposición a estas reuniones, en el curso de las cuales se oye respetuosamente todos los pareceres. Montes es maestro para escuchar a los demás y obligarlos a entregar su punto de vista. Cuando el debate parece agotado, el presidente extrae unas notas de su levita, las tiende con sencillez a cualquiera de los circunstantes y dice:

—Lea usted, señor diputado. Acaso concurra al fin que perseguimos.

Cuando no el propio presidente, es un diputado adicto, previamente aleccionado, el que somete, como suyo, el proyecto del mandatario. Con raras excepciones, los proyectos de Montes son los que mejor convienen al tema en discusión. Hábil psicólogo, el gobernante no se equivoca en su táctica sentimental; los diputados se creen consultados, cuando apenas sirvieron de fácil instrumento a los planes del presidente.

La naturaleza rebelde de Tamayo no se acomoda a estos manejos. Aún admirando al caudillo, no acepta el engaño. Es verdad que el primer tiempo no pudo sustraerse al magnetismo físico de Montes; y que defiende sus ideas en el parlamento con sinceridad. Pero cuantas veces intenta alzarse contra el fino despotismo mental, Montes invoca una razón de Estado, el deber cívico, y desarma al descontento. Como ciudadano, el jefe radical reconoce la política constructiva del mandatario y es atraído a su órbita; como político rechaza ese mando imperioso, ese gobierno férreo de las almas, esa astucia para sobornar conciencias por la persuasión. Un dictador-demócrata ¿no es un contrasentido? Pues bien; eso fue Montes: el autócrata revestido de legalidad. Y así lo comprende Tamayo desde el primer encuentro con el caudillo. Por eso siendo el más sincero admirador sentimental, es al propio tiempo el primer oponente a los sistemas del montismo.

En las votaciones, el jefe radical suele separarse de sus amigos políticos; no siempre acompaña a los liberales.

—¡No puede usted protestar contra los acuerdos de la mayoría! —sugiere provocativamente un diputado.

—No protesto de las resoluciones que adopta la mayoría. Disiento de ellas —replica prudentemente el honorable Tamayo.

A raíz de una información parlamentaria, Montes debe reorganizar su gabinete. Se barajan nombres, entre ellos el de Franz Tamayo, jefe radical, líder parlamentario, amigo del gobierno a quien se debe la aprobación de los proyectos financieros. Está llamado a ser un brillante ministro de instrucción pública; es, en realidad, el hombre que debe coronar la obra del montismo en materia educacional, tanto por sus conocimientos cuanto por la osadía de su campaña reformista. “¡Recordemos “Creación de la Pedagogía Nacional”. He aquí el vigía!” —apunta un diario—. Otros hablan de gratitud, de conveniencia política. Los radicales son pocos pero buenos. Franz Tamayo y Tomás Manuel Elio, sus jefes, aunque jóvenes, merecen escalar el ministerio. Pero Tamayo no fue ministro de Montes en ésta ni en ninguna oportunidad.

El caudillo elige sagazmente sus colaboradores. Su instinto le permite perforar la psicología del gran mestizo. “Aquí alienta mucha ambición —piensa Montes— sobran pasiones, orgullo, resentimiento y voluntad”. Montes quiere el gobierno de Montes, no el de Franz Tamayo. No hay campo para dos. Y como de ambas naturalezas excesivas, Montes es a la sazón la más desarrollada y segura de sí, cautamente, sin confiar nada a nadie, opta por no incluir entre sus nuevos ministros al brioso teorizante de la pedagogía nacional.

El presidente ha rogado a los ministros renunciantes permanecer en sus carteras hasta que se organice el nuevo gabinete. Pasan los días. Rumores por aquí, pullas por allá. La prensa se impacienta. ¿Irá el presidente a quedarse con sus antiguos colaboradores? Sería un bofetón al parlamento. No habiendo quien se atreva a despejar la incógnita, el jefe radical se larga a palacio, pide hablar con S. E. y se produce la ruptura:

—Como periodista, como diputado nacional y como jefe de partido, tengo derecho a saber cómo organizará usted el nuevo gabinete —irrumpe Tamayo dejando de lado elementales— normas de cortesía.

El presidente pasea tranquilo en su despacho. Tal vez ha pensado despedir sin respuesta al insolente pero jamás se deja arrastrar por el error ajeno. Sereno, sin que la apariencia exterior traduzca su enojo, Montes responde con firmeza:

—Y yo, como Presidente de la República, de acuerdo a la facultad que la Constitución me confiere, me reservo el derecho de nombrar a quienes me plazca y anunciarlo cuando me parezca.

Ambos se miran fijamente. La tensión se prolonga unos segundos. El visitante mide la incorrección de su actitud; acaso ha comprendido —aunque tarde— que no era ése el modo de dirigirse al Jefe de Estado. Una palabra, un gesto y Montes habría aceptado la explicación. Pero el orgullo prevalece. Tamayo gira sobre sus talones, se va para jamás volver al despacho

presidencial mientras en él permanezca el caudillo. Una puerta entreabierta y el oído fino de su secretario permiten recoger la anécdota.

El diputado por La Paz intensifica su labor. Los discursos adquieren vigor, llegan con menos dificultad al público. Buen ciudadano, que todo lo exige para su país, Tamayo perfila ya pésimas condiciones de político. Es, en verdad, el reverso del animal político.

Calar la realidad ambiente con esa sinuosa adaptabilidad de quien sabe eludir situaciones difíciles; eso es ser político Montes y Saavedra lo fueron en grado extremo. En cambio la prédica violenta, sincera, irreductible, casi siempre imprudente de Tamayo, mira más a fines lógicos y emotivos. La figura contribuye a desmedrar los éxitos. Este hombre soberbio, a veces demasiado intelectual, a veces excesivamente lírico, con algo de socrático en la lógica del discurso y mucho de nietzscheano en la fuerza apotegmática del apóstrofe violenta a los demás. ¿Contra quién se dirigen esas miradas desdeñosas? ¿Qué ironía se embosca en esa metáfora? Mientras Montes se mete la gente al bolsillo, callando y escondiendo su inteligencia para que los demás ignoren cómo los maneja, Tamayo sale descubierto el pecho, desafiante la mirada, hablando con lengua y postura de magíster. Los líderes maduros, los Calvo, los Vásquez, los Saavedra, los Paz, los Ramírez, los Sánchez Bustamante no admiten tamaña insolencia. En el parlamento, como en toda institución humana existen jerarquías morales y sociales que a nadie es lícito desconocer. Cuando alguien solicita el voto del diputado por La Paz, se estrella frente a una respuesta altanera.

—Yo vengo a votar solo. No soy hombre de consigna.

En justicia, no son los diputados los que dejan aislado a Franz Tamayo. Es él quien se distancia de los diputados. Sus actuaciones parlamentarias originan los primeros adversarios; no adversarios políticos —Tamayo no representa ninguna doctrina, no simboliza sector alguno de nuestra historia política, como no sea el del mas puro individualismo— sino los primeros adversarios personales, aquellos que no perdonan su excesiva arrogancia, la personalidad arrolladora. ¿Qué es eso de querer transformarlo todo imperativamente? y esos latinajos, esas citas griegas ¿qué significan en un parlamento mestizo? ¿Por qué hablar en inglés o en galo donde sólo se oye la lengua de Cervantes? La inmensa confusión del humanismo, la estética trascendental del artista, son habla muerta para la ignorancia criolla.

Tamayo no supo —no sabrá nunca— dosificar la manifestación de su cultura. Es torrencial. Su palabra trae el gladio a las gentes. Cuanto arde en las sienes es vertido al exterior: discurso, arenga, crítica, polémica. Al arrojar a la vida pública el ardor mental de su juventud, se arroja él mismo a la hoguera de la maledicencia, donde todo exceso se purga cruelmente, porque los que mejor practican la ciencia de ofuscar al prójimo, son quienes más rápido caen bajo la mordedura de los ofuscados.

¿Qué es el partido radical en Bolivia?

Apenas una ramificación, una suerte de liberalismo más avanzado. La misma escuela científica y positiva. Idéntico espíritu democrático en el fondo; el mismo anhelo de transformaciones sociales y económicas en la forma. Mientras los liberales, bajo el puño férreo de su caudillo y con menos apego al dogma, conducen el país por rumbo próspero, un puñado de radicales, intemperantes como su jefe, cree poseer la panacea de los vicios políticos. “El Fígaro” emprende briosas campañas reformistas, atacando las principales obras de Montes. Todo está mal para el radicalismo: la red ferroviaria la política externa, la instrucción pública, el ejército, las policías, las leyes bancarias (defendidas otrora por su propio jefe), el sometimiento de las Cámaras, la presión secante del Ejecutivo, etc.

Montes no dice una palabra. En la plenitud de su energía, se reserva el zarpazo final. Cerca de veinte diputados forman el bloque radical. En pocos meses, mediante una labor de zapa disociadora, el Presidente se gana la mayoría de los radicales, mediante cargos y favores oficiales. Antes de un año, el radicalismo queda reducido a la insignificante minoría de cuatro diputados, un órgano de prensa y escasos electores. Más ha tardado en nacer, que en disolverse en los dedos acerados del caudillo.

Es la primera derrota política; la que Tamayo jamás perdonará, porque derrumba sus sueños de comenzar venciendo. Al verse abandonado, se acrecienta su temperamento combativo. Su oposición al montismo, fruto de la intransigencia juvenil y del ardor figurativo, se fue transformando insensiblemente en el centro de su vida. Hacia él convergen, durante varios años, sus fuerzas creadoras, sus anhelos íntimos, sus más caras esperanzas. El día que el “indio” Tamayo voltee de un hondazo al caudillo, tendrá su mejor recompensa.

Pero Montes está bien sentado en la silla presidencial y resiste todos los embates. Sin alterarse, seguro de su poder incontrastable sobre un pueblo inorgánico, sin disciplina, donde nadie sabe lo que busca ni la manera de realizarlo, el jefe liberal prosigue su obra constructora contra la animadversión de los émulos.

El diputado por La Paz lanza tremendas admoniciones contra el estadista. ¿Quién habló de «flor de la raza»? Eso fue en el pasado. Ahora hay que combatir al “déspota”. Censura los actos del caudillo, ataca sus ideas, suele rozar asuntos íntimos. Aún llega, vencido por el odio, a la burda demagogia:

—¡El indio está desnutrido y el cholo vive analfabeto —trueno Franz Tamayo— pero hay grandes latifundios que producen para sólo un explotador!

Los diputados liberales van con el cuento a palacio. “Señor: Tamayo ha hecho acción demagógica esta tarde. Se refirió al latifundio; la alusión a Taraco no pudo ser más clara. Habría que evitar estos ataques, que impresionan al pueblo”.

El presidente sonríe sin inmutarse. ¿Taraco? ¿Y el honorable Tamayo no tiene fincas más extensas? El asunto no tiene importancia, señores. (y extendiendo un nuevo proyecto ferroviario sobre la mesa, prosigue irónicamente): “Mientras ellos estén hablando, nosotros estaremos haciendo”.

Aun combatiéndolo, aun ridiculizándolo por todos los medios, los diputados envidian la cultura, el fuego oratorio del representante por La Paz. Los periodistas rabian por su erudición y su prédica tempestuosa. La sociedad tan pronto acoge como rechaza al exótico personaje de los chalecos extravagantes, la melena descuidada y el gesto brusco. El “tiene talento” es tan frecuente como el “¡qué necio!” Mas la visión certera, corresponde al odiado rival. Dicen que el presidente Montes, cierta vez que se comentaba los ataques del jefe radical, se limitó a expresar:

—¡Déjenlo tranquilo! No es necesario combatirlo. Políticamente, éste se devorará a sí mismo.

Años después, acaso para justificar el fracaso del radicalismo, que sólo fue, en rigor, el sueño desvanecido de la ambición tamayana para superar al montismo, el pensador dirá entre amargo y satisfecho:

“Una efectividad exquisita o una inteligencia suprema, son casi siempre ineptas para la acción, La acción es el dominio de la mediocridad; y vivimos en la era de la acción”.

Otra causa del odio a Montes reside en la selección de hombres, El presidente había empezado temerariamente reforma hacendaria, reconociendo la desigualdad impositiva. “Mientras los más infelices pagan mucho, los que verdaderamente pueden hacerlo no pagan nada”. No se ha recocado todavía el valor de la política económica del montismo, su trascendencia social, que vulneró muchos intereses estableciendo —al menos teóricamente— la igualdad de los contribuyentes ante la ley. Precursor involuntario del socialismo de Estado, enemigo del gran latifundismo improductivo y de los feudos industriales, Montes organizó la hacienda pública con prescindencia de categorías sociales. Para llevar adelante sus planes, requirió no el concurso de los mejores, sino de los “necesarios”. Sus colaboradores, entre los que no faltaron varones ilustres, provenían en buena parte de la media burguesía y aun del medio mestizo. Al caudillo liberal se debe la doctrina famosa: “Gobernar con los suyos”. Es decir ni excesiva inteligencia, ni demasiado brillo; más bien la dorada mediocridad de las mentes y un dócil sometimiento de las voluntades.

El honorable Tamayo habría luchado con menos encono contra personajes de mérito. El talento y la educación superior siempre le merecieron cortesía, pero su furia acrecía al ver la inversión de los valores. En el parlamento, nunca los mejores sino los más listos. Rodeando al gobernante, jamás los más aptos sino los más rendidos a la voluntad presidencial. Había que transformar la vida nacional, volver las cosas a su cauce lógico, restableciendo la escala de valores. Por ella lucha el jefe radical.

Al amparo del positivismo comptiano, de las doctrinas de Tarde y de Guyau; con algo del individualismo liberal inglés, recordando a Spencer, Stuart Mill y Adam Smith; aportando frecuentes rememoraciones de jurisprudencia grecolatina, Tamayo propugna la plenitud democrática. Contra el férreo autocratismo del presidente, exige la absoluta libertad ciudadana, defiende los derechos civiles, pide reformas económicas sin dar respiro para la ejecución práctica.

¿Por qué no fueron secundadas, por qué no se impusieron sus ideas? Porque todo cuanto gana el filósofo lo pierde el luchador. El diputado por La Paz ama la imposición violenta; la buena lógica revestida de sapiencia; el orgullo vaciado en fiereza. El reformista puede arrebatarse a su auditorio; no alcanza a conservarlo para la batalla final. Aunque el artista subyugue al público, el mal político traiciona al luchador. Por su rebeldía, su orgullosa vehemencia y su desnuda sinceridad, Tamayo es el primer enemigo del diputado por La Paz.

“Horacio y el Arte Lírico”, la pieza crítica más completa salida de pluma boliviana, aparece en 1915...

He aquí un fragmento fundamental, que permite apreciar la huella de un hondo pensador:

“Para Horacio lo fundamental es decir cosas inauditas en latín; violentar la sintaxis, para obtener efectos poéticos más extraños y líricos. En Horacio un arte sabio pone la esmeralda junto al oro y los zafiros tenebrosos junto a los diamantes imperiales. Las amatistas se ciñen de platino helado y los berilos traen el recuerdo del mar lejano. Ese fulgor del estilo, ese esmalte que cobran las palabras por el solo hecho de juntarse de cierta manera, esa magia envolvente y conquistadora que se desprende de ciertos ritmos y ciertos sonos, es la mayor ciencia técnica dentro de la más grande simplicidad”.

Este libro es una clave para comprender la mecánica interna del verso tamayano; y un curso completo de estética. El crítico opone a la epifanía cósmica de la lírica helena, la música polifónica e iluminista de las líricas modernas; a la expresividad del mundo fenomenal, la fuerza sugestiva del cosmos interior. Con penetración no superada en tierra americana, Tamayo dice, refiriéndose al artista contemporáneo, sea al grande artista del siglo XIX, antes de sobrevenir la solución de los “ismos”:

“El misticismo medieval, el subjetivismo y un romanticismo invencible, hacen que el genio creador ni pinte ni esculpa; musicaliza. Si Horacio manifiesta: “Ut pictura poesis”, la lírica moderna responde: “Ut musica poesis”.

La lírica no como color, mas como sonido. Ha nacido la lírica “fáustica”. Tamayo emplea el vocablo en toda su acepción aterradora, varios años antes que Spengler lo universalice en su famosa “Decadencia de Occidente”.

Este sutil análisis de la estética clásica en parangón con sensibilidad moderna, tampoco es comprendido por la crítica. Hay hombres cultos, espíritus despiertos que pueden exaltar la nobleza del libro; pero la política absorbe la atención de los periódicos, y se presta mayor atención a las polémicas del periodista y a los discursos del tribuno, que a las creaciones del artista. ¡Cuánta sabiduría, cuán noble hermosura destilan estas frases sobre las lenguas clásicas!

“Si me fuese dado hacer una comparación, compararía yo la lengua griega, bajo el punto de vista estético, a una hermosa selva del trópico, donde las plantas y los árboles no tienen más destino ni más tendencia que variar infinitamente sus formas, sus flores y sus frutos y donde el empuje de la vida es tal, que las savias y los jugos estallan en el más fabuloso derroche de paisajes, de cambiantes luminosos y de esencias. El latín es como un bosque del norte; grandes árboles severos y potentes, más hechos para derramar sombra que para combinar y variar la luz, más crecidos para dar madera útil que fruto deleitoso, y que pronto revelan en su aspecto la periódica visita de los cierzos y las nieblas hibernales. Lejos estamos de la inagotable floración de formas y la incansable eclosión de sonidos. No hay Iliadas ni Epinicios en el latín arcaico, como que por otra parte no estaba el romano destinado a inventar formas y formas de la inteligencia; y como la lengua es el espejo más claro y más directo del hombre interior, el latín estaba destinado a ser la lengua de un pueblo de conquistadores y legisladores, no de una raza de artistas y pensadores».

Tamayo abomina de las malas traducciones. “¿Qué es Homero en manos de Hermosilla o Bitaubé? Desaparece majestad natural de la lengua griega; su prodigiosa variedad epitética no existe más, la riqueza conjugativa de su verbo no está; esa infinita ductilidad con que las palabras pliegan sus desinencias, en medio del relato recto y correcto, a las necesidades del número y la armonía, está del todo ausente; la música poliptongal del lenguaje de Jonia se ha desvanecido para siempre”. El boliviano confiesa aspirar a la gloria de haber escrito tan sólo la “Oda a Licinio”, donde la más grande ciencia técnica se reviste de la mayor simplicidad: “¡Jamás el pensamiento voló tan alto, ni obra de hombre fue tan humana! Diríase la concisión de nuestro Gracián sobre los labios de Sófocles”. Para él cada oda horaciana se presta no sólo al análisis poético y retórico, mas a uno de estética trascendental. ¿Cómo se juzgaba el gran venusino? Tenía tan profunda y silenciosa consciencia de su genio y de su grandeza intelectual, que nada le importaba lo que

dijesen sus contemporáneos y la posteridad de sus libérrimas costumbres. Espíritu libre y superior cuanto cabe, la inteligencia de Horacio va por la línea genial y caprichosa que le trazan su genio y su capricho; pero justamente de esa libertad mana su profunda sabiduría. ¿Dónde ubicarlo? No entre Lucrecio y Virgilio, sino entre Ticiano y Tintoretto, los dos reyes del color, porque la “Epístola ad Pisones”, bien puede servir de manual para una academia de pintura.

“Para terminar, debo preveniros sobre las dificultades que te rodean su estudio. Poeta refinadísimo y sapientísimo. Horacio requiere, para su plena comprensión, una verdadera labor de filólogo, una preparación de erudito y un gran sentido estético. Sólo así se puede llegar a apreciar debidamente ese legado lírico de la antigüedad, en el que parecen sonar dulcemente una zampoña de marfil, una lira de ébano y de bronce y una trompa de cristal”.

“Horacio y el Arte Lírico”... ¿Quién lo leyó? ¿Quién bebió sus enseñanzas? En el Ande, la palabra del escritor se disuelve sin eco. El crítico, a su turno, soporta el frío aislamiento que antaño sufrieron el poeta y el sociólogo. Es quinto libro; y todavía tarda en llegar el lector capaz de amar y comprender al artista. ¿Amar y comprender dijistéis? ¡Bah! el estupendo Schopenhauer recién fue descubierto a los setenta...

El indio magnífico está en pleno poderío de la personalidad. Incursiona por todos los campos: política, ciencia, periodismo, artes, filosofía, crítica social. Si Salamanca, Ramírez, Iturralde, Saavedra y Sánchez Bustamante son los líderes del parlamento, Tamayo es —él solo— el partido radical. Sin arraigo popular, sin maquinaria política, sin figuras de primera fila, el radicalismo es capaz de abrir brecha en el bastión liberal; le basta la audacia combativa de su jefe.

Es intensa la actividad del honorable Tamayo. Interviene en la discusión de las grandes cuestiones nacionales, plantea la reforma constitucional del régimen parlamentario. Combate el monopolio bancario. Exige la reforma educativa. Proyecta leyes de bienestar social y disposiciones económicas. Ataca los intereses creados. Cuando se le hiere con armas vedadas, replica en el mismo terreno demostrando formidables dotes de libelista. Yerra, da traspiés como cualquiera, mas se repone prestamente: aquí un debate internacional; allá una exposición de derecho público; luego el proyecto financiero y la crítica política.

La actividad del orador corre pareja con la agilidad del polemista. “El Fígaro” emprende campañas por el bien colectivo. El día que un biógrafo paciente revise los redactores parlamentarios y los diarios de la época, recién podrá medirse la utilidad de esa labor. El jefe radical no da tregua a sus anhelos reformistas; centenares de discursos, millares de artículos y crónicas, revelan el poderoso envión. Los mejores años de su juventud se insumen en la lucha civil. El ciudadano Tamayo, más afortunado que el político, puede dar muchas lecciones a su pueblo; sirviendo a la causa común es como mejor se enaltece la condición humana. Si el jefe radical fracasa prácticamente, subsiste, todavía, el eco de sus campañas cívicas.

La interpelación al ministro Zamora, es uno de los capítulos más interesantes en la vida política de Tamayo.

Chuquisaqueño de origen, hombre fino, distinguido y extremadamente simpático, aunque no muy versado en letras humanas, Julio Zamora era el ministro predilecto de Montes. Tenía algo de Briand; una inteligencia despierta, sutil, casi olfativa, pronta a comprenderlo todo aunque no fuera muy profundo el dominio de la materia. De palabra fácil e ingeniosa, solía desvanecer con irónicas alusiones el ataque del adversario. Ducho en recursos, maestro para sortear el vado de las dificultades, Zamora aunaba todas las condiciones del político: energía, poder de adaptación a la realidad y rica imaginación. Desempeñaba el ministerio de hacienda, cuando fue interpelado por el representante de La Paz.

Tamayo no se detiene a contar probabilidades de triunfo. Los liberales puritanos acaban de fundar el Partido Republicano con Salamanca a la cabeza y Saavedra como dialéctico, para desarrollar formal oposición al montismo. Crece la resistencia al absolutismo liberal. Conservadores, republicanos y radicales bien pueden dar un disgusto al gobierno, aunque éste conserva mayoría en diputados. Pero el cálculo no entra en la acometividad del jefe radical. Son los amigos de Tamayo y los enemigos de Montes los que avizoran promisorias consecuencias al iniciarse la interpelación al ministro de hacienda.

El honorable Tamayo ataca violentamente al ministro Zamora en varias sesiones. “¡Es el ministro-zapatero!” —exclamaba despectivo. El ministro de hacienda poseía en verdad el monopolio de la fabricación de zapatos y la única fábrica del ramo en ese entonces, llevaba su

nombre. Reconociásele una particular habilidad financiera; y es de aquí de donde Tamayo arranca su crítica.

—¡Un miembro del gobierno no puede ser, al propio tiempo, mercachifle, accionista de varios monopolios, gestor de negocios con el fisco y ministro de Estado!

Zamora se negó a tomar en serio la interpelación. Contestó brevemente levantando los cargos que se le hacían; y cuando creyó haber ganado la opinión camarál, comenzó a pitorrear al interpelante:

—Lo que pierde a los bolivianos —dice burlonamente el ministro— es su espíritu de desconfianza; ese recelo general, esa disposición a la crítica malévol e inopinada, ese amor a ver palotes torcidos donde sólo hay líneas rectas. El hombre de bien se inclina a pensar bien de su prójimo. El cholo encuentra mal toda obra ajena. ¿No es verdad señor Tamayo? Cuando se carece...

(Tamayo interrumpiendo)—... ¡yo no soy cholo; soy indio! El cholo es Morales (señalando con el índice a un colega que dormita en una banca próxima).

La honorable Cámara estalló en carcajadas. El diputado Morales era un hombre de actuación destefñida, que se pasaba el tiempo esforzándose en encontrar defectos a sus colegas.

Prosiguió subiendo de tono la interpelación. Tamayo encuentra nuevas fallas en el ministro interpelado. Demuestra que un hombre de negocios no puede cuidar sus intereses sin descuidar los del Estado. Censura la distribución de cargos a imperio del más desenfrenado despotismo. Habla de especulaciones peligrosas destinadas a enriquecer a los amigos del gobierno y al propio ministro de hacienda.

No se alteró el aludido por la violencia del ataque. Serenamente, refutó a su impugnador. Los negocios de don Julio Zamora nada tenían que ver con las cuestiones fiscales. Su fortuna era anterior al ministerio, nadie podía aprobar que él aprovechaba del gobierno para acrecentarla. Su fábrica y sus negocios habían sido confiados a distintas personas; y el ministro de hacienda estaba en absoluto desligado de su marcha.

—¿Puede el señor Tamayo citar concretamente un caso de especulación? —pregunta el ministro con inefable tranquilidad.

—¡Lo probaré! ¡Y dos, y tres! —replica Tamayo desafiante.

Pero la prueba no llega a producirse. Porque no hubo delito o porque la pasión política exageraba la magnitud de los hechos.

Poco a poco, la interpelación fue buscando su cauce natural. La acusación al ministro de hacienda se convirtió en una tremenda requisitoria contra el gobierno. Todo estaba mal bajo la administración de Montes; y este cambio de eje en el ataque, determinó el fracaso. Los diputados comenzaron a sospechar que no se trataba de juzgar los actos de Zamora, sino de voltear al ministro de hacienda para provocar una crisis de gabinete. Entre republicanos y conservadores, muchos son amigos personales de Zamora; otros no se atreven: a romper abiertamente con Montes. El auditorio, que comenzó abiertamente al lado del acusador, inicia el cuarto de conversión hacia el acusado.

Zamora, a su vez, orienta con habilidad el debate. Sin perder la línea, explica fácilmente sus actos. Los ataques más audaces de Tamayo, los desbarata con cuatro chistes. En lugar de discutir teorías financieras —como inútilmente busca su adversario—; en vez de argumentar jurídicamente la no-incompatibilidad entre gobernante y ciudadano particular; lejos de rebatir desde un plano político-social las críticas, el ministro de hacienda opta por una triple táctica: primero la explicación neta de sus actos; luego la defensa del gobierno; y finalmente la ironía, la burla insistente que saca de quicio al honorable Tamayo. Sabiéndose débil en los dominios de la ciencia y la cultura, soslayando la oratoria solemne y trascendental, Zamora se hizo fuerte en los campos del pitorreo y la paradoja, dispersando entre sonrisas la dura arremetida de su impugnador.

—¿Qué busca el honorable Tamayo: ¿Voltear al ministro de hacienda? ¿Un éxito parlamentario? ¿El derrumbe del gobierno? Siento no poder darle gusto. Volveré a vender mis zapatos cuando el diputado aspirante a ministro regrese a vender sus quesos...

Tamayo bufa; protesta la sinceridad de sus intenciones; esfuérase por restituir a un clima de seriedad el debate. Ya es tarde. En el curso de la discusión, arrastrado por el ardor de la lucha, ha herido a diestra y siniestra; palo al liberalismo, palo al espíritu de consigna, palo a los conservadores, palo al conformismo republicano. La batalla que debió librarse contra el ministro de

hacienda, degeneró en arremetida contra todos; lógicamente, los vapuleados se apiñaron contra el agresor.

La acción absorbente del ministro de hacienda, era, entonces —aun sigue siendo— una fuerza sin control. Los encargados de esa cartera son con raras excepciones, verdaderos dictadores. ¿Cuál es el ciudadano que no golpea esa puerta? ¿Quién el político que no requiere esa ayuda? A tal necesidad, en cierto modo vital, hay que agregar la poderosa influencia del montismo, entonces en su apogeo político; la incontrastable mayoría camaral; y el hecho no por secundario menos decisivo, de que mientras en Tamayo concurren todas las circunstancias para despertar la resistencia ajena en Zamora convergen todas las cualidades para desarmarla:

A pesar de la excelente exposición jurídica; no obstante la sólida argumentación moral; aunque todos quisieran dar en el fondo, la razón al diputado por La Paz, la cobardía colectiva y el sometimiento a los de arriba hacen su obra; el resultado es lógico, si lógica puede haber en la política criolla: la censura al ministro de hacienda se rechaza por sesenta votos contra uno. Tamayo queda solo.

Es la segunda derrota política. Se esfuma el sueño de voltear gabinetes y encaramarse por la audacia al gobierno. Pesarosos, los amigos inquietan:

—Don Franz: ¿qué le ha pasado a usted? Las batallas hay que prepararlas con cuidado, para librar las sólo cuando existe seguridad de vencer.

—¡Horror! —replica el honorable Tamayo—. Más vale perder con honra que ganar por cálculo. Esta nación agoniza porque nadie quiere arriesgarse.

La derrota ha sido dura; pero el jefe radical no se da por vencido. Sigue fustigando al gobierno, promueve ruidosas polémicas, dicta conferencias en los centros universitarios. Incorruptible a la seducción oficial, riñendo aún con sus propios partidarios, Tamayo viene a ser un símbolo de lucha. A mayor desacierto, mayor altanería. Puede errar el político; mas el hombre, adusto y desdeñoso, se yergue contra el medio, tanto más agresivo cuanto más honda la caída. Cierta vez, comentando las campañas de “El Fígaro”, un contemporáneo traza este juicio incisivo: ¡“Qué radicalismo ni qué niño muerto! Aquí no hay sino una voluntad aimára que nos quiere gobernar” .

Scherzo indio. El kolla dominador y vigilante espolea su medio. Desecha la sobriedad para entregarse a la pasión. Desconoce la medida y se desborda en la ebriedad de la obra múltiple. Es un golpear sin tregua de la voluntad contra el destino. Cuatrocientos años antes, un Atahualpa así, de fiera estirpe andina y elástico zarpazo, acaso habría evitado la disolución del Incario.

“Como vuelven las hojas
Tras el deshoje,
Y un sol que sobrecoge
Tras las congojas,
Vuelve un amauta
En mi que ya fue antes
un argonauta!”

PRESTO APPASSIONATO

“El ábrego y sus vórtices veloces,
El mar y sus vorágines atroces,
Todo conmigo va, ya que en la lira
El mundo compendió todas sus voces”.

Tamayo

“Los grandes hombres y sus obras son como las altas montañas: nadie las ignora, y sin embargo pocos subieron hasta ellas”.

La poesía de Tamayo participa de tan extraña condición: todos la hollaron; nadie se empinó sobre su cima. Enigma estético, introduce la confusión en las mentes que la juzgan. El crítico que califica sus tragedias líricas de “obra un poco y un mucho pastiche”, se rectifica agregando que con anacrónica simbología helénica, expresan el “pathos” andino. Tamayo —dice otro— es un caso de cerebralismo y tropicalismo reunidos; y a renglón seguido añade: pero tiene estrofas maravillosamente sintéticas. Se le tiene por el más alambicado de los poetas modernistas. Háblase de un “color aimára” en su poesía. Para ciertos dómines, es un epígono del simbolismo. Los epítetos se acumulan y contraponen. Clásico. Romántico. Revolucionario. Alto barroco. Un humanista, un filósofo perdido en la maraña de las estrofas líricas. Para muchos oscuro y denso; para casi todos indescifrable. ¿Qué no se dijo del verso tamayano? Vaguedades, juicios o epígrafes ligeros, pérfidos análisis, surgidos mucho tiempo después de la aparición de cada libro; y un denominador común para todos; cuando no luce desembozado, se adivina el propósito de ridiculizar al hombre a costa del artista.

“La Prometheida o las Oceánides”, “Nuevos Rubayats”, “Scherzos”, “Scopas”... ¿Quién leyó tan prodigiosa poesía? ¿Quién extrajo sus savias hondísimas y fuertes?

Tiene “La Prometheida” celestes claridades. Diríase la infancia divina y terrible de un niño que juega el puro juego de la pura poesía:

“Fue en uno de esos días
Tan silentes y claros
Que la onda es más honda
Y el mar parece amar”.

.....
“Hay un imán en el dolor que plañe,
Rosa de sangre de un letal aroma
Que embebe aleva al viento que lo bebe,
Y el alma ulcera que lo aspira pura”.

.....
“Embriágase de amor si besa exánime
El raso rosa de tu risa róscida!”

.....
“Es el pasado que revive efímero.
Espuma o bruma que se esfuma en suma”.

.....
“Torrente errante y riente
Que al matinal reclamo
Fuiste el resol del sol
Y el donaire del aire
Vocal y musical”.

.....
Coro sonoro y lírico,
Lloro y oro canoro!”

Tamayo es, ciertamente, un enigma estético.

Producto químico de extrañas y variadas influencias, se expresa como el gótico por la multiplicidad de sus líneas nerviosas. Clásico y romántico a un tiempo mismo, tiene las estrofas más perfectas y las más desaforadas. Apolo y Ares. Un celoso guardián y un destructor de la forma lírica.

Extravagante genial, de audacia deliberada, su poesía rezuma en un sentido estilístico mágicos aromas y ácidos fatales. Adormece a los tontos y ofusca a los pedantes o Poeta sin marco, teje sus leyes, el orbe personalísimo de su naturaleza pánica. Juega con el idioma y con la lógica. Infunde nueva vida a una lengua enmohecida por los siglos. Como Esquilo, como Shakespeare — conservando la distancia necesaria— está por encima del gusto y de las reglas; y sus deformidades son inherentes a su misma elevación. Su secreto hay que sospecharlo en la sima oscurísima donde se mueven los grandes creadores; magos de la idea y del idioma.

El soplo de cuatro culturas cruza su hirviente poesía: la oriental; la grecolatina; la medieval; la sincrética o renacentista. A veces, sin saberlo o sin quererlo, trasparéntase la quinta: la cultura euroyanqui o contemporánea —electromecánica-mercantil— que expande al límite la naturaleza fáustica y exaspera el nerviosismo ancestral del alma humana. Y As allá todavía, en el reducto apto para las ciencias especulativas, propicio al poeta y al filósofo, que debe mucho a la rica herencia de la sangre inca al decir de Mantegazza, el cantor del Ande embosca la fuerza atlántida del mito.

Tamayo no representa un pueblo, una raza, un continente. tesis de humanidad, su lírica sabia habla a las edades, para tiempos sin principio y sin acabamiento:

“Piensas, y ése fue el mal de Prometeo”.

.....
“¡Oh achaque humano, solamente humano!
Sonambulismo en que perece el hombre,
Cazador insensato de su sombra,
Buscador incurable de si mismo! “

Salvando excepciones, Tamayo ignora la perfección del alto clasicismo. Cruza de Esquilo a Eurípides, sin detenerse la moderada transición de Sófocles. Es la fuerza lírica del tiempo mítico y la angustiada energía del racionalismo científico.

“Yo soy el grito extático
Y el sacro soplo pítico!
Yo soy el arco tenso,
Yo soy la lira viva,
Y en mi propia garganta,
Dulce, inmortal arcano,
Treme el dardo de oro
Y el cordaje de plata.
Yo soy el arco tenso,
Yo soy la lira viva! “

.....
“La ninfa exalta el sibilino mito:
Eres el arco y a la vez la flecha! “

La rebusca de la imagen y el vocablo inusitado, constituye una necesidad interna en el poeta andino. La expresión ultrabarroca, torturada, pulida y retorcida debe entenderse, en ciertos casos, como manifestación bárbara del alma racial, educada en el espacio informe de la sierra, de abrumadoras cumbres y cavidades abismáticas. Sin embargo la ruda bocina que desbasta crudamente las estrofas, se convierte en la flauta armoniosa de “Psiquis” y en los deliquios de “Melifrón”. ¿Se concibe el cantor primordial y desmedido, en la misma bóveda que devuelve el manar de las Limniadas?

En un estudio crítico, dice el poeta:

“El hipébaton latino, especie de monstruo gramatical o de maravilla sintáctica, es la más perversa invención retórica si por perversidad se entiende, en arte, la rebusca sutil de nuevos aguijones del gusto, el voluntario apartamiento de lo natural en vista de obtener nuevas sensaciones, la consciente destrucción de las Primitivas dianoéticas, para obtener así una fuerte originalidad. Es un proceso de condensación y concentración, en vista de producir el fenómeno estético. Este procedimiento sabio y sistemático, por razón de su complejidad y astucia. aumenta el goce del placer intelectual”.

El anterior juicio, autognóstico y certero, debiera bastar. Mas los criticastrós de tierra adentro que ignoran la lingüística, el griego y el latín; que nada saben de ciencias humanas y artes del corazón; que apenas balbucean un español caduco despojado del antiguo esplendor, mal pueden entender la lengua sabia, deliberadamente artificiosa y alquitarada del cantor andino.

Tamayo juega con el idioma cual con cosa viva, susceptible de perpetua renovación. ¿Se arguye ausencia de buen gusto, extravagancias, desafinamiento, durezas dilacerantes, licencias excesivas? Un maestro toca todos los registros; lo injusto es olvidar que entre asperezas y hontanares, corre una lengua aligera que carece de secretos para el poeta. En cierto sentido, podría hablarse de un «wagnerismo lírico». Esos recursos puramente intelectuales y artísticos ¿no reflejan los oblicuos soles de una suprema decadencia? y la suprema decadencia ¿no es un dominio espantable de las formas expresivas?

El furor sonoro o arrebato lírico desconcierta al lector. ¿Por qué esa musicalidad insensata? Cuando Tamayo afirma que una psicología complicada, a veces teratológica, está en la base de toda lírica moderna, contraponiéndola al alma pagana, infinitamente llana y eudemónica, ha vuelto a definir su poesía. Pero los dómines de gramática parda no alcanzan el misterio unimismante de las formas y la esencia; y frecuentemente salta la sorpresa.

¿Cómo es posible que el autor de estos versos límpidos y fáciles:

“Apolo es el dios lúcido!
En sus ojos se enciende
La estrella matutina
y el bólido nocturno“

.....
“Oh hermana, es el milagro
De los ojos de Athena.
Con sus saetas áureas
Apolo dora el día;
Mas con su honda mirada
Palas la noche azura.
Oh hermana. es el misterio
De su pupila gláucope! “

sea el mismo fabricante de estos otros intrincados versos?

“Oblicuo eloquio, umbrílocuo deliquio“

.....
“Como exfoliar de nardos
Sobre el escollo undífrago“.

.....
“Es un barco encantado
De cárbasos sedefios
Y proales orgullos“.

.....
“Harmonía, armonía¡.Liras, rosas.
Oda que escande es una flor sonora,
Y oda fragante la corola en flor!
La cifra misteriosa escribe el iris
De la lira heptacorde, oh Heptamenio!
Lo que trasfunde un vuelo arquitectónico
De Laomedón a los sillares móviles
Es el lírico son. Números, almas.
La piedra torpe se destila en música
Como el carbón en luz. El son es sacro.
El alma sorda que no cela abscondito
Canto, es la bestia ya sin la inocencia.
Harmonía, armonía! Eter infuso! “

Un griego del siglo XX habla por los 4037 versos de “La Prometheida o las Océanides“. Si alguna afinidad estética se busca, su encuadre se aparta de la sobriedad dórica y de la esbeltez del jonio, para manifestarse por la riqueza del orden corintio; mas un corintio alterado, transformante, que mezcla sus líneas finas y graciosas con el rasgo torturado del agonismo fáustico. Serenidad en la tormenta. Tempestad en la quietud. Y bruscamente, cubriendo el éxtasis

de las violas doloridas o la embriaguez de los pífanos risueños, el bramido pánico del órgano por cuyos tubos numerosos sube la naturaleza entera.

Toda la vida persiguiendo cosas simples y claras. Toda la vida realizando complejas y atormentadas empresas. El artista no escapa a la norma contradictoria del hombre y del político. La regla apolínea y la ley dionisiaca, disputan palmo a palmo territorios. Quien busca a través de estos versos el genio heleno, retorna defraudado. Quien escudriña el "pathos" desordenado de la lírica moderna, se ve deslumbrado por un orden severo que aun dentro del tumulto conoce sus caminos. Es un arte plural, de múltiples raíces, compuesto y constelar, como sólo suele darse en las viejas sofías ancestrales.

"La Prometheida" es una hermosa tragedia lírica, de profunda inspiración pagana y rica fibra fáustica. Alterna la perfección clásica con la explosión moderna. Línea y volúmenes, color y musicalidad se dan en superposición de planos, acusando la técnica endiablada de un compositor contrapuntístico. Rehuyendo la clausura de un estilo, es una "summa" de estilos contrapuestos; así, lo que disuena, es contraste voluntariamente elegido; Y aquello que se excede, simbiosis maestra del tono y sus acentos.

La voz de Psiquis se alza en un zureo de paloma:

"Sobre el invicto Cáucaso
De erectos riscos rígidos
Y hondas cavernas lóbregas,
Luz blanca y fresco orvallo
Funde el naciente día.
Héos en el oriente
Es aún la rosa pálida
Que ignora los carmines.
Sobre el cristado monte
Leves vapores vuelan,
Y al viento matutino
Son cendales de nieve
Con fimbrias de coral.
Anfitriote a lo lejos
Sus coros sintoniza;
Los pávidos Temores
y los confusos Sueños
Hacia el ocaso huyen;
El día va a nacer!
Oh, rumor, oh tremor
Del ondulante llano,
Del bosque centenal!
La tierra siente el roce
De unos dedos de rosa,
Y el éter arde en oro:
Salve, tithonia Aurora,
Salud, titanio Sol! "

El tema es una variación del mito prometeico: el episodio de las Oceánides, las tres mil hijas de Tetis y de Océano, consolando al titán en desgracia. Construída de acuerdo a las reglas clásicas en su estructura formal, el poeta las violenta por el rapto expresivo. Psiquis, Palas, Athena, Apolo, Ares, Iris, el Coro de las Océanides y Melifrón, ruiseñor invisible, son las personas dramáticas. Prometeo no aparece en escena; pero su sombra titánica se proyecta por la tragedia como un viento tempestuoso que todo lo refiere a su vorágine:

"Odio los montes, odio!
Toda altura es funesta.
O es pedestal de gloria
O es peana de suplicio,
Todo igual! Mas el hombre,
Trasunto de ave, pájaro
Que en vez de volar piensa.
Miró siempre nostálgico
Al sol y a los azules:
Tal su amor de la altura".
Prometheo tenia

Menos de dios que de hombre
Cuando entre humanos iba;
Y era más dios que humano
Cuando hablaba a los dioses“.

Para un enfoque argumental o episódico, “La Prometheida” es el triunfo de la Lira sobre Thanatos. Después de lamentar la caída del titán, muere Psiquis; pero su canto hace inmortal a Prometeo. El alma redime al cuerpo lacerado y a la voluntad exangüe.

“Canta en la Prometheida Prometheo! “
.....
“Prometheo y la múltiple Oceánide,
(Olas del mar, lenguas del mar, miriadas)
Son el mismo cantar, el mismo éxtasis:
Un amor y un dolor, un duelo, un cielo! “
.....
“Es más, es más. En la irisada cumbre
Donde el dolor es éxtasis, y amor
Es agonía y la belleza un sino,
Psiquis es ya la eterna Prometheida,
Carne celeste, femenil estrella,
Tangible ensueño, doloroso mármol,
La rosa sexual y el beso púdico,
El rocío de luz en flor de llamas,
Un soplo humano en un divino cuerpo,
Una mujer, una mujer, oh éxtasis...! “
.....
“ Un sueño y un dolor! La Prometheida...
Una mujer, una mujer, oh éxtasis! “

Pero una es la estructura apariencial y otro el simbolismo trascendente. Como el Gilgamesch, como el Apocalipsis, como el segundo Fausto, como el Zaratustra, el poema de Tamayo obedece a un plan vastísimo y oculto. Se capta su trama objetiva; jamás la urdimbre total de las significaciones. Debilitada en la ansiedad moderna. Mnemosine ignora la ciencia de comprender profundamente. No es el poema el oscuro. Es el lector, habituado a la niebla de la rapidez. En “La Prometheida” rezuma el poeta toda su ciencia de la vida, su conocimiento de la naturaleza, su intuición de la historia, su sentimiento estético del mundo, con sus moradores, sus fenómenos y cosas:

“La línea esquicia las divinas formas,
Y el ritmo escande las eternas músicas.
No es la hoguera del sol; lo que ilumina
La tierra es la sonrisa de los Dioses”!
.....
“Un aire que es espíritu del aire,
Y un agua que es el alma de las aguas.
La hora paladial! En las honduras
Adquieren una voz las mudas cosas
Y despiertan los fósforos dormidos.
Ortos y vidas son que al sol se apagan,
Y a la sombra se animan espectrales.
Noche sacra! Su sombra ya es asombro;
La nocturna sordera es ya sordina!
La hora paladial! Athena impera! “
.....
“Toda alma es un vibrar sutil, sutil,
Que es mudez antes y después silencio! “
.....
“Como un cáliz floral es el oído
Con siete estambres vivos y vibrátiles;
Pero no hay astro como el ojo sacro! “

Se diría una epopeya religiosa, que nos aproxima al problema insoluble del hombre y su destino, alcanzando la perfección por el dolor.

Coloquio de un alma con los Dioses de la Grecia eternal, trasciende las normas ciegas del cosmos; y en el estrépito de la civilización mecánica, se oye el son de una remota sabiduría, porque estas voces que hablan detrás del misterioso simbolismo de los versos, son aquel sabeísmo americano que a través del rigor de las formas toma contacto con las manifestaciones esotéricas del mundo, elevando el espíritu sobre la infinitud de los fenómenos.

El ditirambo a la Esperanza, diosa de las manos intáctiles, es un rayo de luz sobre el largo y penoso Camino del hombre:

“Espera y calla; calla
Y espera: ése es el arte
De vivir, y mis dedos
Conocen aquel nudo
Que anuda toda cosa.
Yo te diré el secreto
Que callan Dioses y hombres.
¿Conoces la Esperanza,
La Dea misteriosa
Que emerge de las ruinas
Y de agonías vive?
Nada el milagro iguala
De sus manos intáctiles,
Ni la constancia vence
De su silencio insomne.
Su magia envuelve al mundo
Como nimbo invisible
Donde beber parecen
Su peso los planetas
Y los soles su lumbre.
Nadie ha visto a la Dea.
Pero todos la saben
Honda, remota, íntima,
Presente y fugitiva.
Sus incorpóreas palmas
Llueven sobre los seres
Un manjar infinito
E inefable que es menos
Que viento y más que pan.
Cuando todas las luces
Se apagaron, sus ojos
Contemplan todavía,
Y cuando al fin callaron
Todas las voces, todas.
Sus oídos sin fondo
Quedan aún escuchando.
Su cara tiene el gesto
De la vida, sus trazas
Miman la muda mímica
Del Destino; en sus ojos
Mira la eternidad.
Es ella si las huesas
Resucitan en flores,
Y cuando el viento aparta
Las semillas, y esparce
Favilas que ya fueron
Fragantes frondescencias.
Es ella, es ella, es ella,
Cuando el árbol hiemal
Funeral y espectral
Sus nudos negros brazos
Tiende hacia una invisible
Remota primavera.
Señora de los ortos
Y de los perigeos.
Tiene en su mano el radio
Del círculo y la oculta
Clave de la parábola.
Y así en la tela viva
Del tiempo traza el rumbo

Para las eutanasias
Y la curva proyecta
De las palingenesias.
Yo conozco a la Dea
Y he tocado el sutil
Flujo de sus imanes.
La vi sin verla un día.
La sentí sin sentirla.
Llegaba inmensa y honda
Como las primaveras.
Y en el silencio íntimo
Con que la nieve cae.
Su ser indefinible
Cual un efluvio mágico.
Fluctuaba en la leve
Sombra de Prometheo.
Tenía la indecisa
Realidad de los éteres;
Fugaz e intáctil era
La carne de un ensueño,
La sombra de una sombra;
Y así inmaterial era
Más vivaz que la vida.
Más eterna que el mundo!! “

Un poeta, un filósofo y un erudito se dieron la mano para componer esta obra monumental, tan rica de sustancias significaciones, que sólo está al alcance de humanistas versados en la tradición indo-greco-latina-occidental.

En cierto modo es un nuevo cuño de la lengua castellana, oreada por las brisas bruscas del genio indio; mas el verso indómito y flamígero, sabe la ciencia de transmutarse en tierna música de amor:

“Ninfa que fuiste el sueño de los lises!
Morbidez de jazmín, tez de azucena,
Curvas cicneales. anforales sesgos.
Lirado torso. oval y uval turgencia!
Blancor de luna en la apolínea pierna
Y albor de perla rosa en las mejillas:
Tal emergias al claror del día
Sobre el móvil tapiz del agua verde
Y bajo el palio azul del cielo tinto! “

¿Se comprende el alma apolínea en la urna de un corazón dionisiaco? ¡Tremendo destino! Fausto y Apolo se despedazan todos los minutos. De esa lucha inaudita, de la fusión inverosímil de ángeles y demonios, nace “La Prometheida”, lengua tenebrosa y seráfica, que bajo el velo de un mito griego, canta la grandeza desgarrada de los ásperos filos andinos, el dolor de una raza que se hunde en el olvido, y el trágico sino del hombre americano, planta sin raíces, queda mirando el poniente crece inclinada al orto:

“Son que desgarran el labio que lo canta
Con un vibrar de liras y puñales!
.....
“Sólo llorar un hado que ni entiendo
Y sufrir un dolor que ni merezco!.

De pronto el Ande, con la sensación vivaz de sus montañas:

“Y fue el eterno monte
Sacrosanto y terrible
Con sus riscos soberbios
Como erectos orgullos,
Con sus lóbregos cóncavos
Sonoros como cajas
De liras colosales!
Y el viento en las aristas.
El eco en las cavernas
Y aquel terror divino

Que habita la montaña“.

“La Prometheida“ evoca —por analogía— el clima sacro de las grandes epopeyas. Alienta el fuego intrépido en que parece que vive devorándose la honda poesía. Épica, lírica y dramática se confunden por sus versos. Tiene la profundidad metafísica, la majestad sonora, la epifanía cromática de los mundos poéticos totales, que por el contrapunto de los giros y las imágenes realzan la sublime variedad de las ideas. Sus estrofas fulgurantes traen resonancias de los Vedas, de Homero y de Virgilio, del Ferdussi y del Tasso, del Dante y del Ariosto, de Schiller y de Goethe, de Kleist y Zaratustra —genitores del espíritu moderno— sin que les falte una ciencia del corazón que las emparenta con Cervantes y los clásicos de Castilla.

Tamayo no buscó modelo para componer esta hermosa sinfonía de humanidad y de belleza. Bebió la “leche de leonas“, se saturó del aire primordial y sempiterno; y a semejanza de los maestros antiguos, trascendió en la lira su comprensión del cosmos. Por donde escuche el oído, recoge un verbo inmarcesible:

“¿Qué sordo son invade la llanura
Como remoto trueno tras los montes,
Como tumbo del mar lejano? Es Ares!
Eres tú que te anuncias agitando
La espumante cuadriga de tu carro.
Rasga el aire el clarín como una espada.
Las notas de su canto en los escudos
Que bruñe el sol encienden llamas vivas
y enarcan la cerviz de los caballos.
A su agujijón sonoro se desbordan
Terríficos torrentes. Canta el bronce.
Tumbos, asaltos, choques. Gime el suelo.
Volar de ruedas férvidas. Los carros
Trenzan el sibilante vuelo. Cintas
de llama. Espesa cáligo de polvo
Se alza. Se oye el chocar de las corazas
Y las espadas: fraguas de la sangre!
Vasto clamor ondula en la llanura,
Como la sábana del mar sonante.
Ares triunfa! Clarines y clangores! “

Si el plan de conjunto escapa al ojo, no es difícil desmontar piezas aisladas, creaciones maravillosas de un gran poeta. Así el saludo a la Aurora, que inicia la tragedia; el ditirambo a la Esperanza; el arribo de Ares; la exaltación de la Sangre y de la Lucha; la elegía al Dolor; los cantos de Psiquis y su despedida de la Vida; la invocación a Apolo; la aparición de Athena; los lamentos del Coro; el gorjeo de Melifrón; el suplicio de Prometheo evocado por Psiquis, son pasajes de admirable plasticidad, piezas que por sí solas constituyen síntesis artísticas.

Un mago de la forma juega sobre el viejo mar de las ideas:

“Reconozco la voz maravillosa
De mi viejo dolor maravillado.
Mas ¿fue siempre dolor el dolor mío?
Oh rara alquimia, tenebrosa magia!
Esto sin nombre que palpita en mí.
Antes fue sueño y fue después dolor.
Tanto era sueño que fue, al fin dolor.
Y es tal dolor que me parece sueño.
Tanto es dolor y tal que llega a sueño! “

Hay síntesis filosóficas de grave significación, como, aquellas que aluden a Prometeo devorado por su propio pensamiento; o las que, en alada alusión, bucean profundidades submarinas de la conciencia. Una vez más, el político y su experiencia viva sirven la técnica emoliente del artista, porque sólo quien padeció en grado extremo la miseria de los hombres. pudo expresar en versos tan justos verdades tan cabales:

"Vana es la sed de gloria
Que no se abrevó en llanto,
Y el grito de una boca
Que no es boca de herida! "

.....
"Un corazón se mide
Por la hoz que lo arranca".

.....
"Sólo el hombre oye al hombre,
Ni hay puentes ni senderos
Sobre el piélago azul! ".

.....
"Misterio de misterios,
Que estupeface bestias
Y encoleriza Dioses!
Una miel luminosa
Los leves labios unta
Del hombre, y es su verbo.
A su conjuro sacro
Rompen rejos de oro
Las tenebrosas rocas,
Y aran quillas de plata
Los turquesa dos piélagos!
Los mármoles letárgicos
Cantan las formas vivas
Y los carbones sordos
Se hacen cristales líricos".

.....
"El solo imperdonable
Pecado, la grandeza..

La pasmosa pedrería de la espuma verbal, no apaga el frescor de una inspiración siempre lúcida. Es el canto de una cultura que declina. Dos, tres, cinco mil años de ciencia y arte se vierten por esta penumbra sinfónica; y aunque el ojo es menos que la esfera, el hombre, fragmento del cosmos, integra al universo con sus seres. He aquí la Noche:

"La sombra es enigmática y divina.
¿Será la noche
Más divina que el día y más potente?
ascua diurnal de los rubies igneos!
Llama triunfal de los diamantes vigiles
Cantad la gloria dé la luz que duerme
Cual una esencia en los zafiros negros!
La noche empapa allí sus alas lóbregas
Cual en taza de místicos cristales,
Y el vuelo de sus plumas silencioso
Tiende. como cendal de sombras lúcidas.
Visionario sopor sobre las cosas! "

Luego la redención del alma por el dolor:

"Serenidad! Ni viento ni torrente
Quiebra el rayo de luz: dardo de oro
Perfora infrágil. ilumina inmóvil
Cataratas y vórtices. ¿Qué sabes?
Un corazón que sangra es que florece! "

Ahora las frases acuñadas con el áureo relieve de la cumbre:

"La espuma hierve en cuencos de zafiro".
.....
"Palacio especular de jade límpido".
.....
"Su cabellera azúrea esparce al viento".

Y después la elegía sencilla y condensada, donde el viejo tema reverdece de ternura:

“Dolor, dolor, dolor!
¿Conoces el dogal
Que anuda las gargantas
Que se dicen adiós?
Y el silencio sin lagrimas
Con que se entierra un sueño
Muerto en el corazón?
Tremor de despedidas,
Verano que se parte,
Valle que muere ya!
Mustias sombras errantes
De las melancolías;
Funerales tambores
De los otoños pálidos!
Crepúsculos supremos!
Tristeza de tristezas!
Decidme la congoja
De un sueño que se entierra
Muerto en el corazón! “

Cuando el hechicero ha embrujado la mente con sus leficios —perversidades retóricas, lidias eufónicas, giros inauditos— suelta los vientos que alelan el oído. Así el gorjeo sutilísimo de Melifrón, ruiseñor invisible:

“Oílo, oílo, oílo
Tremar como un pistilo
Eréctil y vibrátil.
Era el misterio umbrátil
Sutil, sutil, sutil,
Gentil como el abril
Y hostil como el reptil.
Era el misterio errátil,
Volátil y versátil!
Roto el fatal sigilo,
Oílo, oílo, oílo,
Oílo. oílo. oílo! “

.....
“Y reílo, reílo, reílo,
Mi pico cual un filo
Punzón de oro afilo,
Y en él como un cairel
Baila el misterio aquél,
Y es el secreto hilo
Que en mi trinar deshilo.
Oh son que el bosque cela
Y ulula, alela y vuela!
Rompi el fatal sigilo
Y reno, reílo, reílo! “

.....
“Hilo de agua tranquilo
Que en la sombra deslíes
Mis dulces frenesíes
Y el cristal que destilo!
Hilo de agua tranquilo,
Si sabes el sigilo
Que en mis trinos instilo,
Oh dilo, acuátíl hilo,
Dulce hilo, dilo, dilo! “

.....
“Tilo en que el nido asilo,
Alto coposo tilo,
Si sabe tu suave
Follar mi verbo de ave,
Tilo en que el nido asilo!
Al hombre que intranquilo
Sabe que nada sabe,

En su lóbrego silo
Oh tilo, dilo, tilo, dilo, ti-
lo, dilo, tilo, dilo, tilo, di! "

¿Por qué este desorden analítico, esta deliberada confusión al vagar por el océano lírico de "La Prometheida"? ¿Por qué no el análisis metódico, conforme a plan, de una crítica precisa? ¿Por qué la dispersión y no la síntesis panorámica?

La tragedia de Tamayo obedece a un esquema geométrico, de técnica impenetrable. Pitagorismo ancestral, posee un sentido interno de la forma que sólo se atisba a través de la cambiante vibración de sus ritmos y sus metros estróficos. 4037 versos eslabonan un himno solemne que bascula peligrosamente entre tumbos ideales y retumbos idiomáticos. Como la música de los grandes maestros, requiere el oído ejercitado y el gusto alerta. Un pasaje, una estrofa, apenas dan la llamarada de la hoguera que conciertan las imágenes. Como toda epopeya, como todo gran poema lírico "La Prometheida" yergue una imponente arquitectura. Es la catedral gótica, de mil agujas agresivas y torres mutiladas; por sus veredas aéreas se pierde el lector; atendiendo al detalle se esfuma la perspectiva; mirando al conjunto se disuelven los contornos. Un griego resurrecto, un europeo escéptico y sapiente, un indio americano indómito y estoico, anudan sensibilidades en la fiera lid poética. El pensador da el zarpazo interno a las cosas. Sueña y se eleva el poeta. Define el filósofo. El hombre da su sangre. Su música el lirida. Y al fin el artista, criatura de Apolo y de Dionisos, arroja el triple dardo centelleante: neogriego, fáustico y andino.

Con lengua apotegmática, el poeta apostrofa al mundo vivo. El Coro saluda la llegada de Apolo; y en fibra heroica, relievase el fondo semillante del politeísmo:

:

"Yo canto el quinto cielo!
Recóndito poder que geometrizas
En la flor, el cristal y los zodiacos,
Fauna astral! Tú las cataratas abres
Del mar opalescente y latescente
De la idea, y en él te miras! Labras
Las formas vivas, escultura eterna,
Y el sueño arquetipal de sus contornos
Sobrevive a las cosas. Te obedecen
La línea y el instante. Tú compasas
Nadires y zenits, y tú edificas
Las trigonometrías genitales.
Por ti hasta en lo arrítmico hay un ritmo
Desconocido o superior. Lo que anda,
Lo que serpea o lo que vuela, todo
Responde a un logaritmo que hace estrofa!
Por ti las mentes prenatales trenzan
Sus fijas criptogamias que más tarde
Serán epifanías. Diste el radio
Del astro y la pupila. La naranja
Como el cielo circuíste en doce partes,
Fruto sacro. Contó en su mente el mar
Sus olas, cual sus pétalos el trébol.
Tú diste al cráneo pensativo el molde
De la bóveda astral..."

"La Prometheida" es la inmortal historia del alma inmortal. Es el maravilloso periplo de las almas todas, el tránsito angustiado del pensar y del sentir. Por eso Psiquis se pierde en la lejanía, como se pierden las almas, a la caza siempre de sí mismas. Acaso éste es el sentido último de la tragedia de Tamayo: un transmutar la metafísica en símbolos líricos. La historia de un alma ¿no es el drama de la naturaleza? Y al cabo el poeta buscando definir lo indefinible infunde el soplo divino a sus criaturas, corno lo enseñaba la sabiduría antigua: la verdad, ha de enseñarse sólo por transparencia; y el sino las almas, magno misterio de la creación, puede ser entrevisto, pero no explicado.

Nadie sabe cómo se transfunden los carbones en cristales. Ni su incógnita geometría. Ni su radiar nocturno y misterioso. Pero podemos ver cómo fulge un ascua del gran diamante negro.

"Oh infinita epopeya
 Del vasto mar genial!
 Yo he visto los embates
 De las salobres aguas
 Y las apoteosis
 Del piélago cantor!
 Los matinales tumbos
 En que se lava el día,
 Las trombas espirales
 Cual torres de esmeralda,
 Las marejadas nómadas
 Como palacios ebrios
 Y el regio orgullo que hincha
 La vasta pleamar!
 Yo sé la faz de esfinge
 De los verdes escollos
 Y el florecer de mármoles
 Que son los archipiélagos.
 Yo sé el nidal de nácares
 De las borrascas gélidas,
 El rencor tumultuoso
 De las resacas álgidas
 Y las corrientes sordas
 Como ríos traidores!
 Yo sé el falaz espejo
 Bajo el bajel sonámbulo,
 Y en la noche letárgica
 Los imanes recónditos,
 Los fósforos fugaces
 Y los rumores mágicos
 Del pérfido cristal.
 Yo sé el canto del nauta
 Sobre las proras frágiles,
 El verde sortilegio
 Del agua en su pupila,
 Y el alma que tremola
 De ola en su barcarola!
 ¡Oh vértigos y vórtices!
 Yo he bebido, he vivido
 El poema del mar! ".

Dejemos ya este filtro de culturas, inabarcable como "Fausto", la "Commedia", las visiones de Patmos, distinto siempre a la interpretación del lector. La fusión imposible de Apolo, Fausto y Wirakocha, espera todavía la ciencia definente de un crítico sagaz. Ojo profético que recoge mundos desvanecidos y anticipa orbes incógnitos, "La Prometheida" es el diamante negro de la poesía americana. Es también la clave más intrincada y más completa para aproximarse a grande artista; estética, psicológicamente, no hay mejor a torretrato de Franz Tamayo.

La primera tragedia lírica es una victoria y una derrota; victoria interna del artista; derrota exterior del hombre y del político, rechazados cada vez con más fuerza por el medio.

Tamayo tenía dicho: el pensador americano debe usar dos lenguajes; uno infantil, casi pueril, para hablar a sus demás coterráneos; y otro viril y completo para hablar a sus demás *coetáneos*. La experiencia iba a demostrar la regla ensanchando sus límites. Todos callan ante el libro estupendo.

En 1917 se agotan mil ejemplares de "La Prometheida". A excepción de Daniel Sánchez Bustamante que la comenta con inteligencia, los bolivianos enmudecen. Faltan varios años para que un crítico alemán la señale como un monumento de la lírica española. Entretanto, ¿cuál es la cosecha para el sembrador? Se requiere experiencia directa del medio aldeano; una idea general, siquiera aproximada de lo que fue la vida paceña hace un cuarto de siglo, para comprender, a la distancia, el drama del escritor.

Largos días, semanas de silencio. De pronto los clásicos "acuses de recibo" de los diarios, que se "reservan para más tarde el estudio detenido de la obra". Aquí una pulla. Allí la alusión malévol. Tácitamente, los criticastros se entienden; no es por consigna, sino por resultado lógico en la atmósfera de tierra adentro, que los libros excelsos se convierten en presa fácil de los Zoilos

criollos. Se juzga —cuando se juzga— una obra por el primer capítulo; a veces por el título. Las ideas del autor apenas sirven para que el crítico elucubre pensamientos marginales. Prologuistas y enjuiciadores la manera de Valbuena o Bonafoux, son las dos plagas de literatura sudamericana. Se habla de lo que no se conoce; define lo que no se comprende. Cualquiera patán, con trazos de humo, pretende borrar lo que está escrito con sangre. Cuando la naturaleza concede al crítico algún talento, se aplica en la apreciación unilateral; a destacar siempre los defectos, jamás las excelencias. La Paz, en 1917, es una aldea grande; y como todo ambiente provinciano, tiene sus críticos trechos y enconados. Todos hablan, casi nadie escribe; al fin y al cabo, la lengua hace más daño que la pluma. ¡Eterna crueldad humana; quien no pueda ascender a un asunto, rebaja al nivel de su propia mediocridad!

Un día, el rencor vengativo de un émulo forja el arma que más daño causa al poeta, ahondando la incompreensión del medio. “Tamayo —dice en un artículo de prensa el Zoilo— un “olímpico” que sólo trata con los dioses. Infelices bolivianos! ¿Cómo podrían ellos, perezosos, incultos e impreparados comprender al Zeus de “La Prometheida”? Tamayo desprecia lo americano, olvida el pasado legendario de Bolivia prefiere refugiarse en el orbe heleno. Es un desertor!»

La intriga cunde fácilmente, Tamayo debe ser un poeta enloquecido por la ambición. Anónimos, epigramas, chascarrillos circulan por doquier. Las caricaturas políticas, presentan al genial mestizo vistiendo la túnica griega en plástica con los dioses del Olimpo. Cuando la “barra” es opuesta a sus discursos, saltan los insultos: “¡Fuera Júpiter! ¡No queremos oír a Prometeo!” Aquellos que por curiosidad o esnobismo compraron un ejemplar del libro, lo abandonan a las primeras páginas; y es claro, cuando hay dificultad para comprender, lo más cuerdo es sumarse al descontento general: “Prometheida” debe ser obra de un chiflado, de un ególatra que se juzga superior a su medio.

Los diarios sugieren una campaña de nacionalización literaria. ¡Carta de ciudadanía al espíritu! “Hay que estimular a los poetas bolivianos de ética y de estética —sostiene un periodicucho—. No podemos exaltar a los tráfugas olvidando los leales. Necesitamos bardos más auténticos, más human menos artificiosos, que no dialoguen con los dioses, sino con seres humanos”.

Clausurado “El Fígaro” por disidencias internas, Tamayo funda “El Hombre Libre”, tribuna de combate que prosigue la defensa de la doctrina radical. Desde la dirección del nuevo diario, el poeta sonrío despectivo. Sabe que su tragedia calza espuelas de oro. No ignora que tarde o temprano su subsistirá del naufragio de las pasiones. Calla, sonrío y espera. De cuando en cuando, como única respuesta, publica cartas del exterior, voces aisladas que sin desentrañar la obra, manifiestan franca admiración.

La segunda batalla se libró en el campo de las suposiciones. El plagio, mejor dicho la acusación de plagio —tan frecuente en medios incultos— fue el arma favorita de los adversarios. Tamayo no replicó a sus enemigos. Los pretendidos plagios, se desvanecieron por sí mismos, sin mellar alta, mas dejando maltrecho al hombre. “Tamayo se viste con plumas ajenas” —fue el reproche de los tontos.

¿Es tan fuerte este hombre, tan sólido su orgullo, que puede resistir todos los ataques? No; hay un resorte que todavía no se ha tocado. Tras una campaña sistemática de difamación, los adversarios libran la tercera batalla, con una táctica “quintacolumnista” que haría honor a los procedimientos totalitarios.

Cansados de parodiar los pasajes esenciales para ridiculizar al poeta; fatigados de urdir acusaciones por supuestos plagios los enemigos deciden herir al hombre en su punto más vulnerable: la soberbia, talón de Aquiles de todo grande artista.

Cierta mañana, sobre la mesa de redacción de “El Hombre Libre”, aparece un sobre misterioso: dentro viene una crítica de muchas cuartillas, hablando de la incompreensión ambiente, de la genialidad del poeta y —lo que es más— analizando lúcidamente los valores éticos y artísticos de “La Prometheida”, El meritorio estudio lleva un seudónimo por tratarse de un hombre modesto —dice la carta que lo acompaña— que no puede comprometer su cargo yendo contra la corriente. Tamayo se sorprende por la erudición, por la sagacidad del comentarista. No es un estudio completo de su poema; pero aún abarcando sólo ciertos aspectos, revela conocimiento, criterio madurado y sensibilidad literaria. La desconfianza india apunta en su pecho.

—No la publicaremos todavía...

Pasan dos, tres, cuatro días. Los redactores alzan el grito al cielo, Algunos amigos protestan. “¿Vamos a permitir que prosiga la difamación? Hay que dar una lección a los vales. La crítica es excelente, justiciera, digna de “La Prometheida”; y debe publicarse para honra no de su autor, mas las letras bolivianas”.

Vencido por la insistencia, Tamayo reproduce el comentario, Dos días después un diario adverso al radicalismo, registra con grandes caracteres la acusación: “Tamayo, maestro de simulaciones”, No hallando críticos espontáneos —dice anónimo denunciante— para su artificiosa obra, Tamayo fabrica por sí mismo, eligiendo nombres supuestos a fin autoelogiarse. ¿Quiere pruebas el lector? ¡Pues allá van! Y entre ellas ésta, contundente, agobiadora, irrectificable; la célebre crítica publicada en “El Hombre Libre”, no pertenece a ningún imaginario “Pertinax”; es una hábil mimetización de los conceptos fundamentales vertidos por Saint-Víctor acerca del mito prometeico, en su libro “Las Dos Carátulas” monumento del teatro clásico. Todo lo atribuido al poeta boliviano —cambiando palabras y situaciones— pertenece crítico francés, sagaz discriminador de la tragedia esquiliana. “¡Admirables recursos de la vanidad literaria! Magnífica superchería —concluye el denunciante— digna del genio de un gran farsante! “

Tamayo ignoraba la existencia de la inmortal obra de Paul de Saint-Víctor; he aquí explicado cómo pudo caer en la indigna celada de sus adversarios. Pero la reacción fue categórica; herido en su dignidad de hombre y de artista, el poeta prohíbe toda defensa. Fácil le habría sido demostrar que el anonimista de “El Tiempo” era el mismo urdidor de la “crítica” reproducida por “El Hombre Libre”; mas cerrándose en un mutismo helado, no vuelve a cruzar palabra sobre su tragedia. Por obra de la envidia, “La Prometheida” es destruida social y literariamente, cuando comenzaba a vivir. Su genitor la sepultó en lo más recóndito del alma, allí donde no llegan los zarpazos de la bestia humana.

Muchos años después, en plena sesión de Congreso, defendiéndose de ataques políticos, el hombre recuerda con amargas frases la desventura del poeta.

—Para mí —declara Tamayo— las explicaciones están demás. Soy fatalista. Hace más de quince años publiqué un libro. En esos momentos hallábame empeñado en luchas políticas, como lo estoy ahora, contra una mayoría que me abrumó con su voto. En esa hora salió mi poema. Y la pasión, no pudiendo coger al hombre vivo, tomó la obra para destrozar la. Yo permanecí callado. Me estuve quieto, a pesar de contar con un diario propio. Y cuando alguien me aconsejó defender “La Prometheida” debí responderle: “La obra de arte no se defiende. Si es mala se hunde en el olvido. Si es buena, a pesar de todo será pedestal para su autor”

He aquí la trágica historia de la más insigne obra poética brotada de pluma americana.

Los años siguientes pertenecen al político. En 1917, al asumir el poder Gutiérrez Guerra, nada deja entrever la ruina liberal. Existe un partido de oposición, fuerte y activo hay descontentos, como siempre; pero cuando Montes resigna el mando por segunda vez, deja las cosas en orden. La gran minería, convertida en la primera fuerza del país, marcha de acuerdo con el partido de gobierno. La fuerza política, la potencialidad financiera, las Cámaras dóciles, todo contribuye a sostener la hegemonía liberal. Cuando las cosas se descomponen más de lo preciso, el estado de sitio —vicio americano tan nefasto como necesario— pone a cada cual en su lugar recordando el poderío de los que mandan. El 5 de diciembre de 1917 se lleva a cabo la célebre acusación al ex - presidente Montes. Hay tiros y heridos en la plaza Murillo. Gran alboroto en las Cámaras. La crueldad montañesa, no contenta con atacar al político, se ensaña con el hombre: los opositores acusan a Montes de haberse llevado los muebles del palacio y otros latrocinios indignos del caudillo. Montes se defendió con entereza; levantó uno por uno los cargos que se le hacían; y terminó apostrofando —ya simple ciudadano— a sus enemigos: “¡Yo piso y paso! “. La frase hizo época mas no bastó para conjurar la tempestad. Sobrevino el estado de sitio, desterróse diputados, se clausuró diarios y la acusación se desvaneció. Una vez más el liberalismo dominaba la tormenta.

¿Qué papel juega el jefe radical en la ofensiva contra el montismo?

Con el ultraje inferido al poeta, crece el orgullo despreciativo del hombre. Existen anécdotas incisivas de ese tiempo en que, sin resignarse al aislamiento del artista, Tamayo, aún combatiendo políticamente a los liberales, acentúa su pugna con el medio.

Los universitarios quieren atraer al fuerte pensador de “La Creación de la Pedagogía Nacional”, mas sus esfuerzos son vanos. Las respuestas bruscas, las salidas de tono, le restan simpatías en la masa estudiantil. Otras veces su cólera se desfoga contra personas respetables,

como ocurre en cierta ocasión que, disertando sobre un tema cualquiera, el orador es interrumpido por un curioso que oyó mal:

—¿Como...?

Y la respuesta estalla como un latigazo:

—¡Tamayo no repite!

La juventud goza con esta vitalidad robusta, con este andar de puma, siempre dispuesto al salto, que se da de zarpalos con el medio. Pero los felinos son difíciles de amansar. Y así como un abismo se abre entre la ingenua admiración juvenil y la madura experiencia del pensador, un río de aguas profundas corre entre la universidad y la política. Enseñar... ¿Qué? ¿A quiénes? ¿Y por qué? No acabamos de terminar el aprendizaje de nosotros mismos, y habríamos de perder energías en educar a los demás. Dictar una cátedra, bien. Dirigir, formar generaciones, es empresa de apóstoles no de luchadores. Derribar al liberalismo será cosa más útil. Y acaso... acaso haya campo menos estrecho para sociólogo que sueña en convertirse en derribador de gabinetes.

Tres años de intensa lucha política. Rechazando enérgicamente toda proposición revolucionaria, Tamayo lucha, como siempre, como solitario. Respeta la ley, las instituciones; se somete como ciudadano al gobierno legítimo; combate como político, sus métodos y sus errores; combate de frente, sin hacer acción demagógica. Por eso, cuando llega la hora de ajustar cuentas, el gobierno deja tranquilo al intransigente admonitor de "El hombre Libre", cada vez más agrio, más acometivo, que después de fugaces escapadas a las fincas del altiplano, para vigilar sus cosechas, retorna con renovado brío a la brega.

En los años posteriores se inicia la escisión liberal. Radicado el caudillo en París, Gutiérrez Guerra carece de energía para imponer el orden. Hábil banquero, aun teniendo dotes de estadista, le falta esa férrea voluntad que es lo único que afirma a los gobiernos criollos. No es en el sentido profundo del término un político, sino un hombre de negocios inacostumbrado a manejar grupos y pasiones. Los capitanes de la minería y de la industria comienzan a combatirse con encono llevando su división al propio gobierno. El caso "de alcoholes", hizo crisis de la descomposición interna. El liberalismo, que ya ha soportado el cisma de los republicanos, se ve frente a una nueva y más peligrosa escisión; divídese el partido en liberales —patifistas y liberales —antipatifista. Apoyan los primeros la política del rey del estaño, los monopolios, el predominio inmoderado de la grande minería, Sostienen los segundos —bajo la apariencia del interés fiscal la necesidad de equilibrar el juego de las fuerzas económicas, para imponer nuevos monopolios y permitir que otras influencias contrarresten la hegemonía minera. En el mismo gabinete, hay ministros patifistas y antipatifistas. La cuestión alcoholera ocasiona los primeros discursos socialistas el parlamento boliviano —1918-1919— pronunciados por liberales: Tejada Sorzano y Martínez Vargas, atacan rudamente el monopolio concedido a Patiño, defendiendo la conveniencia fiscal. ¿Hasta qué punto fue sincera esa actitud y hasta que otro representaba la resistencia contra la política del patifismo? La historia despejará la incógnita. Sin esa fractura su organismo interno, que aparejó la confusión ministerial, el debilitamiento de las mayorías parlamentarias, la lucha económica y la división de las ideas, el liberalismo acaso habría prolongado su permanencia en el poder.

Aprovechando la anarquía del adversario, hábilmente estimulada por influencia de otros magnates como Aramayo y Escalier, a quienes resultaba pesada la sombra de Patiño, la oposición arreció fuegos. El tribuno Salamanca en el parlamento, el sociólogo Saavedra en la prensa, abren brechas en la confusión liberal. Los pueblos sudamericanos son veleidosos, aman la mudanza; aunque no hubiesen existido razones de grave descomposición interna, veinte años de liberalismo era mucho soportar. En nombre de una libertad que no entendían, combatiendo un despotismo provocado por su misma intransigencia, los republicanos fueron ganando terreno en el pueblo.

Había otra causa, que la oposición supo explotar oportunamente: Montes era «practicista». Desde París, pide Tacna y Arica —puertos peruanos detentados por Chile— para Bolivia, en tanto que los republicanos enarbolan el pendón de la reintegración marítima de nuestro litoral; recuperar todos los puertos bolivianos perdidos en la Guerra del Pacífico. Quien no participe del ideal "reivindicacionista", es un "vende-patria" según la prédica opositora. Y el pueblo, como siempre, se deja engatusar por el señuelo utópico y romántico.

El jefe de los radicales juega un papel activo en el derrumbe liberal. "El Hombre Libre" es una batería certera contra las posiciones del gobierno. De los epigramas sarcásticos, de los artículos tendenciosos, de las críticas muchas veces injustas, arranca la profunda enemistad que le profesarla el general Montes. Caen gabinetes bajo la enérgica admonición del tribuno. Tamayo

gana muchas batallas parlamentarias y polémicas que otros aprovechan. Cuando la caída es inminente, faltando pocas semanas para que el edificio se derrumbe, el gran mestizo cesa de golpear. A otros queda reservada la misión del chacal.

El 12 de julio de 1920, un cuartelazo liquida el régimen liberal. El partido republicano sube al poder. Y sigue lo de siempre; manifestaciones callejeras, persecuciones, brotes de rencor. Terminan veinte años de privilegios para unos y se inician diez para otros. La Junta de Gobierno comienza por desplazar de la administración a los liberales y los reemplaza con republicanos. Nuevos órganos de prensa. Declaraciones optimistas. Meteóricos programas de reconstrucción nacional. Las revoluciones criollas sacuden el alma colectiva Poco importa que los programas queden en el papel; los pueblos han vivido días de emoción intensa; y la ilusión, cuando es sincera, también tiene su valor psicológico.

En la casona de la calle Loiza un hombre mira desde su conciencia. ¿Qué significa la revolución republicana? Había un programa; extirpar el fraude electoral, devolver su independencia al parlamento, garantizar los derechos individuales contra el abuso de los gobiernos, moralizar la administración, sanear la economía pública y privada. “El sistema republicano —proclama Saavedra— es un régimen de libertad; hay que devolver al pueblo el gobierno de la nación”. La intención no pudo ser mejor. Pero frente a ella están veinte años de paz y actividad. Los liberales han puesto las bases de la nación moderna: escuelas, ferrocarriles, ejército, caminos, industrias, comercio. Es verdad que al último el progreso material se empaña por la perversión de los hábitos; política y socialmente el liberalismo se ha descompuesto desde adentro. Ausente el caudillo, se aflojó todo el tejido conjuntivo del sistema. El poder corrompe —dicen los antiguos. ¿Habrá llegado la ansiada redención? Dos ligeras sombras oscurecen el horizonte; también los republicanos han cometido fraudes electorales; también sedujeron al ejército y lo mezclaron en la lucha civil. ¡Ironías del destino! El partido de la depuración nacional sube con las manos sucias. ¿Pero qué son dos lunares en la aurora naciente? La razón dice: “Es el triunfo de los descontentos”. El corazón dicta: “Son los reformadores; confiemos en su acción”. ¿Quién irá al gobierno? ¿Salamanca, el tribuno insigne y austero? ¿Escalier, el patricio radicado en Buenos Aires, médico, político y hombre de fortuna? ¿Ramírez, el famoso “pico de oro”, orador, polemista y abogado? ¿Saavedra, jurista y sociólogo, panfletario y nervio de la revolución? Cualquiera que sea... La cuestión es renovar ideas y sistemas; cambiar personas. Que un Tamayo pueda ser ministro de Estado. Que los mestizos y si es posible que los indios se sienten en el parlamento al lado de los blancos. ¿Es, la revolución social? ¡Exactamente: la revolución social! ¿Con quiénes gobernará el republicanismo? A excepción de dos plutócratas y algunas figuras políticas de prestigio, en realidad las élites militan al frente. Se acabaron las castas familiares y la perpetuación de los cargos. ¡Rotación, rotación! Detrás de los líderes republicanos, detrás del jefe radical, que tuvo su parte en doce años de lucha contra el liberalismo, acude el pueblo, la nación toda. ¿Pero quiénes fueron Pando, Saavedra, Salamanca, Ramírez, Tamayo? Ex-liberales, productos del cisma. Entonces ¿contra quiénes va la revolución? Contra los amigos de ayer trocados en adversarios. ¡Bah! Escrúpulo vano. La política es la política. La mente humana, organismo vivo, está sujeta a constante mudanza; sólo el mineral persiste. ¡No! La revolución va contra la aristocracia nueva creada por Montes: la aristocracia del dinero, la burguesía adocenada y servil. El liberal ha sido el hombre de consigna. La revolución destruye al hombre de consigna para imponer al ciudadano consciente y responsable de sus actos. ¿Es un mito la democracia? Tampoco; ahora comienza su realización práctica. Un diputado podrá fulminar, con un solo discurso, todo un gabinete; un periodista hará tambalear al gobierno que se sienta más seguro; y el pueblo elegirá (¡suprema virtud!) a los mejores, rechazando el billete de banco y las seducciones engañosas. Ahora podrá don Franz Tamayo imponer su célebre principio de ética política: en materia electoral, ni compro ni vendo. El voto debe ser libre, austeramente democrático.

El soliloquio se interrumpe. Por la puerta entreabierta llegan voces infantiles. El hombre sale de la biblioteca y regresa con algo entre los brazos; es un pequeño envoltorio, por cuyos pliegues asoma la carita morena de un infante. ¿Hay algo más delicado que una criatura? Los ojos menudos miran sin comprender, vagan sobre las cosas; a veces las mejillas se pliegan en la ternura de una sonrisa; sonidos entrecortados brotan en adorable confusión. Los otros niños juegan en el patio. Este es el tercero, el más tierno, el más urgido de protección. La paternidad ¿no es una larga y constante protección? Al cabo ¿por qué se lucha, para quién se lucha? Puede un artista olvidar temporalmente sus obligaciones familiares; el hombre no tarda en refugiarse en ellas.

Son la sal de la vida. La política misma ¿no es un anhelo de mejorar la sociedad para los que vienen después? :Los.: hijos, los hijos... ¡cuánta promesa venturosa! Estos tres aguiluchos crecerán en la soledad; irán a la escuela, se confundirán con los demás, escalarán su puesto en la sociedad no por el rechazo sino por la simpatía. Educación de príncipes; trato de gente modesta. No hay que echar réprobos al mundo, sino almas sencillas. El arte, el gran arte: tragedia y poesía... la política, ciencia de gobernar a los pueblos... y el tercer enemigo, el más difícil; la convivencia con los demás. ¿Por qué tierna gacela se trueca en león? Nacido para la bondad, hombre termina siempre cruel. ¿Qué? ¿Lágrimas. ..? ¿Lágrimas sobre la faz del indio indómito? Franz Tamayo no se doblegó jamás ante el destino. Pero esas voces que suben del patio, ese sol que invade la estancia, este pequeño envoltorio entre los brazos, esa vaga presencia de los peligros que acechan a los futuros ciudadanos; este orgullo mezclado de sobresalto, esta ternura revestida de fiereza, vamos, tonterías! La puerta se abre con violencia:

—¡Llévate a los niños!

La Junta de Gobierno recuerda al antiguo compañero de luchas. Juntamente con otros personajes, Tamayo es designado Delegado de Bolivia ante la Sociedad de las Naciones. Planteará, en Ginebra, la reintegración marítima del país. Nada obtuvo, hasta entonces, en un sentido práctico, el reformador. Nada el sociólogo. Nada el jurista. Avasallado por la contradicción mestiza, el político debió ceder al artista. Cosecha estéril —dirán los émulos: discursos, papeles, conferencias, ensayos, ¡bah! ¿Y la siembra de ideas?— replican los admiradores. El sudamericano es polígrafo y versátil. Si Tamayo no ha dejado un cuerpo sólido de doctrina, su intervención en la vida pública ha removido muchas cosas. Ahora se sabrá si el demoledor es capaz también de construir.

“Tamayo —juzga un observador imparcial— se extravió por los caminos de un cuerpo nacional desarticulado. Su voluntad, su energía se gastaron en la fricción con los hombres. Su inteligencia creadora, orientada a fines de organización social, ha debido embotarse contra la indisciplina y la abulia colectivas. Veámoslo actuar ya desde un alto cargo, con responsabilidad propia...”

Un ser en perpetua contradicción consigo mismo. ¿No descubre el enigma “La Prometheida”? Psicológicamente, el artista debe imponerse al político, porque tiene todas las virtudes de aquél y ninguna de las malicias del segundo. Una más, la contradicción realiza su obra: en 1920 si no el político, el espíritu civil vuelve a derrotar al artista. “El signo más agudo de la vida: la pasión”. Con esa pasión impetuosa característica del genio romántico, Franz Tamayo, jurista y diplomático, parte a Europa, para defender los derechos de patria. Es el tercer viaje transatlántico.

—Don Franz —inquieta uno de los compañeros durante la travesía—:¿se le ocurre algún otro argumento jurídico? Habría que reforzar el alegato...

—¡No! La causa es justa. Huelgan argumentos después los que ya reunimos. Pero se me antoja que será difícil hacer entender el lenguaje de un pueblo chico, donde todos son grandes.

La mediterraneidad de Bolivia fue planteada en París, tiempo después de los 21 puntos wilsonianos. “He aquí menta Mr. Pichon— una prueba de fuego para la Liga! “ Pese a la clásica desarmonía interna —jamás desmentida— en nuestra historia diplomática— la delegación boliviana se desarrolló discretamente; no podía aspirar mejor recompensa en medio tan complejo. La victoria final debía esfumarse detrás de la discordia de las grandes potencias.

“La demanda boliviana es tal, tan cierta —subrayó “Le Temps”— que de su resolución depende la vida, la estabilidad misma de la Liga de las Naciones”. Tan evidente fue la previsión, que desde el punto en que se pasó a una comisión el gato boliviano, con el propósito deliberado de encapetarlo, la Liga de Naciones decretó su propia ineficacia. Veinte años tardaría en derrumbarse.

Los delegados bolivianos retornan con las manos vacías. ¡Justicia...! Derecho...! ¡Palabras huecas! El mar sigue infranqueable a la montaña.

Es duro volver con la derrota; pero cuando se ha puesto pasión ardiente en servir al terruño, es más doloroso caer apuñalado por la espalda. A los pocos días de volver a La Paz, diario publica la “nota reservada” que uno de los delegados remitiera a la Cancillería, censurando la conducta del señor Franz Tamayo. ¿Qué se critica? La independencia de carácter, las excentricidades, la inteligencia superior del hombre representativo que no puede someterse a sus impares. por quién? Precisamente por el colega más extremoso, por el menos capaz de los miembros de la delegación. ¡Perfidia altoperuana!

¿Qué ha ocurrido entretanto en el Ande?

La Junta de Gobierno estaba formada por Saavedra, Escalier y Ramírez; un kolla, un expatriado y un chuquisaqueño. A juicio de los círculos políticos, ninguno debía ser presidente: el poder correspondía a Salamanca, jefe de la oposición. Correspondía... Pero el kolla, astutamente, tendió sus redes; y cuando sus colegas de la Junta quisieron reaccionar era ya tarde: no se llama al pueblo para elegir nuevo presidente, acudiéndose al voto de la Convención; Saavedra, encargado de la Cartera de Gobierno, ducho en politiquismos, logró mayoría en su favor. El primer presidente republicano entra a palacio suplantando la voluntad popular. La nación tiene un nuevo caudillo.

Antes de asumir el poder, el republicanismo soporta cisura inicial; habrá republicanos saavedristas y republican "genuinos". Saavedra queda con un puñado de amigos y un gran masa popular en La Paz. Salamanca y Escalier agrupan a los descontentos, y sumándose a los liberales, desenvuelve durante cinco años, la más enconada oposición de que ha memoria en nuestra historia. Subsisten liberales y genuino programas y jefes diferentes, mas la meta es una sola: derrocar al nuevo caudillo.

El jefe radical tiene el pudor de los soberbios. La derrota diplomática lo hiere en lo vivo. Los primeros meses transcurren en el retiro familiar; nada indica si se sumará al huestes oficiales o a los núcleos de oposición.

"Ayllü" —Dice el sociólogo— es la familia andina de tipo patriarcal, cerrada como un electrón, que, aprisionada entre un rincón de montañas, subsiste como expresión eterna de pre-historia, acechando el drama de la evolución americana, en el cual no participa.

Tal vez las palabras anteriores puedan aplicarse, en cierto modo, a la intimidad hogareña de Tamayo.

Hay mucho de aislamiento, de disciplina y desconfianza indias; algo trasciende al "ayllu" milenario, en este enigma todavía insoluble; nadie conoce el medio familiar del poeta. Mujer e hijos viven aislados del mundo, bajo la férrea vigilancia del señor del "ayllu", cuya individualidad solitaria rechaza la intrusión externa. Su hogar es cosa aparte. Los visitantes que se retiran ganados por la fineza del anfitrión, nunca han visto en sus salones a los familiares. Las células del "ayllu" crecen mirándose entre si. Para la sociedad no existe la familia de Franz Tamayo. Para Franz Tamayo no existe la sociedad.

Cuarenta y cinco años; madurez física y mental. Terrible juventud del alma, devoradora voluntad. Hay una etapa de transición. El poeta prepara sus libros, el sociólogo estudia, el político se disciplina. Los admiradores discrepan:

—Este don Franz... Tiene un modo de acertar en el nudo de las cosas. Nunca dice cosa que no sea aprovechable. ¿No es admirable? ¡Y cómo interpreta a Beethoven...! Yo no entiendo de música, pero la pasión con que toca me sacude. Y al lado de todo esto ¿cómo explicar sus rarezas?

—Se puede ser un maestro para los demás, y un destructor de si mismo.

¿Qué se sabe, por aquel tiempo, del adusto pensador andino? ¿Qué se conoce hoy mismo? Su fuerza y su medida penas se sospechan. No hubo, no habrá mayor enigma humano en la montaña. ¡Qué energía bárbara, qué pasiones contrapuestas, qué pozo de sapiencia! Viéndolo cruzar erguido y rápido, con ese andar felino del aimára, sin haber alcanzado aún el porte señorial de la senectud, un contemporáneo juzga estremecido:

—Si éste llega a manejar el país, nos eleva al rango de potencia o nos precipita al abismo...

¿Cómo pueden los jóvenes comprender tamaña ambición en marco tan variable? Tampoco los coetáneos entienden ese descontento superior que no se satisface a veces, de ningún bien material, ni del amor ni de la gloria, ni de la propia creación artística. El hombre atraviesa períodos de hurañez. Días que se sustrae a todo contacto. "A veces la fuerza consiste en no obrar". ¿Qué hace el gran mestizo, cerrado entre los muros de su casa, guardado por los libros o mirando largamente al horizonte desde su empinado balcón?

Un doble resorte de impulso sincero y de astucia efectista yace en el fondo del artista. Tamayo mira para ver y para ser visto. Si todo pensador es, simultáneamente, objeto y sujeto de su acción, todo artista es a un tiempo mismo escultor y escultura. Franz Tamayo, asomado a su balcón en los crepúsculos del Ande, erguido y fiero como una estatua india, todo él reconcentrado e imparable, es —ha sido siempre— símbolo viviente de la patria montañesa. Una extraña

